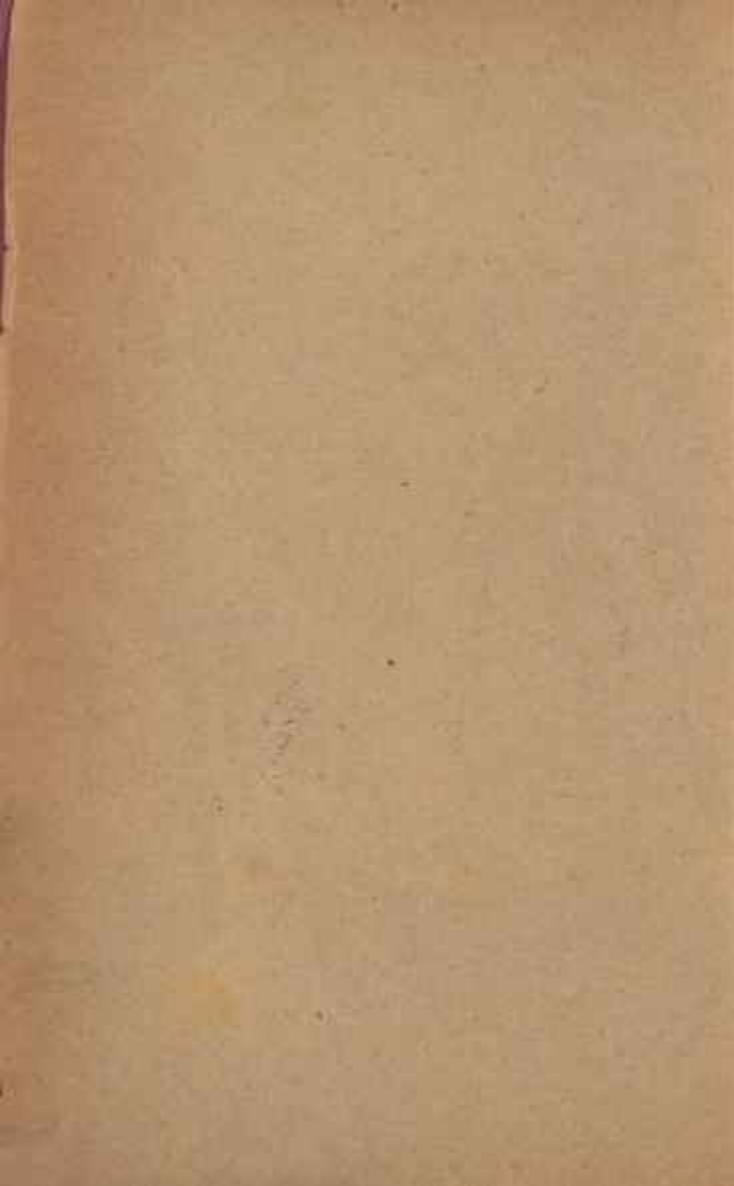


47-3



24

LA VALIJA ROTA





Eduardo Gómez Sigura.



86659

5

XIX
1757

EDUARDO GÓMEZ SIGURA

LA VALIJA ROTA

COLECCIÓN DE CARTAS

SOBRE

POLÍTICA, HISTORIA Y LITERATURA

con una carta-prólogo de

D. EMILIO CASTELAR

EL JUICIO DE LA PRENSA SOBRE LA PRIMERA EDICIÓN

SEGUNDA EDICIÓN

Tomo I



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado.

1894

Reg. n.º 5.828

PROPIEDAD DEL AUTOR

AL SEÑOR

DON MANUEL GÓMEZ CALDERÓN

Sólo en ti hallará benevolencia este libro, y por eso pongo tu nombre al frente de sus páginas, las cuales desearía, no para envanecimiento mío, sino para satisfacción tuya, que fueran como la forma externa de un alto pensamiento, el artificio retórico de algo trascendental, que me diese derecho á creermé de algún modo comprendido en las célebres palabras dirigidas á Cornelio Tácito por Plinio el Joven.

Pero, malo y todo, á ti te parecerá excelente por ser, como es, obra de tu hijo

Eduardo.

Aldea de Calderón (Cazorla) Abril de 1884.



CARTA-PRÓLOGO

Mi querido Sigura: Una carta del autor de *La valija rota*, y ¡qué regocijo para mí! Es V., amigo mío, de los privilegiados por el cielo, de los que reúnen desde la nota melancólica y sublime de una poesía interior hasta la gracia y la ligereza de un alado ingenio. Su estilo zumbante no suele clavar el aguijón sino en aquellos que no quieren libar la miel de sus pensamientos, vertida en su alma por los más altos y más hermosos ideales. Y, á

noted

diferencia de algunos literatos, músicos más que pensadores, V. posee un alto sentido, y allega una grandísima experiencia y todos los elementos necesarios para una crítica sana y profunda. He debido ya decirle todas estas cosas y otras muchas en varios artículos prometidos, y no lo he hecho. Pero crea V. que Dios me condena, después de haber trabajado tanto por la libertad, á no tenerla jamás en mi vida individual y propia. Yo he roto las cadenas de los esclavos y no he podido romper mis propias cadenas. El tiempo presente me ha dado un grande influjo, pero á precio de llevarme atado á sus movimientos continuos, ni más ni menos que se hallaba el siervo feudal adscrito á los surcos de su gleba. Si este verano tengo tiempo, escribiré un artículo de reflexiones varias sobre lo que llama la ciencia germánica humor,

y el carácter que toma el humor meridional, personificado en mozo andaluz, tan sumamente andaluz como V. Hasta entonces se despide de V. su verdadero amigo

EMILIO CASTELAR.



JUICIO CRÍTICO DE LA PRENSA

SOBRE LA PRIMERA EDICIÓN

El Globo.

«La valija rota», colección de cartas sobre política, historia y literatura, por don Eduardo Gómez Sigura.

El estilo epistolar es el más difícil de los estilos. La llaneza que le caracteriza debe caracterizar, excluye todo cuanto puede inducir á la afectación. Si ésta es ridícula siempre, lo es doblemente en las cartas.

El estilo llano tiene su peligro en la monotonía. Para no ser monótona una llanura, ha de ser su vegetación muy variada y frondosa. En cambio, nada más agradable que pasear por llanuras que reúnen tales

condiciones, ó leer obras en el estilo epistolar, cuando el autor maneja con verdadero arte ese estilo. Si se necesitara un ejemplo, nosotros citaríamos á *Pepita Jiménez*. ¿En qué libro ha saboreado el lector con más profundo deleite mayores bellezas?

La valija rota es una colección de cartas, cual ya lo hace presumir su nombre. Y podemos asegurar, bajo la fe de nuestra honrada palabra, que el Sr. Gómez Sigura ha acertado como pocos en el manejo del difícil estilo. Quien lo dude puede comprobar la verdad de nuestra afirmación comprando el libro. Al saborear su belleza reconocerá también las ventajas de la duda.

¿Qué es *La valija rota*? Pues una cosa muy sencilla, y sobre todo muy frecuente en nuestro país. Un tren ha sido robado por los ladrones, que lo han detenido mediante el expeditivo recurso de hacerlo descarriar. Los bandidos se han apoderado de la correspondencia que el coche correo conducía; han roto los sobres de las cartas; han sacado los valores que algunas de ellas contenían, y luego las han arrojado todas á la vía férrea. Un joven recorre ésta poco después del suceso; ve las cartas por allí esparcidas; las recoge; colecciona las más inte-

resantes, y las da á la estampa. Hé aquí la obra.

Esas cartas son á la vez profundos estudios psicológicos y modelos de estilo. Muchas están escritas desde Madrid por provincianos que han venido á la capital con la cabeza llena de ilusiones y con el corazón cargado de deseos de notoriedad y que comunican sus decepciones al amigo que han dejado en el tranquilo rincón de la provincia. También las hay de colegiales llenos de romántico amor; de hombres que quieren examinar y juzgar á la sociedad y discuten, vueltos sistemáticamente de espaldas, mirando uno á lo pasado y otro á lo por venir y sin querer ver otra cosa; de terribles reformadores sociales que predicán la anarquía para acabar en polizontes de los Gobiernos más reaccionarios; de caciques y personajes rurales que ponen al descubierto la serie de miserias en medio de las cuales viven y se agitan, y de otra multitud de tipos tan reales como frecuentes en nuestra actual sociedad. Por último, hay una notabilísima dirigida á D. Manuel Santa Ana, propietario de *La Correspondencia*.

Es, pues, el libro un verdadero espejo moral de nuestro tiempo. Espejo labrado

con una poderosa fuerza de observación, en la que la nota cómica, la más buscada hoy día, sobresale.

Tienen esas cartas á veces muchos deijos de amargura, y precisamente ese sabor agridulce que les dan la reflexión un tanto pesimista y la sonrisa epigrámatica, es lo que hace más agradable su lectura. Y en medio de ello, los rasgos de ingenio, las agudezas originales hormiguean, haciendo que insensiblemente las numerosas páginas del libro desfilen bajo los ojos del lector sin producir el menor cansancio en el ánimo del mismo.

Para los jóvenes que, allá en el apartado pueblo de una provincia, sueñan con la vida de Madrid, *La valija rota* es una obra inapreciable. Ella les anticipará por 4 pesetas muchos desengaños. ¡Ojalá que en la vida los desengaños fuesen tan baratos siempre!

Dos palabras para concluir. A los amigos del Sr. Gómez Sigura les ha sorprendido esta nueva producción del joven exdiputado. Y les ha sorprendido, no porque esperasen menos de sus grandes cualidades de inteligencia, de imaginación y de cultura, sino porque jamás creyeron que su actividad llegase á dar de un tirón á la impren-

ta más de quinientas páginas en octavo.

Porque el Sr. Gómez Sigura, que es abogado y orador y periodista y literato, y todo ello lo es de un modo muy notable en calidad, en cantidad apenas se puede saber de vez en cuando lo que es. La vida contemplativa le ofrece tan grandes encantos que su máxima favorita se halla formulada de este modo: «El hombre ha nacido para la contemplación». Hay, por consiguiente, que agradecerle lo que ha hecho; más que por el rico fondo y la galana forma que le ha dado, por haberlo hecho; y leer y saborear su obra con tanto más placer, cuanto que Dios sabe cuándo nos veremos en otra.

MANUEL TROYANO.

*
* *

El Día.

La valija rota, colección de cartas sobre política, historia y literatura, por D. Eduardo Gómez Sigura. — Un volumen. — Madrid, 1885.

Entre la pléyade de jóvenes que al estallar la revolución de Septiembre salieron de las aulas de la Universidad para entrar

por los caminos de la prensa y de la tribuna en la vida pública, figuró muy ventajosamente D. Eduardo Gómez Sigura, que se consagró á los trabajos periodísticos, figurando en la redacción de algunos diarios democráticos.

Distinguióse el Sr. Gómez Sigura por la originalidad con que expresaba sus ideas, por la concisión de sus frases.

Enemigo acérrimo del pasado, sólo en una cosa le rendía culto, en el cuidado con que adoptaba el estilo clásico de los escritores del siglo de oro de nuestra prosa. Él expresaba ideas modernas; pero revelaba al vestirlas que no había sido para él infructuosa la lectura de Hurtado de Mendoza, de Quevedo, de Cervantes y de Vélez de Guevara.

Fué el Sr. Gómez Sigura, en aquel período de la revolución de Septiembre, diputado; figuró entre los que proclamaron la República, y después del golpe de Estado del 3 de Enero se alejó de Madrid, retirándose á la vida tranquila de provincias.

Allí ha pasado muchos años. Creíamos ya que los desengaños políticos ó las dichas de un hogar consagrado por la felicidad le habían hecho olvidar sus antiguas aficio-

nes, cuando este año se ha vuelto á presentar en Madrid trayendo en la mano *La valija rota*.

La valija rota contiene una serie de trabajos en los que, bajo amena forma epistolar, se tratan interesantes asuntos de actualidad. *La correspondencia parlamentaria entre un diputado y otro que no quiere serlo*, es una sátira preciosa contra uno de los vicios más arraigados en la época presente: el afán de hablar en los Ateneos, en las Sociedades, en el Parlamento.

Cada pueblo, en cada época de su existencia tiene su monomanía especial, dice el Sr. Gómez Sigura, y estudia la monomanía caballeresca de los españoles de los siglos medios, la más reciente en que les dió á nuestros compatriotas el naípe por el púlpito, la de los últimos tercios del siglo XVIII en que cada hijo de vecino se echa á autor de comedias, para llegar á los tribunos y tribunillos de hoy.

Cervantes acabó con los Amadíses, Palmerines y Florismantes; el P. Isla, echando á volar su fray Gerundio, desacreditó á la ralea de malos predicadores, y Moratín restableció, con su *Juicio crítico sobre el teatro español*, la pureza dramática; mientras lle-

gan el Cervantes, el P. Isla ó el Moratín de los oradores, el Sr. Gómez Sigura propone ingeniosos medios de acabar con ellos en una donosa carta en que le pide al señor D. Manuel María Santa Ana la supresión de *La Correspondencia*.

Revélase en todo este trabajo al periodista que conoce el salón de sesiones y el salón de conferencias, y sólo puede censurarse en él un exceso de humorismo que lleva al autor de *La valija rota* á tratar algo ligeramente á importantes personalidades.

En la correspondencia sociológica entre el compañero Perote y el compañero Postas prueba el Sr. Gómez Sigura que conoce á fondo la organización de ciertas sociedades, por más que reconozcamos que hay en ellas algunos individuos de buena fe.

El retrato y los medios de que se vale para medrar el compañero Postas, constituyen un trabajo admirable. La correspondencia rural revela un concienzudo conocimiento de nuestra política, y es en extremo ingeniosa, como todo el libro.

El Sr. Gómez Sigura tenía, cuando más mozo, y valga la palabra, la costumbre de presentarse en las sesiones de la Asamblea federal luciendo una flor en el ojal de la le-

vita, y aquel rasgo de sibaritismo contrastaba algunas veces con las discusiones terribles en la forma, pero inocentísimas en el fondo, de aquel Congreso. Al volver hoy á la vida activa el antiguo periodista, ya no luce flores en su traje; pero puede decirse que las ha atesorado todas en las páginas de *La valija rota*, si bien muchas de estas flores están rodeadas de punzantes espinas.

JOSÉ GUTIÉRREZ ABASCAL.

*
* *

La Prensa Moderna.

Si hubiera siempre coleccionadores tan discretos é ingeniosos como el Sr. Gómez Sigura, nos holgaríamos mucho de que menudearan los desvalijamientos de la correspondencia y se manifestaran de vez en cuando á la pública consideración los vicios y deformidades sociales, las flaquezas del corazón humano y los extravíos á que conduce la mala dirección de la actividad individual ó colectiva.

Para que esos vicios se corrijan, para que el sentimiento busque sus inspiraciones en la luz de la razón y la actividad se en-

cauce convenientemente en todas las esferas de la vida, es necesario exponer con verdad el estado social presente, denunciar las enfermedades morales de esta época y ofrecer un fiel retrato de las costumbres, en el cual puedan verse las propias fealdades sin el antifaz de un mal entendido patriotismo.

Así como cada pueblo tiene su fisonomía peculiar que le distingue de los otros, cada época ofrece también caracteres propios que se revelan en todas las manifestaciones de la vida nacional y sirven de fundamento á las costumbres.

El afán inmoderado de la notoriedad en unos individuos y clases sociales, el utilitarismo grosero en otras, el empleo de la actividad en empresas contrarias á las aptitudes individuales, la falta de fe en política, en religión y en todo, el desdén con que se miran las profesiones que tienen por objeto el desarrollo de la riqueza pública, la carencia, en fin, de un principio regulador de la vida que venga á reemplazar al ideal antiguo, tales son los caracteres distintivos de la sociedad presente, tan admirablemente retratados en el ingenioso libro del señor Gómez Sigura.

Si nuestro amigo no tuviera ya ganada

reputación envidiable de escritor elegante y de crítico profundo, *La valija rota* hubiera bastado á creársela.

.....

En la correspondencia parlamentaria, que es quizás la parte menos realista de este libro, censura las pretensiones oratorias de aquellos que, teniendo dotes para brillar en otras esferas, las malogran y pervierten en un empeño insensato; en las cartas amorosas descubre las flaquezas del corazón humano y la lucha que en cierta edad de la vida se establece entre el estímulo del sentimiento y el mandato de las conveniencias sociales; en las sociológicas pone de manifiesto los grandes problemas que agitan á la sociedad presente y la necesidad de una solución que ponga término al conflicto de clases; en las cartas políticas da á conocer los procedimientos seguidos por la ambición para escalar los primeros puestos del Estado, y las ingratitudes de que suelen ser víctimas los que han servido de instrumentos para lograrlos; en la correspondencia rural se revelan las vejaciones que sufren los pueblos por la influencia del caciquismo oficial y los funestos resultados que produce en aquéllos la perversión

del sistema representativo; y, en fin, en las demás cartas acusa otros vicios sociales de trascendentales consecuencias que piden inmediato correctivo.

Y en cuanto á las condiciones literarias de este libro, las cartas son un verdadero modelo del género epistolar, pues aparte del donaire con que están escritas y del corte cervantino de algunas de ellas, en todas se corresponde el lenguaje con el asunto, mostrando el Sr. Gómez Sigura que sabe manejar el habla castellana y que tiene perfecto conocimiento de las costumbres.

Quizá alguien le censure por haber dejado demasiado al desnudo los vicios sociales, pero nuestro amigo podrá decir: *Arrojar la cara importa, que el espejo no hay por qué.*

JOSÉ ORTEGA GARCÍA.

*
* *

El Imparcial.

La valija rota.

Hay una literatura más genuinamente realista que todos los libros de Zola, y más verdadera que la de todos los escritores an-

tiguos y modernos que se han preocupado de copiar y retratar al vivo las pasiones, intereses, caracteres, grandezas y miserias de los hombres.

Esta literatura es aquella que escriben por sí mismos los que á un tiempo son personajes y autores de los dramas y comedias de la vida; es el género epistolar, en que al correr, ya ligero, ya lento y trabajoso, de la pluma, se fotografían sobre el papel las ideas del que escribe con más fidelidad que las pintan todos los novelistas psicólogos.

Las cartas son hojas sueltas de la gran novela de la vida. Cada una de ellas encierra, más que una escena, todo un argumento ó quizá un desenlace.

Si cada epístola guarda todo esto, ¿qué no habrá en una valija?

Se ve esto cuando alguna se rompe, y las cartas quedan perdidas y abandonadas, y alguien las recoge, las colecciona y las encuaderna.

Entonces resulta un libro en que se ve retratada una sociedad.

¿Verdad que la idea es en extremo ingeniosa?

Con sólo exponerla no se nos tachará de exagerados si comenzamos felicitando al

Sr. Gómez Sigura por el título de su precioso libro *La valija rota*.

Si la idea del libro es excelente, no lo es menos su desarrollo.

Clasifica el autor las cartas en grupos, que denomina correspondencia parlamentaria, amorosa, sociológica, histórica, rural y cartas sueltas, y es tal la propiedad del estilo, la naturalidad con que se presentan las cuestiones, como nacidas en la práctica de la vida, los negocios, las luchas de la política y los empeños del amor, que parece, y es el mejor elogio del libro, que se ha formado copiando cartas acá y allá perdidas u olvidadas.

Sin embargo, la sátira acerba pero delicada que guarda en sus páginas, la crítica atinada, la habilidad con que se han escogido los rasgos más característicos de cada tipo, la frase más culminante de cada situación, el pensamiento ó interés que inspira cada epístola revelan grandísimo arte, mucho estudio de la sociedad y de sus costumbres y un ingenio y una travesura que encantan.

Como ejemplo y prueba de lo que decimos, véanse algunos párrafos que nos permitimos tomar de unas cartas rurales.

El autor ha trazado ya en galana sátira las peticiones del elector ministerial, los encargos del cacique y la sed insaciable del manipulador de elecciones: en la siguiente epístola, pintoresco cuadro de costumbres, se describen las desdichas y persecuciones del que votó en contra del Gobierno, habiendo tanta verdad en el relato, que muchos miles de inocentes víctimas podrían poner su firma al pie del escrito.

.....

* *

El Sr. Gómez Sigura ha hecho un libro muy interesante y en que compiten las galas del estilo con la intención del epigrama en lo satírico y la elevación de ideas en lo filosófico.

ANDRÉS MELLADO.

* *

La Izquierda Dinástica.

La valija rota.

La falta de espacio unas veces y la escasez de tiempo otras para saborear todas las páginas de este libro nos han impedido con-

signar hasta ahora nuestras impresiones respecto á la obra del Sr. Gómez Sigura, cuyo título es el epígrafe de estas líneas.

La prensa, sin excepciones, acaba de pronunciar su favorable veredicto, no inspirado ciertamente por benevolencias, sino dictado por un espíritu de justicia que se ve asomar en las columnas de todos los periódicos.

Con este fallo unánime coincidimos también nosotros, no por prurito de coincidir, sino porque así nos lo sugiere nuestro criterio.

La valija rota es, dentro de los límites de la misma literatura contemporánea, una nota vibrante cuyos ecos no se pierden fácilmente en los confines del olvido. Observemos la causa.

Dentro de la escuela realista suelen aparecer producciones más ó menos romancescas. Si es novela, su autor comienza la obra con un título picaresco y de relumbrón, presentando el cuadro con subidas tintas y gruesas pinceladas.

Si la obra corresponde á cualquier otro género, el desenfado y el atrevimiento de los toques pretenden sentar plaza en una especie de naturalismo, unas veces vulgar

é insípido y otras grotesco y repugnante.

Ahora bien. Cuando un libro inspirado en *verdadero* realismo traza, siquiera sea á vuela pluma, los rasgos característicos de una sociedad; cuando refleja sus costumbres, sus pasiones y sus egoísmos, sus virtudes y sus errores; cuando tiende á poner de relieve la peculiar idiosincrasia de tal ó cual generación, para obtener una enseñanza y llegar al fin docente que debe perseguir el escritor moderno, entonces la obra merece ser aceptada y aplaudida y el realismo que entraña es genuina expresión del gusto del día y testimonio perfecto de una literatura pintoresca á la par que reflexiva.

Pero cuando, aparte de estas ventajas, la sátira es culta y viva, los caracteres exactos, el plan fijo y ordenado y el lenguaje fluído y castizo, ¿cómo no celebrar al autor de un trabajo de esta índole?

Por eso aplaudimos sin reservas al señor Gómez Sigura.

Las epístolas de *La valija rota* son una serie de bocetos que pasan ante nuestra vista, produciendo singular atractivo; son un desfile de personajes y figuras puramente realistas, cuyos acentos se fijan en la retina

transportando nuestro espíritu hacia el lugar en que ellas hablan y se agitan. ¡Así el talento del escritor sabe identificar á los lectores con los héroes de sus leyendas y con los personajes de sus narraciones!

Esto en cuanto á la forma, porque respecto al fondo, la sana crítica que encierra, la punzante ironía, la delicada sátira y el objetivo de toda la obra, revelan al concienzudo escritor que ha seguido con escrutadora mirada todas las fases de la sociedad moderna, analizando sus genialidades, investigando sus anomalías y estudiando sus errores para producir, en la síntesis de *La valija rota*, hermosos cuadros de costumbres contemporáneas, trazados con hábil mano y exacto colorido, sin recargar con negras tintas aquellos lienzos que, por su asunto, podrían ser más sombríos y sin adulterar con gruesas pinceladas aquellos bocetos que, por su argumento, podrían ser más naturalistas.

De esta suerte, la lectura es amena, y de modo inconsciente, el lector, después de cada epístola, medita y deduce. Ora contempla al político en embrión, sin dotes de inteligencia y carácter, procurando abrirse paso á través de la *turba multa*, buscando,

por artes burdas, escabeles para encumbrarse. Ora vislumbra al cacique grotesco, al eterno Caballuco que Pérez Galdós ha inmortalizado, usando sus peculiares tretas para cazar al campesino y embaucar al paleta. Ora la imaginación sigue con avidez, en fin, todos los derroteros que este libro le traza, admirando siempre al genio observador y perspicuo del autor, y á su diestra mano, que con tanto acierto sabe pintar los cuadros de costumbres de una sociedad deficiente.

Y mucho, muchísimo más pudiéramos decir de *La valija rota*, si dispusiéramos de espacio y si logramos dar á este bosquejo de crítica algo de la amenidad que atesora la obra criticada.

Otorguemos, para terminar, nuestro sincero parabién al Sr. Gómez Sigura. Su libro participa del ingenio que dió renombre á Quevedo, y las galas literarias, así como el sentido filosófico de obra tan aplaudida, colocan á su autor al nivel de aquellos literatos reflexivos y satíricos que, como Balzac, reflejan en cualquiera de sus creaciones el espíritu de un siglo, la idiosincrasia de una generación y los usos y costumbres de una sociedad entera.

El Liberal.

La valija rota.

El Sr. Director general de Correos y Telégrafos se enojará: lo sabemos, pero es preciso decírselo muy claro, aunque Lisboa está bastante lejos para oírnos. Sin *La valija rota*, de D. Eduardo Gómez Sigura, la Dirección de Correos sería responsable de haber consentido que se perdieran algunas cartas interesantísimas, y los aficionados á las letras se habrían visto privados de un libro notable. O no hay justicia en la tierra, ó al Sr. Gómez Sigura deben nombrarle cartero honorario, como al doctor Thebussem.

Sí. *La valija rota* es un buen libro que hace pensar en todo y en el que todo se discute. A ratos un problema para el pensador: á ratos un cuadro para el artista. Por sus páginas de correcta y elocuente prosa castellana desfilan figuras y paisajes en los que se celebran la energía y corrección del dibujo y la brillantez del color. En todos ellos se ve la luz del espléndido sol de Andalucía.

En *La valija rota* hay otro mérito. Las cartas que le forman tienen un sello que no se compra por quince céntimos: el sello de la sinceridad.

Empieza el libro con una *Correspondencia parlamentaria* entre «uno que es diputado y otro que no lo quiere ser». Juanito se ha convencido de que un diputado que no habla tiene la misma importancia que un cura de misa y olla ó que un torero de invierno, y quiere hablar, ¡Qué ansias y qué angustias las suyas! Por las noches, en el silencio de su gabinete, se ve iluminado por la elocuencia al nivel y aun superior á los más grandes oradores de nuestra tribuna, y dice con el poeta:

¡Alas! ¡alas! volar por las alturas
del hondo valle á la empinada cresta,
y allá, sobre los rayos de la aurora,
cerner el alma en la región serena.

Por las tardes, en el salón de conferencias, decide á cada momento hacer una hoguera de sus ilusiones y prenderla fuego con la llamarada de su credencial de representante del país. Su silencio es tan crónico que un día su novia le escribe:

«Inolvidable Juanito: Suscribeme al otro

Diario de las Sesiones, pues supongo que deben de publicarse dos, cuando en el que me mandan no ha venido ninguno de los grandilocuentes discursos que tú has debido pronunciar.»

Estas cartas parlamentarias son muy hermosas. En ellas demuestra el Sr. Gómez Sigura su talento de observación y su brillante estilo. La oratoria que con acento enérgico, dolorido ó amante expresa en el ritmo musical de la palabra, creencias, incertidumbres ó esperanzas; el arte feliz de las interrupciones caído entre nosotros en el desprestigio que está pidiendo un Ernesto Picard, que con sus apóstrofes valientes y sus interrogatorios concisos le ennoblezca y redima; la prensa, que hace insignes á muchos generales, que ni puestos en música por Lecoq los tomaría Arderius para una función á precios reducidos; la epidemia de la celebridad que tantos estragos ocasiona... todo ha sido analizado y discutido en esta parte de su libro por el Sr. Gómez Sigura, con tanta imparcialidad y tanta elocuencia, que no hay más remedio que aplaudirle y aplaudirle mucho cuando llega á las siguientes conclusiones:

«La celebridad, y sobre todo la celebri-

dad parlamentaria, es la monomanía de nuestro país en lo que va de siglo. Son ya menos los que se dedican al arte de hacer fortuna que al arte de intrigar para hacer ruido; tira más la reputación que la hacienda, y aun los pocos que prefieren á la primera la segunda no la buscan en los talleres, en los campos, en el ejercicio de las profesiones, sino en los Parlamentos. Quien dice diputado, dice orador; quien dice orador, dice ministro; quien dice ministro, dice banquero, César, hombre inmortal. Hé aquí el secreto. Hacerse simplemente rico, es una ordinariez; reunir los conocimientos que puedan en lo humano constituir la sabiduría, es, cuando la fama no repite de onda en onda el nombre del poseedor, como ejercer un señorío irrisorio sobre inmensas heredades que no producen, situadas en hemisferios apenas conocidos de los geógrafos. El afán de la multitud es subir; subir alto y subir pronto; es improvisar timbres y millones; pero ¿y por qué medio? ¡Ah! procurándose á toda costa en cualquier revuelta electoral un billete de entrada para el gran mercado de la contratación de las inteligencias: para el Parlamento... Esto acusa un estado psicológico lamenta-

ble en nuestro pueblo, pero esto es verdad.»

Las *Cartas amorosas* «entre un colegial y una colegiala» son una novela, novela interesantísima entre un Romeo que estudia geografía y una Julieta que aprende solfeo. Hay en estas cartas páginas de amor apasionado y delirante, enérgicas protestas contra las tiranías paternales, algo en el niño como los deseos de emular las glorias de los bandidos calabreses y en la niña mucho de la nostalgia de un rapto. Leandro, el Tenorio, en celda de seminarista escribe á su doña Inés de trece años: «Cuando cojo una carta tuya me dan ganas de gritar á los que me dicen que no pienso en nada, que no estoy en el mundo: ¡pero tontos, qué me importa á mí la tierra si voy camino del cielo! ¡Mirad! mirad el billete de entrada».

El Sr. Gómez Sigura ha abordado también el problema social. ¡Pero de qué donosa manera! Sus *Cartas sociológicas* «entre el ciudadano Perote y el ciudadano Postas», dos oradores colectivistas domingueros, son muy graciosas y envuelven una implacable crítica contra ciertas gentes que al mismo tiempo que se rebelan contra la adversidad y contra la desgracia en sombrías y luctuo-

sas predicaciones, convienen en que muy bien pueden defenderse unas cosas un público y otras en privado, y en que en España no hay destino más necesario, más corriente ni que más produzca que el de matón. Sí. Andando el tiempo se verán en *La Correspondencia* anuncios como éste: «Zutano ó Mengano desea colocarse de matón en casa de un canónigo, de un magistrado ó de un marqués».

Las aventuras del compañero Postas recuerdan esta discusión habida en la capilla de San Isidro cuando allí celebraba la Internacional sus reuniones.

El compañero A: Yo protesto de un abuso indigno. Los almacenistas de curtidos deben pesar la suela fuera del mostrador y no dentro. Lo demás es explotar el sudor del pobre.

El compañero B: Como el ciudadano que ha hablado antes no paga nunca la suela que compra, yo creo que debe tenerle sin cuidado que se la pesen dentro ó que se la pesen fuera.

En la *Correspondencia histórica* «entre un abad del tiempo viejo y un poeta de la edad moderna», el Sr. Gómez Sigura ha tenido motivo para lucir su erudición y

para exponer sus opiniones en materia de arte.

Las *Cartas rurales* de «varios electores á un diputado» son graciosísimas. Basta leerlas para convencerse de que ofrecen un completo y acabado cuadro de nuestras costumbres electorales. Son las principales figuras del lienzo, que pasa de castaño oscuro: el cacique que reparte entre sus amigos los bienes de *Propios*, fundándose en que los *propios* son los que han votado la candidatura del Gobierno, y los *extraños* todos los demás; el elector que solicita que el diputado le pague el voto pidiendo al ministro de la Guerra una carta para que el padre de su novia se dé á partido y consienta en la boda; el concejal que pide destinos para toda su prole hasta la cuarta generación, y el vecino independiente, víctima de toda clase de atropellos é iniquidades, que harto de sufrirlas se dirige un día temblando al padrino de sus verdugos y le dice:

«Si V. E. juzga que el crimen de no haberle votado es imperdonable, no insistiré en reclamar un perdón deque no soy digno; pero siquiera cambie V. E. el instrumento. Con esto, que es bien poco, me conformo.

Es decir, me allano á que en lugar de darme los azotes Garrapatas me los dé otro cualquiera.»

Entre las *Cartas sueltas* con que acaba el libro, todas muy notables, las hay del «jefe de diócesis política al ministro de... el mayor de los metropolitanos»; de «un estudiante á su padre» y de «un fabricante de barajas á un fabricante de libros».

Para formarse idea de la primera bastará que copiemos este párrafo de ella:

«Por de pronto, nuestros estadistas empiezan á preocuparse de la emigración de muchos de nuestros compatriotas para las repúblicas americanas, y en cambio nadie para mientes en una emigración de seguro más perniciosa: en la emigración de los hombres de letras, de armas, de negocios, de la agricultura y del comercio para el azaroso mundo político. Acontece con estos emigrantes lo que con los pobres hijos de Levante y de Galicia, que sólo tienen noticia de aquellos de sus paisanos que vuelven ricos y no preguntan por los millares que en la persecución de un paraíso fantástico y una California inagotable mueren de miseria y de desesperación.»

La carta de «un estudiante á su padre»

es un poema en prosa, poema triste, lleno de oscuridades y de sombras, pero en el cual palpitan lecciones que conviene aprender y consejos y advertencias que no se deben olvidar. El tema de la carta podría formularse así: «En el problema de la educación, ¿dónde acaba el cariño por los hijos? ¿dónde empieza la vanidad de los padres?» Las primeras líneas de la carta son éstas: «No puedo abandonarla. El corazón ha hecho todo su camino. Ella es mi felicidad y en ella se resume mi vida entera». Es una carta que se lee tantas veces como una carta de la mujer querida.

La que manda «un fabricante de barajas á un fabricante de libros» es una intencionada sátira que concluye así:

«¡El dinero! Siempre el dinero, en todos tiempos y en todas partes; y como tú no lo tienes y lo tengo yo, si alguna vez alguno de la familia penetra en la Academia Española, ése será yo, pero no tú.»

Tiene razón Gómez Sigura.

Los fabricantes de barajas, ricos, triunfarán siempre de los fabricantes de libros, pobres. Hace muchos años que el *talento* dejó de ser moneda.

MIGUEL MOYA.

El Estandarte.

LA VALIJA ROTA

II

Ex vero verus, et lumine lumen.

¡Oh la política! ¡Cuán seductora á pesar de su maquiavelismo! ¡Cuántos lazos tienden sus laberínticas redes á la juventud apasionada é imprudente! ¡Cuántos crímenes haces cometer á la sombra de los principios!

No es posible comentar el magnífico trozo literario que comprende la *correspondencia parlamentaria entre un diputado que es y otro que no quiere serlo*, sin sentirnos subyugados y fascinados por la titánica lucha parlamentaria y aquellos despilfarros tan prodigiosos de avasalladora elocuencia, que por espacio de nueve horas consecutivas se enseñoreó con todo el esplendor de lo grande y homérico, en el Congreso de los Diputados.

Equivaldría no ocuparse de política á dejar de ser españoles y renunciar para

siempre á esa que han dado en llamar fiesta nacional, á las *clásicas corridas de toros*.

Empecemos formalmente.

Para la humanidad en nuestro siglo, y sobre todo para España, la primera parte del libro del Sr. Sigura será eternamente, y más en los actuales momentos, un cuadro clásico, oportuno, recién pintado, de fuertes tonos, de correcto y grandioso dibujo, de fresco colorido y de severa y sombría entonación. Realista, como Velázquez, el retrato que del Congreso y sus representantes hace compete con el famoso *Esopo*, del inmortal pintor. Para referir con mano maestra é incisiva pluma todas las grandezas, todos los vicios, todos los errores de nuestra nunca bien ponderado Parlamento, se vale de dos personajes que piensan de distinto modo, y exprésanlo clara y arrogantemente por medio de cartas á cual más interesantes. Para seguir al Sr. Gómez Sigura en su bello y profundo trabajo, seríanos preciso una inteligencia y una erudición que muy de veras envidiamos, pero que por desgracia no poseemos.

JOSE NIN Y TUDÓ.

* * *

El Correo.

«*La valija rota,*» colección de cartas sobre política, historia y literatura, por don Eduardo Gómez Sigura.—Madrid, 1885.

Ante todo, hagamos constar que esta obra ha servido para dar idea de la afición que aquí se está desarrollando en sentido favorable á los buenos libros.

Hace treinta ó cuarenta años sólo se vendía de cuando en cuando algún tomo de poesías líricas ó algún drama romántico, que estrenado con éxito en el *Príncipe* ó la *Cruz*, pasaba en seguida á ser pasto de aficionados en tertulias caseras; vino después la época de la novela por entregas, y los libreros casi dejaron de hacer negocio, porque los editores se encargaron de colocar las obras que costeaban, haciendo que sus repartidores nos echasen por debajo de la puerta toda clase de ataques al sentido común. Durante este periodo unos cuantos escritores (?) llegaron á ganar sumas relativamente considerables, y mientras, según confesión de su ilustre autor, la admirable *Pepita Jiménez* apenas producía unos cuantos miles de reales, hubo quien realizó grandes ganancias é hizo popular su nom-

bre en los barrios bajos narrando en mal castellano, ya las aventuras de reyes que morían veinte años antes ó después de cuando afirma la historia, ya las hazañas de algún bandido á quien se dibujaba con rasgos de héroe.

Surgió por fin la verdadera novela española contemporánea y, aunque con distinto temperamento y criterio, llegaron á ser maestros en tan difícil arte Valera, Galdós, Pereda y Alarcón, agrupándose en torno suyo muchos escritores del elemento joven.

El público, interesándose por este renacimiento, busca ya con avidez las novelas que se publican, y al par que ve con disgusto el retraimiento de los autores de *Doña Luz* y *El sombrero de tres picos*, saluda con entusiasmo la aparición de *Sotileza* y aguarda con impaciencia *Lo prohibido*. En una palabra, no sólo compran ahora libros los que tienen aficiones literarias, sino que hasta el vulgo comienza á preferir la novela nacional y castiza á los mamarrachos que privaban hace poco.

Faltaba, sin embargo, para convencernos de que el público dispensaba su favor á las letras, el éxito de algún libro que sin ofrecer el aliciente de la novela tuviese carác-

ter esencialmente literario. Este éxito lo ha obtenido *La valija rota*.

Componen el libro cuarenta cartas, en las cuales se habla de parlamentarismo, amor, sociología, historia y muchas cosas más, sin que la índole de los asuntos tratados haga enfadosas las páginas y sin que el ingenio del escritor decaiga un solo momento. En apariencia, estas cartas son trozos aislados; en realidad, forman un conjunto de partes íntimamente enlazadas.

La *Correspondencia parlamentaria entre un diputado y otro que no quiere serlo* da idea exacta de nuestro estado político: sus páginas, unas veces en broma, otras en serio, enalteciendo vigorosamente lo bueno y satirizando graciosamente lo malo, reflejan de un modo fiel y admirable lo que hoy es aquí la vida pública. La *Correspondencia sociológica entre el compañero Perote y el compañero Postas* enseña cómo á los errores y malicias de los gobernantes responden los errores de los que sufren el yugo, siendo en los de abajo rencor y envidia lo que es en los de arriba indiferencia y egoísmo. La *Correspondencia histórica entre un abad del tiempo viejo y un poeta de la edad moderna* es la eterna polémica entre el pasado

y el presente, presentada en una forma original, verdaderamente nueva y cuajada de observaciones atinadísimas, en las cuales una frase aislada y como escrita impensadamente, pero colocada con ingenio, vale por cien reflexiones de pretenciosa crítica. *La Correspondencia rural entre varios electores y un diputado* viene á ser la consecuencia de cien y cien cosas ó ideas con que el lector ha ido tropezando en las cartas anteriores, y que el autor no se ha olvidado de sacar nuevamente á plaza, demostrando que cuando escribía ciertos pensamientos, al parecer dejándoles caer, obedecía á un plan fijo. Por último, las *Cartas sueltas* y la *Correspondencia amorosa*, aquéllas por lo ingeniosamente escritas y ésta por lo bien sentida, completan el libro, cuyo mérito consiste en que siendo una obra de carácter eminentemente personal, todo en ella aparece tratado con tal tino que apenas habrá lector que no encuentre en sus capítulos algo con que identificarse. Los enamorados del pasado, los amantes del porvenir, los que por egoísmo se aferran al presente, todos encontrarán en *La valija rota* algo que les deleite, no poco que les mueva á pensar y mucho que les sirva de enseñanza.

A pesar de esto, el libro de Gómez Sigura no deja duda sobre su modo de ver los hechos y apreciar sus consecuencias. Los lectores de ideas contrarias á las suyas verán claramente que en el fondo de *La valija rota* palpita una tendencia de progreso sentida con vigor y expresada con habilidad.

Esta habilidad en la expresión constituye una gran belleza de la obra. Las ideas más arriesgadas, las reprobaciones más enérgicas, los anatemas más valientes están dichos por Gómez Sigura con una sencillez, con un desparpajo verdaderamente admirables. Todo el libro está sembrado de observaciones y juicios reveladores de un talento de mucho fondo, que pone empeño en decir sencillamente los cosas. Hé aquí algunas frases que hemos apuntado al leer la obra y que sólo pueden apreciarse bien sabiendo en qué labios las coloca el autor:

«La pequeñez resignada tiene mucho adelantado para ser algún día grandeza positiva.»

«Los gérmenes de que se forma toda obra humana están en una especie de corriente universal donde á nadie puede impedírsele beber.» «La esperanza se parece al sol; hace como que se va y vuelve.»

«A los escritores más huraños se les coge como á los mirlos, con lazo. Pero con lazo de servilleta.»

«La sangre es á la reforma lo que la masa agria al pan, una levadura indispensable.»

.....
Digamos, para terminar, que en *La valija rota* la forma es digna interprete del fondo.

El estilo es elegantemente castizo, con frecuencia vigoroso y siempre pintoresco: si algunas incorrecciones tiene, son leves y quedan oscurecidas por períodos bellísimos.

Durante el siglo XVIII hubo en Francia prosistas notables que se dedicaron á escribir sus *memorias*. Por estas memorias se conoce hoy admirablemente el carácter de aquella época tan digna de estudio.

Pues bien, prescindiendo del carácter personal y privativo que tenían las memorias de muchos franceses ilustres del siglo pasado, la obra de Gómez Sigura es un libro de índole análoga.

La valija rota es un cuadro moral de la España contemporánea, vista á través de una inteligencia privilegiada.

J. O. PICÓN.

*
* *

El Progreso.

Paréntesis literarios.—Eduardo Gómez Sigura, con motivo de su libro «La valija rota».

Quise ser el primero y llego el último;—llego cuando todo está dicho, cuando la crítica ha agotado, no ásperas justicias, como suele, sino gratas palabras y aplausos tan entusiastas, que aún resuenan y resonarán en largo tiempo.

Después de todo, es para mí gran fortuna la tardanza: me ahorra la dificultad de fallar en causa en que por estímulos de cariño el más vivo y de simpatía la más constante, el fiscal habría tenido que ser tachado de usurpador de funciones propias de la defensa. Además, un juicio de periódico, un juicio literario escrito al vuelo, entre los ardores del batallar político y la fiebre de redacción, ¿puede ser en ningún caso una crítica? La crítica misma apenas si existe, aun refugiada en el honesto y tranquilo estudio del verdadero hombre de letras.

En el estado letárgico, desmayadísimo de nuestra literatura, sería, por otra parte, un lujo la existencia de una crítica reposada y grave. El crítico profesional tendría

que resignarse á ver cómo el moho ganaba los puntos de su pluma y cómo el forzado ocio, que no la contribución diaria, dejaban el tintero seco y exhausto, como si fuese arrancado á una de esas brillantes escribanías de respeto que adornan la inútil mesa de despacho de un aristócrata sin humanidades.

¿Crítica? ¿Para qué, si á duras penas la pereza ó la política consienten que plumas, harto escasas, aunque bien gallardas, den á las librerías en todo un año media docena de volúmenes?

Resueltamente, la crítica en España, ejercida con cierta sonoridad, es sólo un necesario desahogo del hígado para unas cuantas personas de mal genio.

Se puede dar en todo caso una *impresión* sobre el libro de un amigo, se puede escribir sobre el libro de un adversario una *censura* malhumorada ó alegre, según sea sobre el Sr. Cánovas ó sobre el Sr. Carulla; pero no será el crítico á lo Taine quien analice y observe y diga: aquí hay genio, ó aquí hay sandez, porque desdichadamente no es cosa de que vegete un Taine para hablar una vez que escriba Galdós ó para otra vez que quiera enviarnos Pereda desde

Santander un tomo que se llame *Sotileza*...

Seguimos como en tiempos de Larra: escribiendo no para el mundo, como el autor francés ó el autor inglés, y aun pudiera decirse como el autor italiano... Seguimos haciendo simples apuntes de cartera... y las notas de cartera no pueden caer bajo la jurisdicción de la alta crítica.

Yo bendigo, pues, las perezas de mi cuerpo y esta mi devoción al augusto reposo, que Budha convirtió en religión, aunque Budha no comprendió seguramente todos los encantos de la pereza sin el humo del tabaco, que es ambiente de ideas, y sin las negras gotas de café, que es la sangre del verdadero perezoso, que es el perezoso pensativo, bendigo mis perezas y mis atonías, porque ellas me han ahorrado un lance para mí harto ingrato...

A haber escrito con tiempo, el autor y el público, de *La valija rota* habrían tenido derecho á exigir que al frente de esta columna apareciera pomposamente esta palabra: *Crítica*.

Y mi crítica hubiera sido, entonces como hoy, un esbozo modesto de una *impresión* bien sentida, pero mal hilada.

Corría la Revolución... En aquel apresurado despertar, la gente durmió poco, bien que no por eso dejó de soñar bastante... De la Universidad se salía para las Constituyentes; y del banco del diputado se pasaba al banco de los ministros... El periodismo era una fuerza, la tribuna un poder, la calle un mar levantando hombres con sus olas, y hundiéndolos también... Pero es el caso que aquéllos eran días de alientos, de luchas, de grandeza... Alma muerta había de ser aquella que no sintiera el vértigo, aquella que no fuera arrastrada...

La juventud dió un inmenso contingente á aquellas luchas; en el periodismo, en el Parlamento no había sino rostros aniñados, cabezas de negros cabellos...

Se luchaba con la palabra, que sabía á sangre viva; hoy aquella generación, más fría y más envejecida, sigue hablando la misma lengua; pero *esto* no es *aquello*... en las palabras y en las personas hay ya como toques de cosmético...

En aquel gran período apareció en Madrid el autor de *La valija rota*; traía en el revuelto baúl de *bohémio* (ya se acababa la raza) el inevitable título de abogado; los enojosos detalles universitarios estaban

ahorrados, y Gómez Sigura no tuvo, como otros tantos principiantes, que compartir el tiempo entre la Universidad y la redacción. Desde el primer momento fué periodista, periodista democrático. Pero aquel recién llegado, aquel niño era más que un escritor de combate; en medio de aquellas palabras gruesas de la prensa roja y de la prensa blanca, pasando por encima del fárrago periodístico con que en toda revolución se alimentan las muchedumbres, Gómez Sigura pulió finamente su pluma, tomó suave y blanquísimo papel, recordó que el lenguaje puede ser hermoſeado por el arte, y que el arte embellece y engrandece cuanto toca, y puesto el pensamiento en los grandes maestros de la lengua escribió, escribió, y al primer artículo, notóſe el contraste entre aquella manera exquisita y literaria del recién llegado, y aquella otra manera bárbara y antigramatical, por ejemplo, de *El Combate*. Gómez Sigura era, sin duda, un demócrata, un revolucionario; pero su democracia, vigorosa y convencida siempre, vestía túnica ateniense, de modo que muy luego movió á simpatía y los hombres cultos dijeron: — Aquí hay un literato. — Y «aquí hay un literato,» no quiere decir:

«Aquí no hay un político». En las luchas políticas, en que sólo el espíritu combate y las batallas son de ideas, vencerá más y mejor quien disponga de mayores medios de expresión; esto es, quien sepa dar relieve más alto á las razones, y aun á los insultos.

Antiguo dicho es aquel que habla de «puñales envueltos en flores». Y está probado que para matar en política (venida la ocasión) no huelga nunca en la punta de la daga una espléndida rosa; cuando un ministro grita descompuesto:—¿Y á mí que? á nadie daña con incorrección tal, como no sea á sí propio; la gente se sonríe como diciendo: —¡Este ministro carece de primeras letras! En cambio, cuando un Martos se levanta y se dirige á un Rivero, la Cámara enmudece... el duelo va á ser á muerte... «Triste cosa es, señores, que cuando acaban los reyes comience la tiranía...» Rivero, que tiene la campanilla en la mano, la arroja, aparta el sillón y se aleja: va herido, más que herido, va muerto. ¿Qué ha sido? Nada; un poco de arte...

*
* *

Reveló Gómez Sigura al comenzar la suprema virtud de todo escritor: estilo... Zola decíale un día muy enfadado á Rochefort:

—No te perdono que seas político: ¡luchas con abogados como Gambetta, tú, un hombre que tiene estilo! Era una paradoja de Zola; pero de esa misma paradoja se deduce un hecho; hasta un hombre violento como Rochefort puede hacerse admirar por espíritus fríos, sólo por la virtud de saber ser escogidos...

Lo es, como pocos, el autor de *La valija rota*. Así se le vió más adelante aparecer en la últimas Constituyentes, como la sombra de un girondino. Su elocuencia propendia á la imagen y al mismo tiempo no salía á los labios sin pasar por el corazón; cuando Gómez Sigura, perdida la paciencia, indignado por tristes espectáculos, se levanta en la Cámara á pedir energía al Gobierno, aun en los períodos más vigorosos, aun en los arranques de mayor dureza, se advertía aquella serenidad artística que no abandonaba á Vergniaud ni en los instantes en que sorprendíala mirada de muerte de Robespierre. Escritor y orador, Gómez Sigura es siempre el mismo. Su Dios es lo Bello, aunque comparte estos fervores con el culto á una diosa: la Pereza.

Y hace bien y sienta bien una como apacible amargura que corre por las páginas

de su libro. Es un pesimismo noble, elegante, distinguido; es una melancolía de poeta ó de desterrado.

Días atrás, en el bullicio del salón de conferencias, deteníame, y recuerdo que me fijé con interés hacia uno de los rincones. Casi tendido sobre rojo diván, un hombre ¿soñaba ó dormía? No lo sé; los ojos estaban cerrados... Era una cabeza hermosa, y aquél era un rostro varonil y atractivo; melena encrespada, barba negra nazarena; nariz puramente griega, todas las líneas finísimas, correctas. Miré á aquel hombre que dormitaba con ternura y simpatía... Parecíame extraordinariamente triste; parecíame notar en él algo así como un cansancio del alma trascendiendo á todo el cuerpo... Era Eduardo Gómez Sigura, y mientras me alejaba, iba yo pensando: Hé aquí el país en que estamos... Ahí, en ese rincón, una juventud lozana, una inteligencia superior, un escritor de los que se ~~aca-~~aban, un orador de los pocos, y allá dentro, allá dentro un ministro nada humanista dejando caer desde lo alto de la tribuna su charla empedrada de solecismos y dicterios.

JULIO BUREL.



PREFACIO.

DEPLÓRASE á la continua que no se pueda nunca, en esta pobre España, establecer la normalidad en ningún orden de la actividad humana y de la vida nacional. Pero yo juzgo que no tenemos, en rigor, el derecho de poner muy alta la queja, pues con las irregularidades que determina la brusquedad de los cambios atmosféricos, bursátiles, políticos y sociológicos, coinciden, por fortuna, muy bellas y singularísimas periodicidades.

¡Ya ven ustedes!

Se comulga todos los años por Pascua Florida, ó antes si ocurre peligro de muerte.

Se admiten, en cada nueva legislatura, á sínodo, bajo la alta autoridad del primado de la restauración, monseñor Cánovas, á los diáconos, subdiáconos y acólitos, esto es, á los jefes, subjefes y jefecillos de la izquierda para que prueben su suficiencia en materia de liturgia gubernamental.

Se quedan los partidos desmantelados de ropa, de gente, que para el caso es igual, cuando caen del Gobierno, así como pierden las vides sus pámpanos en el otoño, y recobran sus adeptos cuando suben, lo mismo que los árboles se visten de nuevas hojas al brote de la primaveral savia.

Sale el rosario de la aurora, es decir, se anda á farolazos siempre que se eligen Cortes, ó antes si se renuevan los

Ayuntamientos, para facilitar el parto á la Soberanía Nacional (¿?); y

Se roban los trenes cada quincena, ó antes si hay noticia de que las tesorerías de provincias hacen remesas extraordinarias de fondos al Ministerio de Hacienda.

Nadie ignora, como no sea la Guardia civil, que el sitio más querencioso de los salteadores está, por lo que se refiere á la línea de Andalucía, en las cercanías de la estación de Quero, y puede decirse que de muchos años á esta fecha se han desplumado allí más criaturas que aves sucumben en una romería de peregrinos españoles para reponer con caldo de gallina las fuerzas de tanto católico, quebrantadas por el ayuno y la maceración.

Cierto amigo mío, el joven ***, que reside, no diré el nombre del lugar, pero, en fin, en tierra de la Mancha, ha tenido, ya porque, como dice Paul Feval, «toda

ruina encierra su grandeza,» ó ya por aquello de que «la imaginación gusta de estremecerse,» ha tenido la humorada, repito, de inspeccionar en los primeros instantes la línea por el punto cortado, y casi siempre ha recogido multitud de cartas abiertas y á medio abrir, esparcidas entre las astillas de los coches rotos y demás vestigios de la catástrofe. Por el hallazgo de estos papeles supone mi amigo que los ladrones, después de hacer el espulgo reglamentario en el bolsillo de los pasajeros, rompen las valijas en busca de certificados con libranzas, y así se explica el frecuente extravío que sufren esos paquetes interesantísimos de la correspondencia pública, pues no es posible concebir que el mal proceda de los empleados del ramo, aquí donde todos los ramos se hallan perfectamente organizados, incluso el de Correos.

Pero sea cualquiera la causa de la in-

seguridad de los certificados y el género de extravagancia en que merezcan ser clasificadas las exploraciones de mi amigo, es lo cierto que el joven *** ha reunido un magnífico epistolario, del cual he entresacado, con la competente venia, gran número de cartas de distintas fechas, algunas aisladas, otras que forman una correspondencia completa, y todas interesantes por su contexto y su literatura. En esos papeles, que por móviles harto generosos entrego á la publicidad, hay asuntos para muchas cosas, no poco que al reformador político puede ser utilizable, episodios para tal cual novela, hermosas puerilidades con que aumentar las *Relaciones* de Fernán Caballero, sublimes tristezas y torpes audacias, que habrían provocado la poética lamentación ó la cruel ironía del inmortal Figaro.

Por lo que á mí toca, nada con esos,

ni con mejores y más ricos materiales podría construir, pues ni tengo facultades de escritor, ni desearía tenerlas aquí, aquí donde el cultivo de las letras es menos que un oficio; donde ingenios de alta guisa han menester abrir un paréntesis en sus trabajos literarios, para hacer menos pesado, apelando á las prosaicas industrias, el tributo de la vida; donde la miseria y la gloria forman algo parecido á ese matrimonio de que habla Tácito: *sic vivendum, sic pereundum*; donde la flauta de un miserable concertista suena á los oídos de la muchedumbre mejor que el laúd de un poeta patriota como Berchet, lastimero como Heine, fascinador como Espronceda; aquí, en suma, donde los grandes publicistas arruinados por sus editores, Zorrilla sin jubilación, los hijos de Bécquer sin pan, el éxito desdeñoso con el genio y viviendo como en extraña mancebía con la inferioridad,

inspiran, contra el gusto literario del pueblo español, quejas aún más tiernamente sentidas y más virilmente expresadas que las que, contra el pueblo norte-americano, formula el célebre traductor de Edgar Poe...

Las páginas del presente libro no me pertenecen, pues; constituyen una obra en la que sólo he puesto una buena voluntad, honestamente dirigida á que recobren sus papeles muchos de los despojados por los salteadores manchegos.

Dejo en el buzón de la prensa, para que no sufran nuevos extravíos, documentos que importa vayan á su destino, y lo hago con expresa renuncia del cuarto del cartero que, en rigor, me correspondería. Doy al público lo que en privado he recibido. Nada pongo de mi cosecha, y en fin...

En fin, lector, *como me lo contaron te lo cuento.*

CORRESPONDENCIA PARLAMENTARIA
ENTRE UNO QUE ES DIPUTADO Y OTRO
QUE NO QUIERE SERLO



CARTA PRIMERA



OBRE Juanito: No te equivocas; es muy cierto: un diputado que no habla tiene la misma importancia que un cura de misa y olla ó que un torero en invierno, como diría el festivo poeta valenciano. Van los hombres al Congreso impulsados por la ambición de brillar, de subir, de figurar, sin comprender que hay entre los que hablan y los que callan la misma diferencia que entre la luz del fósforo y la luz eléctrica; entre el grajo y la alondra; entre la estatua de yeso que pasea por las calles de los villorrios el vendedor de santos bonitos y baratos y la hermosa estatua del escultor toscano.

La culpa, en verdad, la tiene el país, pues no quiere convencerse de que los retóricos le han perdido, de que cada gran discurso que le trae la *Gaceta* le cuesta un nuevo tributo ó un aumento en el contingente activo del ejército, y de que los oradores se hacen pagar más caras sus imágenes que las imágenes religiosas sus milagros.

La prensa sesuda, alarmada con tales exageraciones del sistema y con el crecimiento del ascendiente oratorio, aboga incesantemente por que se restrinjan los debates, por que las oraciones parlamentarias se recen y no se canten, por que las ideas se diluyán en un vaso tan pequeño que apenas pueda contener media docena de palabras, por que se vayan amortizando plazas de taquígrafos y los oradores dejen de cobrar el barato. Pero no obstante los buenos oficios de algunos periódicos, es lo cierto que el público se desvive por asistir á esos torneos de la palabra que se verifican en la arena de las Cortes.

Yo no sé si la crisis fabril que desde

hace mucho tiempo consume á Cataluña puede depender en poco ó en mucho de la amplitud de las discusiones del mensaje; yo no sé si la excesiva mortalidad que se nota en Madrid puede ser producida por una infección de retórica; yo no sé si el orden público mejoraría poniendo en vigor la ley de vagos y declarando como tales á los oradores; pero ¡ay! el día en que se destruyese la tribuna parlamentaria, se habría cegado para siempre el último resquicio por donde podemos asomarnos con noble orgullo á la contemplación de Europa, y habría desaparecido el único punto luminoso que el alma española divisa en el cada día más oscuro horizonte de su patria.

Ya no se acuerdan en Italia de Gonzalo de Córdoba, ni en Holanda del Duque de Alba, ni en París de Alejandro de Farnesio; ya no hacen nuestros barcos audaces travesías; ya apenas es de caña el cetro de nuestros Reyes; aquellos leones, digna cabalgadura del viejo guerrero español, se han cortado las melenas: no ejercen actualmente, como si dijéramos;

aquel sol que jamás se ponía en nuestros dominios es sol de otoño, pálido, tristón, descolorido, y aquella espada que reunió á los cristianos en los riscos de Asturias después de los descalabros del Guadalete para proveer á la reconstrucción de la monarquía tradicional, apenas pincha ya, y ni siquiera podría ceñírsela con gloria el segundo capitán del siglo, nuestro ilustre compatriota D. Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque.

Casi sin súbditos en América, sin esperanzas en Asia, sin exploradores en Oceanía, sin minas en la California y sin voto en los consejos de Europa, ¿adónde iríamos á esconder nuestra ignominia si no fuésemos grandes por la palabra y pudieran admirarnos desde el pie de nuestra tribuna los que no pueden ya temerlos ni como á diplomáticos, ni como á estadistas, ni como á conquistadores?...

Ilustres españoles que extendisteis bien lejos el confín del patrio hogar, que domeñasteis el orgullo flamenco y la fiera mora, que hicisteis al Mediterráneo vuestro vasallo y á la fortuna forzoso

cómplice de vuestra audacia; ilustres españoles de los tiempos heroicos, ¡descansad en paz! La España del siglo XIX puede bendeciros, pero no imitaros. Cuando el gran Federico, obligado á extender su reino, erigido sobre la base de un territorio exiguo, tuvo que defenderse de la nota de usurpador que le lanzaban los Soberanos de los territorios colindantes, exclamó discretamente: «La geografía no me permite ser honrado.» Decía bien el fundador de Prusia, y no haríamos nosotros menor alarde de discreción exclamando: «La geografía no nos permite ser conquistadores.»

Pero ¡ah! estas montañas de cuyas venas se nutren los grandes ríos, en cuyas altas cornisas se recuesta la luna, y cuyos verdes agudos picos parecen, iluminados por la ondulante luz crepuscular, aéreas agujas de inmensas torres de esmeraldas; este clima templado y apacible; esta vegetación espléndida como la indiana; estos huertos de Valencia; estos valles de Asturias; estos cármenes de Granada; estos bosques olorosos de ale-

gres naranjales que renuevan la memoria de los jardines de Medina-Azhará; estas orillas del Betis en donde la superstición y la fantasía de la antigüedad creían ver las avanzadas del Paraíso; estas cordilleras vascas por donde se extienden como reliquias patrióticas los sepulcros de los únicos adversarios de la invencible Roma, y estos montes de Cataluña por donde vagan como murmullos de una serenata inextinguible las patéticas armonías de los trovadores provenzales, harán siempre de España la cuna de los músicos, de los poetas, de los oradores; y aun encerrados como estamos dentro de la mortal argolla que ciñen contra nuestra garganta de un lado la presión del Pirineo y de otro la vergüenza de Gibraltar, ejerceremos en otros países, por la mansa dominación de la pluma y del pincel y de la palabra, generoso influjo, generoso y duradero, ya que hoy sólo es duradera y posible la conquista del genio, del arte y de la idea...

Juanito, mi querido Juanito: ya ves que no te contrarío, que te doy la razón

y que de tal manera procuro identificar-me con tus opiniones que, por cantar las excelencias de la oratoria parlamentaria, he llegado hasta la hipérbole.

¡La oratoria! ¡oh, feliz quien en tan divino arte sobresale y tan poderosa arma social sabe manejar! Es impropio que los académicos discutan sobre si la oratoria es un género literario simplemente útil ó simplemente bello, si se aproxima más á la didáctica ó á la poesía, si para conservar su propia finalidad necesita sacrificarlo todo á las exigencias estéticas ó á las soluciones prácticas. El orador completo lo es todo; debe serlo todo: cuando expone, cuando razona, su esfuerzo es puramente didascálico; cuando imprime, como diría Campany, en el ánimo de los oyentes los afectos que tienen agitado el suyo, cuando mueve las voluntades rebeldes á la aceptación de la idea nueva venciendo las resistencias tenacísimas que á toda reforma opone la vieja idea, destácase á la mirada pública con el cincel potente del escultor, que hace á su antojo blanda la

piedra y flexible el mármol; cuando por medio del descrédito prodigado en la viril censura promueve el general convencimiento sobre la execrabilidad de los poderes, y vuelca á las mayorías del lado de su ideal, muéstrasenos émulo del atleta de los campamentos; y cuando con acento enérgico, dolorido ó amante, expresa sus creencias, sus incertidumbres ó sus esperanzas, el ritmo musical de la palabra, la exuberancia poética y el carácter de subjetividad del discurso, lo transfiguran, haciéndole aparecer iluminado con todas las fulguraciones del genio de los grandes líricos.

No extraño, pues, que tú, amigo mío, joven apasionado, erudito, ambicioso, inquieto, muestres aficiones invencibles por los nobilísimos combates de la palabra. Me figuro tus insomnios y tus ansias, tus desmayos y tus ardimientos, tu odio á lo vulgar, tu aspiración á subir.

¡Alas! ¡alas! volar por las alturas
Del hondo valle á la empinada cresta,
Y allá, sobre los rayos de la aurora,
Cerner el alma en la región serena.

Alas tener y dominar los mares
Junto al sol purpurino del Oriente.
¡Alas... volar también sobre la vida,
Pasar al otro lado de la muerte!

exclamarás muchas veces, y evocarás después la musa de los oradores, porque, á la verdad, no hay alas tan rápidas como las de la elocuencia, ni aun entre las águilas que anidan sobre los Alpes, ni aun entre los pájaros que ha idealizado la hermosa pluma de Toussenel. Pero, Juanito, no te entregues á esperanzas imposibles. Confórmate con amar la belleza, que ya es don preciado el saber sentirla, aunque inferior ciertamente al de realizarla. Es inútil que pretendamos sobresalir en aquellas esferas de la inteligencia que más profundamente despiertan nuestra admiración, si no tenemos las aptitudes necesarias.

Yo no he gozado en París en ningún sitio tanto como en la plazuela de Saint-Germain, en aquel museo viviente, como dice Michelet; dentro de un gabinete de historia natural se me hacen fugaces las horas como las del festival y la orgía á

la juventud atropellada; el examen de la planta, el vuelo del ave, el análisis del mineral, el secreto de la generación de la flor, el relato de los viajes del explorador botánico, el estudio de la variedad de las especies, los libros de Darwin me deleitan con deleite irresistible; pues, sin embargo, no me doy de calabazadas para hacerme de una reputación de naturalista.

La romanza, la sinfonía, el órgano, el arpa, Mozart, Rossini, ¡oh! la música; todo lo que huele á música me enloquece; pues, sin embargo, no he intentado nunca tocar ningún instrumento, y por no tocar nada, no toco pito ni flauta en ninguna parte. Yo he andado con la fantasía todo el camino victorioso que anduvo Napoleón desde el consulado al cesarismo, desde Tolón á Alejandría, desde Rívoli á Wagram, y he creído escuchar la protesta del Papa cautivo y el estruendo de la majestad de los poderes históricos, que se desplomó al caer, poco menos que de rodillas, delante del oficial corso, los inquisidores de Venecia y los

caballeros de Malta, los Reyes de Nápoles y Prusia, los Emperadores del Norte y los representantes de todas las soberanías enclavadas en la antigua Confederación germánica; sé la vida y milagros de todos los conquistadores; tengo los retratos de los más famosos héroes militares; pues, sin embargo, no se me ha ocurrido exclamar nunca: «¡Quién fuese César, Gonzalo de Córdoba, Napoleón!» ni siquiera «¡Quién fuese el sargento García, el General Izquierdo ó el Noy de las Barraquetas!»

Me basta con admirar lo grande, sin figurar entre los grandes, para creerme superior á la inmensa masa social. Lo mismo, Juanito, debe ocurrirte á ti. ¿Sientes fascinación irresistible hacia el divino arte? Pues confórmate con haber recibido del cielo disposiciones para amar cosa tan bella. Sábeta que te voy á tomar por loco, y temores he sentido de que ya pudieras estarlo, al ver estampado en tu carta este párrafo originalísimo: «Aunque me reconozco sin pizca de numen oratorio, me siento obligado á intervenir

en las más arduas tareas del Parlamento para satisfacer compromisos de honor y regresar á mi distrito sin correr riesgo de que me apedreen los muchachos.»

Juanito: modérate, por Dios, y vuelve al buen camino; ni el honor está en la lengua, ni la palabra, por mucho que valga, y ya hemos convenido que vale bastante, puede dar la medida del patriotismo de nadie. Cada cual, desde el escaño del diputado, puede servir bien á su país, y tú puedes servirle muy dignamente con la boca cerrada. Para hacerse de ínsulas como la Barataria, y para obtenerlas por el procedimiento de Sancho, á tamborilazos, preferible es quemar todos los libros de caballería habidos y por haber, es decir, todas las colecciones de discursos, perenne y peligrosa tentación de medianías insaciables.

No envidies, amigo mío, ciertas exhibiciones de nombres oscuros, y no te inquiete la puerilidad de ver el tuyo en el *Diario de las Sesiones*. Piensa que no ha concluído el peligro cuando se ha vacado la tribuna, y que después de des-

prenderse de los labios la improvisación, la criatura, digo, el discurso, tiene que recibir el bautismo de la sátira y pasar por la estrechez del periódico. ¡Oh! ¿qué ganarías tú con que cuatro gacetilleros te hiciesen una reputación á fuerza de chistes de esos que chorrean sangre?

Ya se me alcanza, Juanito; lo comprendo perfectamente; un joven como tú, de figura arrogante, de mirada avasalladora, de gracioso ademán y de temperamento impetuoso, realizaria su fortuna en cinco minutos y conquistaría el amor de más de una bella chica, de las que asisten al palco de la Presidencia, debutando en un solemne debate, sobre motivos, v. gr., de una infracción constitucional. Lanzarse, sin el salvavidas de una reputación hecha, á la tribuna en un día de oleaje, de inmensa agitación política, de pleamar; lanzarse así desde el rincón de un distrito apartado, con un nombre ignoto, al palenque de los grandes oradores y descargar con todas las brillanteces de la elocuencia fulmínea, sobre la conciencia de tal partido ó de cuál

Gobierno, una oración gallardamente apasionada, sublime, valiente, coruscante, entre el asombro, primero de la Cámara, que pregunta por la prosapia del tribuno, y la admiración, más tarde, del país que saluda, en la persona del desconocido, la aparición de un nuevo astro parlamentario, eso ¡Virgen de la Consolación de Utrera!, eso es realizar la más incomprensible de las transiciones; es algo más que pasar en una noche del Polo al Ecuador, de las neveras de Laponia á las estufas de las cimas calentadas por el sol del Mediodía, del cielo pardusco y brumoso de las Islas Británicas al cielo sonriente, soñador, ideal de Andalucía; es ganar en pocas horas la orilla de la inmortalidad; subir sin andamiaje, sobre el lomo del águila, á lo más alto del Olimpo; convertirse, para decirlo de una vez, por los milagros del éxito, de hombre en Dios, así como el célebre Quintín Metzys, por los milagros del amor, convertirse pudo de Vulcano en Apeles.

¿Pero están los triunfos al alcance de las ambiciones? ¿Hemos de ser todos tri-

bunos? ¡Ah! y no me digas que yo puedo sacarte del atolladero, porque ni en este punto se admiten sustituciones, como en los exámenes de los escolares en tiempos de libertad de enseñanza, ni podrías decir nada bueno por boca mía, ni el consejo en casos tales remedia cosa alguna. Sin embargo, te haré notar, aunque juzgues que por vía de remedio salgo con un dislate, que en las fiestas de la gente aristocrática la mujer más agasajada es la mejor vestida; nadie mira allí al alma, ni siquiera al linaje. Pues bien: la mujer sin joyas que, no pudiendo ser lisonjeada, no quiere pasar desapercibida, se queda en su casa. Aplícate la moraleja y toma una resolución enérgica: vete á tu pueblo.

Vete, pues, y si te quedas, echa anclas en el salón de conferencias; no doubles, no, el pasillo que comunica con el salón de sesiones, que es peligroso para gente de tu ambición y de tu ineptitud oratoria, como para la marinería el cabo de Buena Esperanza.

Mira, y éste sí que es consejo que vale

dinero, mira que por ganar reputación de sabio puedes ganarla de tonto, y no ya los extraños, sino hasta los más allegados, dirán de tu tontería algo parecido á lo que de la existencia de Dios decía David; dirán que *era antes que nacieran los montes, y desde el siglo y hasta el siglo.*

ARTURO.





II



MIGO mío: Tu carta antes me ha afligido que confortado. Hubiérasme dicho que el fuego de los oradores es pura pirotecnia; hubiérasme dicho que el consumo de la retórica es una superfluidad pèligrosa é infantil; que la pólvora gastada en los Parlamentos tiene una aplicación menos humana, menos útil, menos artística que la pólvora gastada en los petardos, y habrías traído á mi ánimo quietud bien-hechora y confortante. Pero rociar la paleta de dulces tintas, de colores incitantes para embellecer el cuadro que ex-

cita mi ambición, es crueldad de un género ciertamente inconcebible.

Yo era feliz. Jamás había sentido deseos que no pudieran satisfacerse con oro, y dinero no me falta. Pasaba el otoño de montería en montería, el invierno de costa en costa, el estio visitando establecimientos balnearios y la primavera en mi quinta de Selva-azul, bellamente situada á las márgenes del Guadalquivir, soñando á la sombra de mis almendros cuajados de flor y cuidando mis nardos, sobre cuyos blancos cálices se derriten en gotas de ámbar los rayos del sol, de un sol que toma en sus ondas de luz color y perfume al pasar por las pintorescas sierras de la hermosa Córdoba. Rico, jamás tuve por qué preocuparme de que vivía en España, donde muchas familias no prueban ya el pan de trigo, como la inmensa población de Irlanda, y en donde se venden todos los años millares de fincas por concepto de atraso de contribuciones para pagar los vidrios rotos por tantos gobernantes filántropos y tantos ministros sabios como nos han salido;

enamorado, jamás dejó de abrírseme la reja allí donde penetraba el sollozo de mi guitarra, y altanero, jamás supe lo que era un quebranto de vanidad. En nuestras monterías de Sierra Morena, el primer jabalí muerto caía siempre á mis pies; en las tertulias de D.^a Araceli, la señora más encumbrada del lugar, nadie contaba una anécdota con más gracia que yo, ni bailaba con más soltura un rigodón, ni recibía más agasajos de los concurrentes, y para mayor gloria de mi nombre y aumento de mi fama, solía de tiempo en tiempo cautivar la atención de mis protegidos con mis informes sin estipendio en el Juzgado de Z.

Pero sábete, Arturo, que un día, en medio de esta felicidad, nunca turbada por ambiciones imposibles, se me presenta una comisión de magnates de la circunscripción de A, y me dice: «Juanito, usted es millonario, usted es bueno, usted es valiente, usted es orador; sobre todo, usted es orador. Los pueblos van acostumbrándose á creer que no están representados cuando sus diputados no

hablan, y no parece sino que nuestro distrito ha buscado siempre sus representantes en el colegio de sordo-mudos. ¿Querría usted hacernos felices?»

No sé qué extrañas ideas cruzaron por mi imaginación ante este ofrecimiento de mis convecinos. Los miré, me estremecí, medité, y les dije: «Señores: Mi palabra estará allí donde yo pueda usarla con orgullo de mis pueblos y provecho de ustedes... Acepto sin vacilación.»

Por aquellos días yo vivía completamente á oscuras en materias de derecho político, hasta el extremo de creer que la soberanía nacional reside en el magín de cualquier alcalde de monterilla; que la Constitución es un catecismo, cuyas máximas, como las del catecismo de Ripalda, todos conocen de memoria y no practica nadie; que las leyes no rigen para los amigos; que las revoluciones son una especie de redención en la que los redimidos resultan crucificados y los redentores se cargan con el santo y la limosna; que los sufragios que se dan á

los diputados son tan perdidos para la salvación pública como los sufragios que se envían á las ánimas benditas; que las Cámaras se componen, no de padres de la patria, sino de compadres de los Gobernadores; que el país, como la oveja, adora á quien mejor lo esquila, y que el turno pacífico y ordenado de las instituciones realizase con fuga de Príncipes, como en Septiembre de 1868, con desarme de milicianos, como en Abril de 1873, y con corridas de diputados, como en Enero de 1874. En cuanto á esa inmensa maquinaria del sistema representativo, no conocía el más leve resorte ni la pieza más insignificante; en punto á geografía electoral, ignoraba, cuando menos, tanto como de geografía descriptiva ignora cualquier alto funcionario del ramo de Correos; y de organismos, personas, partidos, intrigas, ministerios, enredos y demás bataholas de la política, maldito si tenía la menor idea. Sin embargo, no me arredré; fui á los comicios, anduve de acá para acullá, trabajé, luché, vencí, y apenas hubé de

salir de la urna, vime, como las palomas mensajeras de Noé escapadas del arca, sobre las alturas. En un abrir y cerrar de ojos convertíme en sabio, miré por debajo del hombro á todos los oradores del universo, y pareciéronme entonces: Cánovas, un polemista adocenado; Figueras, un abogado ramplón; Romero Ortiz, lo menos excelente de su museo de antigüedades; Moreno Nieto, una locomotora fuera de carril; Carvajal, un andaluz con buena pronunciación; Sagasta, un enfermo de hígado que rocía la tribuna de bilis y no de ideas; Pidal, un rebuscador de desperdicios de púlpito, que construye sus sermones con cuatro pensamientos desperdigados ó cuatro flores ya usadas por el deán de Valladolid ó el arzobispo de Valencia. Fuí más lejos aún: creí facilísimo hacerme de una reputación parlamentaria de primer orden en menos días de los que empleó Bonaparte en hacerse de su reputación militar; juzguéme de la estirpe de Mirabeau, y hasta llegué á presumir que la interposición de mi figura en la tribuna de

las Cortes produciría irremisiblemente un eclipse de Castelar.

Con estas pretensiones modestísimas, y seguido y aclamado por una multitud, más compacta que la que de ordinario acude á la ejecución de un reo en cualquier pueblo católico, apostólico y liberal de nuestra filantrópica España, me embarqué en la estación de X para Madrid. ¡Madrid!... Al tocar sus cercanías empezaron á caer esperanzas de mi corazón como caen ramos y hojas de la encina al golpe seco de la segur del leñador.

Cuando llegué á los umbrales del Congreso y tropecé en sus alfombras, ya no era yo el orador del juzgado de L, ni siquiera el joven decidor y verboso de las recepciones de D.^a Araceli. Los maestros de nuestra tribuna que antes habíanme parecido tan pequeños, tomaron de improviso á mis ojos una estatura atlética, y me pasaba hora tras hora mirándolos con los ojos elevados, así como un pobre quinto contempla absorto desde el pie los cimborios de la Giralda de Sevilla: tan altos y tan grandes los encontraba ya.

Los porteros siguen pidiéndome el *quién vive* á veinte palmos de distancia de la mampara que comunica con el interior del palacio de las Cortes por la calle de Floridablanca; á los cuatro amigos compañeros de fonda, únicas relaciones que he podido conquistarme durante mi ya larga permanencia en la capital de la monarquía, no he podido proporcionarlos billetes de entrada para la tribuna de orden, ni en días de escasa concurrencia, ni siquiera para oír á ese malaventurado Sr. de Alonso Martínez, que en punto á política lleva más pleitos perdidos que batallas cualquier dignísimo General español. Mi sastre, discípulo el más aventajado de Caracuel, no ha conseguido vestirme todavía con la distinción que merece un diputado del país aunque sea jorobado, y las levitas que me corta dan á mi figura una entonación rural extremadamente risible. Por último, después de dos años de vida cortesana, de encumbramiento y de dominación, no he perdido la costumbre de hablar á los Ministros de V. E., de estremecerme cuando el

Presidente de las Cortes agita la campañilla, como niño que se asusta cuando se enfada el maestro, y de entrar muy silenciosamente en el salón de conferencias, temeroso de que al ruido de mis pasos asomen la cerviz por detrás de las lápidas que honran su memoria, Argüelles, Pacheco, Valdegamas, Galiano, para decirme como las brujas á Macbeth: *¿Qué haces tú aquí?*

Amigo Arturo, cruel amigo mío, en medio de estos dolores por nadie quizá nunca sentidos, acudo á ti en demanda de apoyo, y por toda respuesta consoladora me dices que me vaya á mi pueblo... ¡Irme! ¿Acaso puede el alma sacudir violentamente la ambición que la consume?... ¿No sería más fácil que la mariposa huyese de la luz cuyo amor la mata? ¿No sería más fácil que el río repasara la pendiente de su cauce antes que consentir sepultarse en el seno de los mares?... ¡Irme! ¿Y dónde encontraría un Jenofonte que escribiese mi retirada? .. ¡Irme! No, no; no es posible; ya el viejo hogar solariego, mi ventura de otros

días, no ejercería ningún atractivo sobre mi corazón, y ni siquiera hallaría solaz en mi quinta de Selva-azul, en aquel pedazo de tierra y de cielo donde los encantos de los meses equinociales de que habla Víctor Hugo curan dolencias del alma, y donde la vida corre tranquila, fácil y oculta, como limpio arroyo, bajo la olorosa nave que forman los rojos capullos de las adelfas, entrelazados con los blancos racimos de los mosquetos, esparcidos en uno y otro lado de sus riberas.

Muchas veces, sí, pienso, como tú, que debo irme, pero el pueblo me espanta. Corrompido ó no corrompido, enrarecida ó saneada, ni yo puedo respirar ya más que este aire ni vivir ya más que en esta atmósfera. Tomaría prestada la lengua á Castelar por una sola hora á precio de mi vida y entregaría el alma al diablo con una tranquilidad que Fausto no sintió por una docena de aplausos recogidos al pie de la tribuna de las Cortes españolas.

Sin embargo, me voy batiendo en reti-

rada, y no peleo ya por la gloria, sino por el honor; no pretendo el elogio; busco sencillamente agujero por donde escapar al ludibrio, aunque el agujero sea tan pequeño como el ojo de la llave por donde la verde niña de la dolora de Campoamor vió en sus juventudes tan lindas cosas.

En mis momentos lúcidos se me alcanza todo lo estrafalario de mi situación, y me esfuerzo por desasirme de las locas ambiciones que la han provocado. Decido hacer una hoguera de mis ilusiones marchitas y prenderle fuego con la llamara-da de mi credencial; juro colgar mi investidura del mismo clavo donde estuvo colgada la carabina de Ambrosio; pero á lo mejor recibo un paquete de cartas del distrito recordándome *lo del discurso*, y ¡adiós juramentos! Hace pocas horas he tenido una de mi novia, que bien merece ser coleccionada entre las más famosas indirectas del famoso Padre Cobos. Dice así:

«Inolvidable Juanito: Suscríbeme también al otro *Diario de las Sesiones*, pues supongo que deben publicarse dos, cuan-

do en el que me mandan no ha venido ninguno de los grandilocuentes discursos que has debido pronunciar. Tu queridísima, Carlota.»

No necesito decirte, Arturo, cuán penosa impresión me ha producido la lectura de semejante epístola. Carlota es discreta, es hábil, es instruída, conoce del pe al pa todo el mecanismo del Parlamento, y eso de *los dos diarios* es la guasa más fina y más cáustica que ha podido dársele á ningún mortal.

Ahora no me vengas con paños calientes. Á estas latitudes, tu consejo para que me retraiga de la arena parlamentaria, no sólo sería inútil, sería, además, ofensivo. Mi resolución está formada; no la quebrantaré. Mi camino está tomado, y lo andaré hasta el fin. Desde mañana buscaré resueltamente la celebridad, ó por medio del escándalo llamando bruto á algún Ministro, ó por medio de la descortesía, interrumpiendo á los más distinguidos oradores, para que, mal ó bien, aparezca, asociado al de ellos, mi nombre en todos los periódicos de Madrid.

Tu consejo, pues, debe contraerse á señalarme las ventajas del uno sobre el otro método. Basta de dibujos y de ambigüedades. Te exijo y espero únicamente una respuesta categórica.

JUANITO.





III



ÁLGAME Dios, Juanito, y cómo va á reirse Nosedal si por acaso llega á su conocimiento tu carta! Dirá que el parlamentarismo no es sólo una ficción mezquina, sino diabólica; que los hombres van cuerdos á las Cortes y vuelven locos á sus casas; que los enemigos del sistema representativo están vengados con extravagancias como las tuyas, por cierto muy comunes, y que la entrada de Cronwell en la Cámara inglesa, de Napoleón en el Consejo de los Ancianos y de D. Manuel en la Asamblea federal son páginas más

brillantes que la entrada de los cruzados en Jerusalem y de D. Fernando en Sevilla.

Además, la gente de *El Siglo Futuro*, los señores de la extrema derecha, los obispos de sombrero de copa, como diría algún amigo mío, van á poner el grito en el cielo cuando tengan noticia de tu propósito de vender el alma por una lengua en buen uso, y si al fin suben la cuestecita del Gobierno cogidos á los faldones de la levita de Pidal, capaces serán, para privar de estímulo á insensateces como la tuya, de establecer en la casa grande de la plazuela de Cervantes un convento de franciscanos. ¡Qué digo capaces! Lo harían indefectiblemente, á menos que no fuese una verdad lo del turno de los izquierdistas, cosa que dudo mucho, pues Cánovas, que, dicho sea de paso, continúa con las llaves del reino de la restauración en el bolsillo, y amplias facultades de atar y desatar, no las gasta muy leales con la democracia dinástica, y á lo sumo haría con ella lo que el marido rico y viejo con la esposa joven

y alborotada: prevenir sus travesuras con la perspectiva de la herencia y castigar sus antiguas morisquetas variando en testamento cerrado la institución de heredero. ¡Quién sabe! ¿No sería posible que á estas horas D. Antonio hubiese expresado su voluntad en esta forma alevosa y oscura, y que los favorecidos fuesen cualesquiera menos esos malaventurados emigrantes del constitucionalismo y del republicanismo recogidos, no ya bajo la gloriosa bandera del vencedor de Alcolea, sino bajo el misero paraguas del protestante de Biarritz?

Pero, Juanito, ¿qué diablo tienen que ver con nuestro asunto los demócratas y el capítulo de testamentifacción activa de los Códigos españoles? Un loco hace ciento; antes se pega lo feo que lo bonito, y tu compañía me va produciendo tal confusión de ideas, que dentro de poco no sabré yo si hablo en verso ó hablo en prosa, como el personaje de Molière.

La verdad es que aquí, donde se ha intentado suprimir los suicidios alzando algunos palmos la barandilla del puente

de Segovia, no faltará quien, para evitar que nadie haga pacto con Mefistófeles por un poco de retórica, proponga la supresión del Parlamento y acabe de una plumada, y en un día, con este delicioso sistema constitucional, que no por haber hecho su aparición en España casi al mismo tiempo que el cólera morbo, ha dejado de producir gratas sorpresas para el contribuyente, y de dar copiosos Ministros al presupuesto, lindos modelos á los preceptistas, y glorias brillantes al cincel del escultor.

Vuelve, pues, mi pobre Juanito, á la buena senda y deslígate de ambiciones que concluirían por hacerte indispensables los cuidados de un médico alienista.

Piensa que hay muchos de tu color, y... *¡miseria multorum est stultis maxima consolatio!* No, no eres tú solo el diputado que trae de su pueblo falsas nociones del propio valer. ¡Cuántos profesores distinguidos de Universidades, cuántos abogados distinguidos de Audiencia, cuántos héroes de Ateneo no naufragan contra esa maldita tribuna de las Cortes!

Tales naufragios se repiten con dolorosa frecuencia, sin que su repetición arguya la existencia de fenómeno alguno. Por poco que tú hayas hojeado los libros de literatura, sabrás, no obstante, pues es regla elemental al alcance del menos avisado, que el secreto de los oradores aplaudidos consiste casi siempre en dominar la situación. Y bien, ¿puedes tú desconocer que la oratoria parlamentaria ofrece en ese punto obstáculos que no ofrece alguna otra? Los españoles tenemos escasa predilección á las discusiones doctrinales; la Academia está casi siempre desierta; su público se compone, por lo regular, de gente de casa; al cabo del año, todos los señores académicos han metido su cuarto á espadas, y, *hoy por ti, mañana por mí*, nadie allí diserta que no cuente de antemano con aplausos reglamentarios y con su manojillo de lisonjas.

La oratoria forense excluye por su naturaleza misma los oropeles de estilo y los afeites retóricos. Se sube á estrado con el trabajo hecho, trabajo de medita-

ción y de memoria, la palabra hace poco y la fantasía no contribuye con nada. Antes podría Echegaray poner en música la tabla de logaritmos que Pidal, colorista y poeta, revestir de formas seductoras algún informe sobre un litigio de servidumbre de aguas ó sobre una tercera de dominio, incidente de una ejecución, poco menos que capital, contra cualquier pobre concursado. El público, aparte los cuatro caballeros de barras afuera, que casi siempre se compone de litigantes, y que más se fija en la cara de los jueces que en la argumentación de los letrados, puede decirse que no existe, pues por lo que hace á sus señorías, ni miran ni escuchan; sus señorías duermen sosegadamente mientras los defensores se tirotean, deseosos de que el reposo de la materia comunique á sus ánimos la tranquilidad necesaria para *mejor proveer*.

En cuanto á la oratoria sagrada, ¿qué he de decirte que tú no sepas? El orador que toma púlpito escapa irremisiblemente á la crítica, así como escapaba á la

justicia el delincuente de la Edad Media que *tomaba iglesia*. ¿Sucedé lo mismo en las Cortes? Al orador parlamentario se le acecha, se le ojea, se le hace el correspondiente puesto en la tribuna de la prensa como á encelada perdiz en tiempo de picadilla. Casó es éste, Juanito, que no debe de extrañarte demasiado; el periodista es el ser más desgraciado de la creación: sube, come, prospera, como el cirujano, de lo que mata, y como el pobre cura, de lo que entierra. Y no es que sea el periodista un pícaro, ni que use de crueldad por lujo; obligado, lo mismo que el sastre del cuento, á estirar, por las exigencias imperiosas de su ministerio, los temas políticos más que estudiante pobre la paga del mes, tiene el infeliz que remediar la falta de asuntos serios abusando del chiste; en una palabra, necesita buscarse la vida como puede, y casi siempre se la busca á costa de vosotros los diputados rurales, que ofrecéis, por vuestro absoluto desconocimiento de las cosas del gran escenario, excelente blanco á la punzante burla

cortesana y á la musa picaresca de los escritores festivos. Si he de ser justo, debo de decirte, no obstante, que no son los periodistas la gente más temible ni la más inhumana. Yo no sé por qué, acaso el efecto no tenga causa conocida, ó á lo menos fácil de comprensión, pero es evidente que así como el público del ateneo, del tribunal, de la iglesia, del club está siempre predispuesto á la benevolencia, el público de las Cortes, no menos sanguinario que el de los circos taurinos, el cual se cree defraudado cuando no presencia muchos caballos muertos, muchos picadores descostillados y algún que otro diestro colgado del asta del bicho, el público de las Cortes, repito, necesita de emociones fuertes, y sesión sin cogidas, sin reputaciones estropeadas y sin oradores corridos puede decirse hasta que es una sesión perdida para la patria.

Juanito, dirás que me he extendido en reflexiones superfluas, que gusto de los estilos declamatorios y que sólo estaba autorizado para resolver sobre la elección de términos de una fatal disyunti-

va; pero espero confiado que juzgarás noblemente de mis dispendios de frases á poco que lo medites, y dejando ya vaguedades á un lado, te manifestaré que tu designio de buscar la fama en la trifulca llamando bruto á algún Ministro que lo parezca es de lo más inocente que se te ha podido ocurrir; en primer lugar, porque ignoro hasta qué punto pueda ser motivo de escándalo llamar á nadie por su nombre, y en segundo término, porque desde la célebre sesión en que Romero Ortiz y Montemar se administraron unos cuantos argumentos de esos que los taquígrafos no pueden reproducir, los nervios de los diputados y demás espectadores de la tribuna de las Cortes, duros como astillas de roble, resisten las mayores conmociones, y necesitaríase para conmoverlos de algunas docenas de descargas de la botella de Leyden.

No diré lo mismo del otro sistema de exhibición parlamentaria. Las interrupciones ¡bah!, las interrupciones han sido un gran medio de celebridad. Recuerdo

á este propósito casos y cosas que merecen historiarse. Es el 13 de Abril de 1865; la oposición de la Cámara ha desencadenado sus odios contra el Gabinete del General Narváez, con motivo de los sucesos de la noche de San Daniel. González Brabo ruge por encima del banco azul como rabiosa tempestad sobre espantada sierra y brilla con todos los fulgores vivísimos del apóstrofe y de la ira: la expectación es inmensa, el momento solemne, el silencio sepulcral; los legisladores petrificados en sus escaños; los asistentes á las tribunas consternados en sus galerías; nadie se atreve ni á respirar siquiera; la emoción es profunda y hasta se nota en los rostros estúpidos de los maceros de guardia, estatuas inmóviles de carne envueltas en rojas dalmáticas, debajo del dosel que cubre el sillón presidencial. El gran tribuno, el orador de fuego se enardece á medida que su adversario se aterra, y cuando se dispone á defender á los tribunales contra toda acusación de lenidad, «¡ah, los tribunales! mejor haríais en no corrom-

perlos,» exclama un diputado de la extrema izquierda. El león se siente encorvado por un momento, las tribunas aplauden, la oposición se rehace, la ola se vuelca sobre la derecha de la Cámara. Aquella frasecita escapada de los labios de un diputado novel había valido por un gran discurso.

Más tarde, algunos años después, el 26 de Junio de 1870, el Gabinete de conciliación presidido por el Duque de la Torre se declara en crisis. El General presidente dirige una comunicación á la Mesa de las Cortes rogándole que suspenda las sesiones hasta que la Corona ejercite su prerrogativa. El infortunado Sánchez Ruano, que tenía presentada una proposición incidental pidiendo al Gobierno explicaciones sobre la crisis, se informa oportunamente del proyecto de clausura de la Cámara, y reclama en tiempo hábil el debate previo sobre su proposición; la Mesa asiente á su demanda, reconoce su derecho y le promete la palabra para cuando se hayan leído los documentos del despacho ordinario. Pero en-

tre los documentos del despacho ordinario se desliza la comunicación del Duque de la Torre; la mayoría acuerda inmediatamente la suspensión de las sesiones; el Presidente se cubre y el diputado de la minoría republicana se queda con un palmo de narices. Gran tumulto y gran pugilato de dicterios. Los ministeriales aplauden la conducta de la Mesa; los amigos de Sánchez Ruano protestan. Becerra, del lado de estos últimos, pretende abrir la sesión haciendo valer su autoridad de Vicepresidente; Rivero le disuade; *que abajo, que arriba, que atrás, que adelante*, al fin Becerra sigue las inspiraciones de su camarada, y al descender por la escalinata de la presidencia entre vítores y recriminaciones de una y otra parte, exclama Pedro Antonio de Alarcón: *Señores, sesión por un punto*. Con esta ocurrencia terminó todo; ahogóse el coraje en risa; las lanzas se volvieron cañas, y una frase feliz cortó un conflicto que difícilmente habría cortado la mejor filípica del más ilustre émulo de Demóstenes.

Ya ves, Juanito, cómo las interrupciones tienen su lado interesante y sublime y práctico; pero desde que determinadas personas cultivan ese género de literatura parlamentaria, el oficio está perdido; sería necesario que resucitara Ernesto Picard y viniese á nuestras Cámaras á hacer tropezar á los oradores de pie más firme con sus admirables interjecciones, sus apóstrofes valientes y sus interrogatorios concisos para que el oficio de interruptor volviera á ser lo que ha sido entre nosotros y pudiera ejercitarlo sin humillación cualquier hombre de chispa.

Mientras esa resurrección acontece, ó mientras tú consigues dominar la situación, ó mientras acaparas materiales útiles para obra digna, aléjate, Juanito, del mundanal bullicio y observa, estudia, reflexiona sin inquietarte por la fecha del debut. La pequeñez resignada tiene mucho adelantado para ser algún día grandeza positiva. Las reputaciones no se fabrican al minuto. El camino de la gloria no se anda en ferrocarril...

No pienses tampoco que porque actual-

mente te condenes á una oscuridad reparadora y provechosa has de ser siempre un hombre oscuro... La simiente de la más elevada palmera se ve al principio encerrada por el árabe en un vaso de arcilla, como diría Chateaubriand.





IV



MIGO Arturo: Las ideas más inconexas suelen tener á veces misteriosa trabazón.

Hace dos días leí en un periódico que la Audiencia de Zaragoza había condenado á prisión correccional á un infeliz mendigo por haberse éste anticipado á la caridad de uno de sus presuntos bienhechores sustrayéndole con toda urbanidad y sin la menor molestia unas cuantas pesetas del bolsillo.—Cómo—exclamé cuando leí la noticia,—¿no hay ladrón más repugnante que el ladrón de las plazuelas? ¿Han de buscarse las cir-

cunstancias eximentes, atenuantes y agravantes en la condición social tan sólo del que delinque? Sobre un pordio-sero astuto cae la ley penal á plomo. ¿Y los asentistas?, ¿y los deudores del Estado á perpetuidad por el concepto de rematantes de bienes nacionales?, ¿y los contribuyentes solapados con riqueza oculta?, ¿y los curadores fulleros que trabucan las cuentas de sus pupilos?, ¿y los vistas de aduanas que ciegan al tomar posesión de los cargos?, ¡Retener! ¡hur-tar! ¡secuestrar! ¿No retiene el poseedor del edificio ó del predio subastados, la finca no pagada, contra la voluntad de su dueño, que es el Estado nada menos? ¿No se lleva una mujer prendido un co-razón que no es suyo entre los hilos de luz de una mirada? ¿No defraudan los partidos políticos la confianza del país, dándole en el poder cosa distinta de la ofrecida en la adversidad? ¿No secuestra la nube al sol?

En el mundo casi todos somos secues-tradores, y... ¡oh! al pronunciar esta pa-labra sentí bullir en mi cabeza un pen-

samiento felicísimo, bajo cuya inspiración partí rápido como el rayo al Congreso. Atravesé orgulloso el salón de Conferencias, fuíme, sin hacer escala en ningún corro de los pasillos, al salón de la Biblioteca y le dije al jefe de aquellas apacibles cuanto solitarias estancias que pusiera á mi disposición todas las colecciones del *Diario de Sesiones*, orden que prestamente ejecutó un funcionario subalterno, descolgando de las estanterías volúmenes y más volúmenes.

¿Qué se me había ocurrido?; ¿qué es lo que intentaba?; ¿qué es lo que yo iba á hacer? La noticia de un simple hurto castigado por sentencia firme de una sala de justicia había abierto camino á mi inteligencia en la conquista de una reputación parlamentaria. ¡Peregrina coincidencia ciertamente! Pero, en fin, ya ves, mi buen amigo, hasta qué punto las cosas más contradictorias suelen tener un extraño vínculo de misteriosa paridad.

Y bien, delante del *Diario de Sesiones*, delante de aquel mundo de ideas encerrado en unos cuantos rollos de papel,

sentí algo del entusiasmo selvático de un cazador indio, porque sábete que lo que yo intentaba, y lo que realicé en definitiva, fué un verdadero ojeo.

Revolví páginas, fechas, nombres, asuntos, y extraje epigramas de Benavides, altanerías de González Brabo, salves de Olózaga, salmos de Aparisi, plegarias de Donoso, imprecaciones de Nocedal; y cuando leí mis cuartillas, con materiales tan varios y sublimes fabricadas, créime más grande de lo que pudieron creerse el Tasso, Milton, Schiller, después de escribir cada uno de los tres, respectivamente, la última página de *La Jerusalem libertada*, de *El Paraíso perdido* y de *Los Dioses de la Grecia*.

Otro hombre de ánimo menos elevado que el mío habría visto su satisfacción mermada ante la duda de que su obra pareciese un plagio; pero yo gocé desembarazadamente, sin que me inquietase tan necia suspicacia. Campoamor, cuyo testimonio no puede reprocharse, ha, valientemente, demostrado que nadie tiene derecho de pedir al genio cosas

nunca vistas ni oídas. Los enemigos del carácter de perpetuidad de la propiedad literaria, que son muchos, y muy expertos, y muy eruditos, resisten la reforma de esta parte del derecho positivo, porque afirman que las ideas, que las savias, que los gérmenes de que se forma toda obra humana, están en una especie de corriente universal, donde á nadie puede impedírsele beber, y constituyen una especie de masa común, de la que puede la iniciativa individual extraer lo que guste para utilizarlo en su provecho. Por último, labios más autorizados que los de cualquier gacetillero mordaz ó cualquier pensador impío han dicho: *nihil novum sub sole*.

Un día, cierto literato francés, de merecido renombre, fué acusado de falta de inventiva con ocasión del estreno de uno de sus mejores dramas, que el público había aplaudido hasta con prodigalidad. El dramaturgo se dirigió á sus jueces y les dijo: «Señores, ¿creen ustedes de veras que el genio puede ser enteramente original? ¿No les parece á ustedes Dios

el mejor artista, el universo la mejor obra y el hombre la parte más selecta de esa obra misma? Pues Dios, queriendo crear una cosa extraordinaria, hizo el hombre á su imagen y semejanza; entendedlo bien, á su imagen y semejanza.» De suerte, que ni siquiera el hombre fué *creado*, sino copiado.

La verdad es que el genio modifica, transforma, colora, embellece las cosas; ¡pero crear! El arquitecto no ha creado el yeso, el ladrillo, el agua, la madera, el mármol, y el palacio es una obra de sus manos. Pradilla no ha inventado la luz, los tonos, la perspectiva, la paleta, y sin embargo, la *Rendición de Granada* es un cuadro suyo, enteramente suyo. ¿Han creado el *Hamlet*, el *Don Juan*, el *Trovador*, Shakspeare, Byron y García Gutiérrez? No; éstos son tipos humanos, caballeros particulares, figuras de carne y de hueso, con quienes el vulgo se ha codeado antes de que el barniz del poeta los retocara para llevarlos al teatro, al poema ó á la leyenda.

Un naturalista alemán, tristemente

célebre, pero indudablemente sabio, dice que las mayores pirámides de Egipto y otras construcciones gigantescas de aquel país están formadas de piedras que deben su existencia á las conchas calcáreas de animales pequeños; asimismo asegura que la piedra de sillería con que se han hecho casi todos los edificios de París proviene de las conchas de animalillos, cuyo número asciende á dos millones por pie cúbico.

Ahora bien, me pregunto yo: ¿qué son los grandes monumentos científicos, qué éste inmenso monumento parlamentario que llamamos compilación general del *Diario de las Sesiones de Cortes*, sino formaciones lentas y sucesivas del reino intelectual, á las cuales ha contribuído cada lengua con su palabra, así como á la inmensa mole de las pirámides ha contribuído cada animalillo con su concha? Y si fuera ridículo que cada uno de estos gusanos mezquinos reclamara su parte en la pirámide, ¿no lo sería aún más que cada orador reclamara la suya en la construcción del gran monumen-

to escrito de la oratoria parlamentaria?

Convengamos, pues, en que mi discurso, aunque nutrido de ideas y de conceptos ya usados, no era fruta del cercado ajeno, sino obra mía. Mía hasta por ministerio de la ley.

Todo el que edifica en terreno propio con materiales extraños hace suyo lo edificado si fué ocupante de buena fe. Es indiscutible que las cuartillas, ó sea el suelo, me pertenecían, y los materiales, aunque pudiesen ser reivindicados en juicio declarativo, como ahora se dice, opinaba yo con la mayor ingenuidad, por las razones arriba expresadas, que no tenían dueño. Y en rigor ciertamente que no lo tienen, pues nada podrían pedirme los herederos de Olózaga, Donoso, Aparisi. Luego, lo dicho: mi discurso era un discurso cuando menos tan legítimo y bien adquirido como bien adquirida y legítima es la reputación de estadista de muchos ministrillos que yo conozco.

Pero ¡horrible decepción! ¡horrible desengaño! Hace diez días, horrorízate, Arturo, hace diez días que no duermo,

que no bebo, que no vivo, que no como más que palos de pasas y no he podido aprenderme ni siquiera las cinco primeras líneas de la primera cuartilla.

Y bien, ¿creerás que este fracaso me ha convencido de la imposibilidad de mi aspiración? Pues te equivocas. La esperanza se parece al sol: hace como que se va y vuelve; podemos pasar una noche sin ella á lo sumo, pero nada más que una noche. En cuanto á las ilusiones que concebí sobre el éxito de mi famoso discurso, ninguna me queda ya. Esta mañana quemé los originales—me parece que te ríes al oír eso de los originales;—sí, me afirmo, quemé los originales con más bravura que los escribí. Sé que no puedo contar para nada con mi memoria, y por esta misma razón nada intentaré que necesite de su grosero auxilio; pero sus desdenes antes me alienan que me contrarían. La memoria constituye el talento de los tontos, decimos frecuentemente; es como una paralela del entendimiento, según dictamen de más de un psicólogo, y pues yo ando mal

de memoria, debo tener extraordinarias facultades imaginativas. Dirás que ninguna señal he dado de tenerlas; pero tampoco me he sometido á ningún ensayo que demuestre cosa en contrario, ni he pretendido antes de ahora ejercitarlas.

Lo que hay de indubitable es que sobre todas las prescripciones retóricas está, como tú dices muy bien, la necesidad de desarmar al público con la arrogancia tranquila de un ánimo valeroso y frío. ¡Dominar la situación! ¡Oh! ése y sólo ése es el secreto de la gloria de los oradores. Si yo consiguiese cualquier día decir unas cuantas docenas de palabras sin turbarme, sin perderme, el sábado próximo haría una interpelación, teniendo buen cuidado de empezarla cuando el General Salamanca concluyese una de las suyas; después me batiría á primera sangre con Venancio ó con Valdosera, y concluiría por intervenir en las grandes batallas del Mensaje y por hombrearme con el mismo Cánovas, Sr. D. Antonio. La cuestión es empezar, es perder el miedo, es tomar la tierra; pero yo no despe-

garé los labios mientras tú no me autorices; ambiciono llevar á la primera escaramuza el consuelo de tu simpatía y la autoridad de tu consejo.

¡Oh, noble amigo mío! Díme que hable, dímelo pronto, dímelo de veras, dímelo de modo que me inspire confianza y serenidad. ¿No ha hablado ya el General Pavía?... ¿O es que sólo para mí está cerrada una tribuna que han escalado tantos émulos del tristemente célebre Fray Gerundio de Campazas?

No desconozco, en verdad, los peligros de que me adviertes, ni la trascendencia de las razones en que fundas tu invocación á mi silencio, y aun doy por cierto que los periodistas se comen á los niños crudos; pero tú has ejercido el oficio, eres como de la familia, y no te sería difícil conquistarme el cariño de tus compañeros. Ya se me alcanza que eso de llevarme de redacción en redacción, como moro recién bautizado, pidiendo de limosna una pizca de benevolencia, no es digno de ninguno de los dos; pero por todas partes se va á Roma, y por de

pronto someto á tu deliberación las ventajas del siguiente procedimiento:

Un día... cualquier día, procuras que tus camaradas de la tribuna de la prensa me dirijan una carta de felicitación con motivo de... El motivo importa poco. Yo contestaré enviando á los autores de la misiva emparedados, habanos, café, cognac, etc.; después subiré á saludarlos, los abrazaré, me abrazarán; beberemos en la misma copa: el licor es el más fecundante de todos los rocíos y predispone las almas á los afectos, no sé si más duraderos, pero sí indudablemente á los más efusivos; comeremos también juntos, pues en verdad te digo que á los escritores más huraños se les coge como á los mirlos, con lazo. Con lazo de servilleta, ¿entiendes?...

Inolvidable Arturo, ya lo ves, en ti consiste; tú puedes allanarme el camino de obstáculos, rendir enemigos poderosos, ayudarme, en una palabra, á dominar la situación. Hazlo, y no oigas más que á tu corazón, que es bueno. Hazlo, no ya por mí, sino por el sistema repre-

sentativo; si, por el sistema representativo, pues yo engaño hoy á mis electores no enviándoles un discurso desde el *Diario de Sesiones*, aunque sea tamañito como el retrato que los mercaderes de Toledo le pedían á Don Quijote de su Dulcinea; muchos los habrán engañado del mismo modo antes; otros los engañarán después, y á fuerza de regalos, de tributos todos los años por Pascua Florida, ó antes si espera Cánovas un nuevo ingreso de oficiales carlistas en las filas del ejército nacional, ó si Alonso Martínez hace una nueva emisión de Audiencias para contentamiento de los caciques desairados; á fuerza de decepciones y de pesadumbres, el cuerpo electoral pasará del enojo á la indiferencia, de la indiferencia al retraimiento, del retraimiento al horror por la lucha de los comicios, y llegará día en que en esta España liberal progresista y democrática no voten ni siquiera las pelotas de goma.



V



TE has empeñado en ver tu nombre escrito en letras de molde; y más puede un testarudo que... En fin, lo verás; pero con la diferencia de que, en vez de salir en el *Diario de las Sesiones*, saldrá en el sexto tomo de la obra de Zugasti, cosa ciertamente muy merecida, aunque, por otra parte, bien se me alcanza que tu teoría sobre el secuestro más responde al estado transitorio de desorden de tus ideas que á convicciones profundamente calcadas sobre algo que arguya un desconocimiento absoluto de toda noción de la moral y del derecho.

Tu misma censura contra la ejecutoria de un tribunal que condena á presidio á un pordiosero por anticiparse á la caridad de uno de sus presuntos bienhechores prueba harto elocuentemente la ofuscación de tu espíritu. Verdad es que en materia de anticipos ningunos otros como los que nuestros Ministros de Hacienda decretan contra el país; pero una cosa son las necesidades públicas y otra las necesidades privadas; una la razón de Estado y otra la razón de Juan del Pueblo. Además, puede pasar que cualquier magnate se haga justicia á sí propio, devolviendo impunemente golpe por injuria para abreviar los autos procesales, pues en ello, más que otra pasión menos generosa, se descubre el humanitario propósito de economizar trabajo á los pobres jueces de primera instancia, que tienen muchos entenderes y pocos haberes; lo que no puede pasar es que nadie se tome la limosna por su mano.

Pero me preguntas: ¿y los asentistas? y... ¡Vaya, Juanito, vengamos á cuentas! El asentista es un hombre que vive

de las migajas del Tesoro público, sólo que, como esas migajas son de oro, el que las recoge lo pasa holgadamente. El comprador de bienes nacionales, que vive en la quieta y pacífica posesión de la finca rematada sin pagar los plazos correspondientes, es un mero deudor de la Hacienda. El boticario que expende pajuela por quinina y polvo de bellota por opio es sencillamente un buscavidas. El curador que se alza con la fortuna de su pupilo, pero que rinde sus cuentas puntualmente en el juzgado todos los años; el proveedor de los establecimientos de beneficencia que realiza una hábil concordancia de ahorros, no conocida por Juan Bautista Say, es decir, que armoniza el ahorro de indigestiones para los asilados con el ahorro de unos cuantos maravedises para su bolsillo particular; el hermano mayor de la cofradía que se come, y es comer, el fondo de ánimas, aunque reservando piadosamente algunas pesetas para unos cuantos responsos, esos caballeros sólo podrán ser tachados á lo sumo de malos administradores, pero

nada más. ¡Cómo compararlos con el ladrón, con el verdadero ladrón, con el que roba un reloj, ó un pan, ó un racimo de uvas! ¡Pardiez! Dado que tu filantropía pudiese arraigar en el magín de los legisladores, llegaríamos á los desastres del desquiciamiento social, á la anarquía brava como régimen permanente, al estado selvático, en una palabra, y se verían las mayores enormidades, los mayores contrasentidos; sí, podría verse á muchos jóvenes de familias elevadas, cosidos con hilo colorado, como se dice en esa especie de caló forense que hablan los curiales de baja estofa, por el gran crimen de no pagar las levitas y los fraques con que acreditan, sirviendo de figurines en las recepciones de la grandeza, la maestría de sastres desagradecidos, y en tanto, quedaría sin castigo el pordiosero audaz que, aprovechando el descuido de los dependientes, entrara en el establecimiento de uno de esos mismos sastres, y robara los primeros jirones de paño que hallase á la vista para tapar los agujeros de sus calzones rotos.

Acaso ahondando demasiado en el fondo de las cosas pudiera encontrarse, por medio de un trabajo largo y penoso de exploración filosófica, un concepto de la justicia más perfecto del hasta el presente conocido, y gracias á la expresión de ese legal concepto, severamente tenuta en cuenta por los tribunales en sus solemnes resoluciones, no escasearían los rostros distinguidos y los varones linajudos en la Cárcel modelo; pero es rasgo insolentede pedanteria académica la sola pretensión de realizar semejantes exploraciones, y hay que convenir en que no sólo en los negocios de Estado, como decía el Ministro de Portugal de la célebre zarzuela, sino en la universalidad de los negocios de la vida, *la buena forma es el todo*.

No son, Juanito, menos peregrinas teorías sobre la originalidad de las obras de la inteligencia y sobre la apropiación de documentos parlamentarios por ó sin causas de utilidad pública. Claro se está que el genio no crea, y que cuanto sale de las manos del hombre imperfecto

es. Pero desde el oficial de carpintería que hace una silla con media tabla de prosaico pino hasta el ebanista que construye un armario con relieves y molduras; desde el pintor que embadurna una puerta hasta el pintor que inmortaliza un lienzo; desde el sainete hasta el drama; desde el romance soporífero hasta el poema épico; desde el herbolario hasta el químico; desde el tribuno que arrastra una Asamblea en la corriente de sus imprecaciones hasta el plagiarlo que zurce con una pluma extravagante retazos inconexos de discursos que otros pensaron, hay mucho camino que recorrer, muchos grados que medir, muchas categorías que soportar.

Ya ves que esto no se compadece con tus ideas; con tus ideas, que de poder traducirse en hechos reales vendrían á demostrarnos una cosa ciertamente absurda: la existencia de la nivelación intelectual; y no machaco más sobre este tema porque sería hacer mofa de tu célebre discurso, el cual debió sufrir demasiado en el auto de fe á que lo conde-

naste apenas nacido. Ante un discurso quemado, la crítica se desarma. Sea como sea, todas las cenizas merecen respeto.

Mucho me deleita saber que tienes extraordinarias facultades imaginativas, y no seré yo el que les pida la fe de existencia. Puesto que tú lo dices, me basta. Lo que no creería aunque te pusieras en cruz es que tienes aptitudes especiales para la novela. Cada vez ideas recursos más pobres. Ahora me sales con la pretensión de ingresar en el campo de los periodistas para que la razón de compañerismo interese en tu obsequio á la gente de pluma. ¡Vaya por Dios, y qué candidez! ¿No sabes, infeliz, que no hay peor cuña que la de la misma madera? Hace mucho tiempo que Nocedal llamó á los periodistas *los hijos de nadie*, sin protesta de los interesados, y claro se está que no habiendo tenido los periódistas padres no pueden tener hermanos. ¡Conque echa cálculos sobre la fraternidad de los escritores!

Sí, Juanito: aquí, en la tierra de los

monasterios y de las logias, donde el espíritu de gremio y de clase ha fomentado, antes que la propaganda activa de la escuela economista, la tendencia á las asociaciones; aquí, donde todo se vuelven ligas: ligas de contribuyentes, de industriales, de bandoleros, ligas blancas, rojas y ultramarinas; aquí, donde en una hora toda la oficialidad de un arma facultativa pide su retiro por *quítame allá esas pajas*, y los *fematers* dejan sin hortalizas todo un verano á la mismísima ciudad del Cid; aquí, hijo mío, los escritores mantienen relaciones de cordialidad como los perros y los gatos. Sin embargo, esto no puede autorizarte para creernos unos ganapanes á quienes por unas cuantas tazas de café y unas cuantas regalías se les somete y se les compra. Sábetelo que cada uno de nosotros no valdrá nada, pero tenemos la importancia de la representación del periódico, y el periódico es mucho. Es la ilustración difundida á domicilio; el golpear incesante del pensamiento humano; el órgano siempre abierto al clamor

público, á la protesta del vencido contra la injusticia de los vencedores; la cima donde se condensan los clamores parciales de la opinión, tomando la forma de conspiración general, concreta é irresistible al caer sobre la conciencia de los Congresos; la palabra ambulante, la luz permanente, la artillería de los ejércitos de la paz; es el yunque donde las ideas se liman, el campo donde los progresos se inician, la mesa donde los problemas se estudian y el centro donde las opiniones se controvierten; es á la vez la fuerza que cierra el paso á los Gobiernos que retrogradan y la fuerza resistente que contiene á los pueblos en sus movimientos de avance irreflexivos hacia la reforma. El periódico distribuye la popularidad con mano pródiga entre la gente política sin obtener de los agraciados una miserable simpatía. Esta es, quizá, ya que no la única, al menos nuestra mayor flaqueza. ¡Cuántos oradores menos avisados que el de la fábula, cuántos generales que ni puestos en música por Lecoq los tomaría Arderius para

una función á su beneficio, cuántos estadistas de la madera de los alcaldes pedáneos no son estadistas insignes, generales insignes, oradores insignes por mera donación *inter vivos*, por simple munificencia del periódico!

Hay entre el periodista y el hombre político del estado mayor de los partidos una relación muy semejante á la que existe entre el pequeño agricultor y el usurero. El pequeño agricultor desbroza, cultiva, prepara la tierra para la producción, y víctima de las intemperies y de los rigores sociales, recibe el agua á borbotones, el sol á plomo, la carga concejil como una carga á la bayoneta. El pequeño agricultor, para decirlo de una vez, es un siervo no redimido; sufre sin gloria, trabaja sin lucro, envejece sin jubilación, ve crecer las espigas de su sembrado entre dolores que le postran y ansias que le enloquecen, y luego esas pobres espigas se resuelven para él en cuatro granos de trigo y en muchos granos de oro para el usurero á quien tiene que devolverle con un interés exorbitan-

te la cantidad que le prestó para los gastos de la sementera ó el pago de los tributos.

El periodista no corre fortuna mejor. El va á la vanguardia de los partidos en los días de combate, se pasa las noches con las angustias del químico delante de la retorta para convertir en bellezas las cuatro majaderías que cualquiera de sus prohombres ha tartamudeado en el Parlamento, en el banquete, en el *meeting*; su cuerpo es el primero que da en la cárcel, su cabeza la primera cabeza rota, y luego que se ha triunfado, sus amigos del Gobierno le envían el galardón en una credencial de ayudante de alguna comandancia de presidio ó de capataz de cigarreras de una fábrica de tabacos ó de auxiliar de algún Ministerio á lo sumo. ¡Pícara política! ¡Quién habría dicho á Carlos Rubio que atronaría el mundo desde *La Iberia* para que luego fuesen Ministros en representación del partido progresista Malcampo, Candau, etc., y al pobre Carrascón que gastaría su ingenio en *La Democracia* para que luego

fuesen Ministros con la República Costales y otros muchos que omito por razones de familia!

Confesemos, sin embargo, que la culpa de esta desigualdad nos debe ser imputada casi toda entera á nosotros mismos. Muy diferente es la suerte de los periodistas de otros países, porque otra también es su conducta. Aquí á los amigos desdeñosos más los agasajamos cuanto más nos desdeñan, y á los gobernantes del bando opuesto les combatimos hasta calumniarles para que nos lleven á los tribunales ó nos supriman el periódico ó para que cualquier inspector de policía, afanoso de ascensos, que no ha conseguido dar con las casas de juego ni con las personas de los timadores, nos administre por encargo especial, al volver de una esquina, unos cuantos palos, resultando después que se había equivocado ó que los tales palos sólo eran una invención de las oposiciones.

Hace algunos años, un consejero del Rey Víctor Manuel increpó duramente á los periodistas de su país, y todos los pe-

riodistas se reunieron en la capital de la Monarquía para convenir una forma de desagravio. ¿Qué creerás tú que acordaron? ¿Sortearse para desafiar al agraviador? No; resolvieron sencillamente que ningún periódico volviese nunca á pronunciar su nombre para nada. El Ministro recibió la noticia de resolución semejante como un reo la de la sentencia que le condena á muerte. ¡Ah, si un día el espíritu de cuerpo que ha descendido hasta los *fematers* de Valencia sube hasta nosotros! ¡Ah, si un día los periodistas nos declararíamos en huelga!





VI



DEJA aparte, amigo Arturo, toda disquisición empalagosa y ven-gamos á afirmaciones concretas sobre un punto que á mi conciencia honrada conviene dejar perfectamente esclarecido.

Yo no soy partidario del colectivismo, ni miembro de la Internacional, ni siquiera un lector asiduo de la enciclopedia de Proudhon. Respeto la propiedad como el más alto interés social y la más alta prerrogativa individual, pues reconozco que su institución ha promovido y conservado el amor á la familia y á la patria. Pero no hay que exagerar las co-

sas para encontrar en cualquier acción inocente un conato formal de resistencia á la aceptación de ese principio. Y digo en cualquier acción inocente, porque no pudo serlo más la que yo realicé extrayendo unos cuantos párrafos de miles de folios, con el propósito de aderezar un discurso más ó menos original. No todo lo que en los libros campea ha de ser artículo de fe, ni todo lo que las leyes proclaman ha de aceptarse rigurosamente en la práctica, porque entonces ¿dónde iríamos á parar? Ya ves, amigo mio, en las Cortes no hay secretos; cuanto allí se dice es de dominio público lo mismo que el egido, que el río, que la senda, y sin embargo, el orador que cree haber dicho algún dislate, especialmente si el orador es Ministro ó persona de fuste, se incauta de las notas taquigráficas y suprime á placer conceptos, frases, declaraciones. ¿Qué es esto sino expropiar al país de algo que le pertenece, sustrayendo á su conocimiento cosas que debía y que le convenía saber?... Por quitar un pellejo, con ó sin aceite, va cualquier ciudadano

infeliz á presidio; pues aquí se quitan todos los días los diputados unos á otros los pellejos impunemente; ¡y por Dios que una piel de hombre vale algo más que una piel de cabra! ¿No es éste otro ataque á la propiedad?...

Figúrate ahora, Arturo, si has andado ligero al acusarme de comunista por haber tomado cuatro ideas del *Diario de las Sesiones*, cuando en este planeta que llamamos Congreso nada hay de nadie, ni nadie se entiende, ni nada se llama por su nombre, ni las cosas son nunca lo que parecen. Pronúnciase cada discurso de oposición que hace á un Ministro mejor cuerpo que un voto de confianza, y contéplase cada tormenta de granizo pelado, formada en las cumbres de la oposición, que al caer sobre la viña del Gobierno se torna en lluvia menuda y fecundante. Esto te dará á conocer algo que seguramente tú ignorabas, y es que hay diputados que ejercen de ministeriales á *palo seco*, mientras que no son pocos los diputados de la minoría que gozan de *beneficio sin oficio*.

Piensen por esos distritos rurales que la credencial de diputado de la mayoría es el cuerno de la abundancia, ó la institución de heredero hecha por un tío muerto en Indias, ó la patente libre de gastos para facer entuertos, ó un número fabuloso de acciones de las minas de río revuelto, que es como si dijéramos de río tinto, y que sentarse en las Cortes á la diestra del todopoderoso Sr. Presidente del Consejo es gozar de inefable ventura, ó cuando menos de silla gratis en el palco de la Opera y en el restaurant de Los Dos Cisnes. Pues mira tú lo que son las apariencias: un diputado ministerial es una especie de padre de familia con muchas responsabilidades y pocos emolumentos, y un diputado obstruccionista es un padre afortunado que vive del peculio adventicio de su hijo menor. el país.

¡Dudas!... ¡Te ríes!... ¡Afectas incredulidad!... ¡Infeliz! ¿Ignoras acaso que hay altos funcionarios de Ultramar que envían íntegros sus sueldos á la Península á personas que no son de su paren-

tela, reservando para ellos tan sólo los rendimientos del pie de altar?... ¿No sabes que los señores de la minoría comen *fuera de nómina*, y en cambio, una buena parte de los señores de la mayoría toman el té en la Presidencia para ayudar la digestión de sus adversarios?...

Si es cierto que no siempre las apariencias enseñan, es más cierto aún que en esta casa las apariencias engañan siempre. Y es que la verdad se busca donde jamás se exhibe: en el salón de sesiones; y la mirada del público no penetra donde á cualquier hora puede encontrársela: en el salón de conferencias. En el salón de conferencias se habla *ex abundantia cordis*, se discute con espontaneidad, se llaman las cosas por sus nombres propios; los corderos vestidos con piel de lobos y los lobos vestidos con piel de corderos, andan sin sus respectivos disfraces; en el salón de sesiones se producen los arrebatos convenidos, se pronuncian las improvisaciones meditadas, se hacen surgir, como por incidencia del curso de los debates, los acomodamien-

tos pactados en otro sitio, y se disparan las censuras previamente convenidas entre el que ha de recibirlas y el que ha de pronunciarlas. En el salón de conferencias pasean del brazo los adversarios; en el salón de sesiones se revelan éstos al país en actitud de morderse. En el salón de conferencias, colorido fuerte, naturalismo escueto, sistema realista, estilo Goya, personajes de carne y de hueso; en el salón de sesiones, fábulas más ó menos verosímiles, tintas flojas, contornos bellos, filigranas deslumbradoras. En el salón de conferencias, la realidad de los bastidores; en el salón de sesiones, el artificio del escenario. Los pueblos nada saben de lo que pasa en aquel mundo, pero ven todo lo que en éste ocurre, y sólo conocen, por lo tanto, del sistema, lo ficticio, lo fantástico, lo menos impuro.

Á pesar de estos convencimientos, ¡tonto de mí! sigo enamorado del parlamentarismo como cualquier liberal bisoño, y fiando ilusiones á una carrera en la que sólo prosperan, no los perspicuos, sino

los más audaces. Pero no tengo hoy humor para estirar la pluma, y creyendo haber puesto con las anteriores frases correctivo oportuno á tu crítica despiadada sobre mis procedimientos para hacer discursos, doy fin á la presente carta.





VII



UESTO que así lo quieres, amigo mío, formaríamos del incidente del robo del discurso pieza aparte; pero yo, como tú, no tengo hoy humor para despilfarrar alientos en polémicas de importancia á lo menos dudosa, y voy á contraerme, evitando todo despilfarro de palabras, á la rectificación de los puntos más salientes de tu epístola última.

Dices en son de amargo reproche, y como quien denuncia una inmoralidad insólita: «Es cosa de ver á diputados de oposición gozar de los favores ministe-

riales, en tanto que muchísimos diputados de la mayoría se pasan la vida oliendo dónde mascan.»

Pues nada más natural ni más corriente; como que la diferencia en el reparto de las mercedes no se determina por la mayor ó menor proximidad de los diputados al banco azul, sino por las mayores ó menores disposiciones retóricas: así es que lo que á ti te parece una inmoralidad es sencillamente un efecto del sistema. Lo verdaderamente inmoral é inconcebible sería que en un sitio donde sólo se premia la elocuencia fuera postergado el que habla mejor. La palabra se paga á peso de oro. Un argumento malo ó bueno es una lanza buena ó mala, y el que no discute no pelea, y quien no pelea no puede tener derecho al botín ni á la gloria. Diputado mudo es como tenor ronco, como gimnasta reumático que no puede ganar la punta de la caña.

Debes saber, además, Juanito, que éstos son tiempos de excesiva prosa, tiempos en que todo el mundo defiende el

bulto, procura salvar antes las colonias que los principios y amarrar al adversario, no con cadena de hierro, sino con cordón de seda. El Gobierno, por lo tanto, que después de haberse asegurado la confianza de los que votan, procura ganarse la benevolencia de los que hablan, obra muy cuerdamente, aunque tenga con frecuencia que hacer á costa del bolsillo del contribuyente el milagro del pan y de los peces, para que así los señores de la izquierda como los de la derecha vayan pasando el desierto de la vida política con peces y pan al menos.

Otrosí digo: Antes los dueños, aun los más diligentes y previsores, entregaban su riqueza urbana á las contingencias del incendio. Del mismo modo, los Gobiernos, menos temerarios, presentaban su cuerpo desnudo, sin defensa alguna, al furor de las pasiones parlamentarias. Pero hoy todo edificio está asegurado contra el voraz elemento, y todo Gobierno procura asegurarse contra la combustibilidad de las elocuencias fogosas.

Esto es lógico, perfectamente lógico,

y no despide el husmillo de inmoralidad que tú, no sé si por perversión de olfato ó exceso de malicia, descubres... Has medido tus fuerzas para la tribuna y te has sentido flojo. Pues, hijo, eso de nadie es culpa. ¡Bueno fuera que nos diésemos todos por desacreditar el oficio para el que no tenemos disposiciones!

El parlamentarismo tendrá sus adversarios, que al fin es un sistema político, y sus imperfecciones, que al fin es una institución humana; pero constituye el colmo de la absurdidad creer, como aparentas creerlo, que á las Cortes sólo se va por ínsulas, que la diputación es una especie de granjería y que al Gobierno, como al nogal, sólo puede cogérsele el fruto *vareándolo*, con lo cual resultaría probado que salen más gananciosos los hombres de la oposición que los ministeriales, porque los de la oposición *pegan*.

Lejos de mí afirmar en absoluto que no haya procuradores en Cortes que procuren más por sí mismos que por sus comitentes, y oradores que empenen la palabra por una legislatura para salir de

algún apurillo, y simples diputados que vendan su voto por un plato de lentejas; pero esto no puede en manera alguna justificar la proscripción de las Asambleas deliberantes. También se colaron de rondón un día en el templo los fariseos, pero Jesús echó á los mercaderes, y ni aun remotamente se le ocurrió la idea de destruir el templo... Procuremos, sí, purificar el sistema, mas reconozcámosle bueno, y como tal conservémòsle.

Pero veo, Juanito, que me extendiendo en consideraciones sobre asuntos que, si no son del todo impertinentes, al menos nos alejan del objeto principal de esta correspondencia. Bien es verdad que si no divagáramos un poco ya la habríamos terminado, y por Dios y en mi ánimo que ya es tiempo de terminarla. Mis consejos no te aprovechan, mis avisos no los oyes, mis réplicas no te convencen. ¡Ni qué me es dado ya aducir! Contra una comprensión tarda está la paciencia del que razona; contra una ofuscación del entendimiento, la dialéctica conoce fórmulas, pero contra una mono-

manía las artes de la persuasión se ensayan estérilmente. No puedes esperar el remedio de mí. Lo tienes, de haberlo, en ti mismo. Busca impresiones nuevas. No te presentes más por el Congreso; emigra al Veloz-club. Haz la vida de las gentes superficiales: baila, patina, tira al pichón; achícate, enamórate. Si hojeas libros, que sean de los que edita Sebastián Comas. Murmura y no pienses. Cuida del arreglo del exterior de tu cabeza, pero en modo alguno de lo que haya ó pueda haber dentro. Esto es de buen tono, y además esto es lo único que puede curarte de tus aspiraciones insensatas, de tu fiebre oratoria.





VIII



El último de tus consejos no cayó sobre mi ánimo como una semilla muerta.

He abandonado las Cortes por los saraos, los discursos por los rigodones. Me he lanzado, en una palabra, al amor, que á través de unos ojos brilladores sombreados por el marco de ébano de unas negras pestañas, se adivinan venturas más tranquilas que entre las corrientes eléctricas de una tempestad parlamentaria.

La mujer que ha conseguido fijar mi atención es una hermosura indiscutible, ilegislable, inviolable... pero aguarda...

¡ilegislable! ¡inviolable!... ¡Oh! ¡cuando menos lo pienso asomo la punta... de mi credencial de diputado!...

¡Si tú conocieras á la chica, Arturo! ¡Qué sencilla! ¡qué buena! ¡qué hermosa! Es imposible sentir una aspiración que no sea la de poseerla. Á su lado, pues, empezaba yo á curarme de mi dolencia moral, de mis ridículas imaginaciones, de mi pasión oratoria. Pero pronto las cosas han cambiado ¡y de qué manera y por qué motivo! Hace cinco días encontré á mi amigo Julio, que ya conoces, en la calle de Alcalá. Me saludó con cierto aire de lástima y me condujo *velis nolis* al portal de la casa más próxima. Me mira, lo miro; palidece, palidezco; y, previo todo linaje de precauciones, como si fuera á revelarme algún secreto de Estado, ó la trama de una conjuración tremenda, ó la fórmula feliz que no halló el célebre arcediano de Josas en sus persistentes proyectos de alquimia, me pregunta:

—¿Amas á Carolina?

—¡Moriría por ella—le respondí.

—¿Conoces su historia?

—No me importa.

—¿Te corresponde?

—No es una mujer vulgar que se rinde al primer galanteo.

—Pero salvando todas las exigencias de un pudor extremadamente susceptible, ha podido indicarte de algún modo la posibilidad de una inteligencia más ó menos próxima. Y sin embargo, no te ha remitido ni una sola esperanza en una sonrisa. ¿Es esto exacto?

—Lo es.

—Entonces...

—No se tomó Zamora en una hora.

—Ni tu Zamora se rendiría en mil lustros. Abandona el sitio de la plaza y renuncia á la esperanza sobre toda capitulación.

—Si es broma, basta ya. Si hablas de una cosa positiva y que puede interesarme, dilo todo de una vez.

—Los sucesos infaustos deben comunicarse con la oportuna preparación; pero si tanto te importa conocer tu mal, lo sabrás inmediatamente. Escúchame:

Carolina, como cada hija de Eva, se ha trazado en su imaginación para marido un tipo determinado, con su fisonomía, su estatura, su expresión, su genio y sus aptitudes especiales. Podrá transigir, tal vez, con la disconformidad de algunos rasgos morales ó caracteres físicos; pero no en punto á la calidad de los talentos que tiene asignados al que haya de llamarla su esposa. Carolina se muere por los oradores, y sólo dará su mano al hombre que se conquiste una reputación indiscutible en la tribuna. No trates, pues, de deslumbrarla con la gallardía de tu continente, ni de rendirla con el esplendor de tus riquezas. Sería inútil. Vete al Congreso, pide la palabra, debuta con éxito y pon el *Diario de las Sesiones*, donde aparezca tu discurso reproducido, á la cabeza de tu declaración amorosa. Es tan indispensable ese documento para que puedas ser oído por la codiciada beldad, como el certificado de la celebración del acto de conciliación para que proceda el juicio ordinario. Ya comprenderás, Arturo, cuál pudo ser la sorpresa que me

produjeron tan peregrinas revelaciones. Por de pronto caí en el mayor de los abatimientos. Después me rehice pensando que todo era una broma de mi amigo; pero muy luego volví á mi primera amargura; tenía por cierto no haber hablado á nadie más que á tí, sobre cuya discreción no me es lícito dudar, de mis proyectos tribunicios, y esto excluía la posibilidad de que las referencias de Julio fuesen un recurso novelesco para embromarme. Efectivamente, Julio no había inventado nada. Su historia era exacta, según pude comprobarlo con posterioridad por mí mismo. Créelo, Arturo, Carolina conoce perfectamente la tribuna griega y la tribuna romana. Delira por Cicerón y Demóstenes. Ha leído todos los tratados que sobre elocuencia se han escrito desde que el mundo es mundo. Recita pasajes enteros de O'Connell, de Pitt, de Mirabeau, de Castellar, y hasta sabe de memoria, y esto sí que es ganas de saber, alguna cantata de Capdepon y de otros personajes de los que figuran en la guía parlamentaria de

oradores forasteros. Es menester para hablarle hacer previo examen de inteligencia. Coge un dislate antes que un podenco una liebre. No suelta de las manos á Olózaga y á Timón. Está abonada al palco de la Presidencia de las Cortes y suscrita al *Diario de las Sesiones*. No comprende, en fin, que puede llegarse sino por la palabra á la cima social, y no quiere unirse á ningún hombre que no sepa manejar la lengua diestramente; es decir, no quiere unirse á ningún hombre de la ribera, del estado llano, del estado cursi, pues que sólo admite la aristocracia de la tribuna. Esta noche misma, hace exactamente una hora, en la tertulia de la generala X..., donde la he visto, ha derrochado su ingenio, dirigiendo sabrosos chistes á los diputados siistas, como llamaba el gran Orense á los padres de la patria que sólo despegan los labios para dar su aprobación á los actos del Gobierno, sean malos ó sean buenos. Excuso decirte que he creído sentir traspasado mi corazón por el acero de su sátira.

Ya ves, Arturo, cómo el hado me persigue. Donde creí encontrar el remedio he encontrado la agravación del mal. Excusar el peligro... Tomar la línea curva... Huir del perejil... ¡qué demencia! Dígame que es cosa de creer más en el destino árabe que en el destino cristiano; más en la fatalidad que en la Providencia.

No vamos adonde queremos, sino adonde las circunstancias nos llevan, y sin luchar caminamos siempre, como vencidos, á la cola de la fortuna. Lo del libre albedrío me mueve á risa; bien que ya lo ha dicho Lavater: *el hombre es libre como el pájaro en la jaula*. Es inútil que huyamos de la tentación, porque si está escrito que caigamos, caeremos en lo más llano y lo más firme; inútil poner la distancia por delante de la realidad que nos aterra, porque la sombra del objeto ó del ser ausente, cuyo contacto rehuímos, nos seguirá más de prisa hasta colocarse á nuestro lado; inútil esquivar la muerte, porque cuando ha sonado la hora de morir, nos ahogamos en un arroyo, ó nos

asfixia el humo de un veguero de la Vuelta de Abajo, ó nos desangra la espina de una rosa al apoyar la sien contra la mano que oprimía la traidora flor.

¡Ah! Después de tanto batallar, me encuentro con que lo que era antes término de una aspiración es ahora sencillamente el medio de llegar á un fin más anhelado y más difícil también. Yo podría renunciar á la fama, á la gloria, á un prestigio parlamentario, pero no puedo renunciar á la ocasión, al pretexto, al sacrificio indispensable para rendir á la mujer amada. El deseo de sobresalir en la tribuna se me impone, pues, en este instante con más vehemencia que nunca. ¡Y es tan horrible este estado, que ni siquiera la muerte me lo puede dar resuelto, porque lo que yo ambiciono sobre todas las cosas es la posesión de Carolina, y morir no sería poseerla. Por lo demás, maldito si me inquietaría abandonar un suelo que me abrasa, cerrar para siempre los ojos á un sol que sólo me hace ver, con la enérgica viveza de los colores fuertes, ideales imposibles,

descender de un vuelo al abismo y agotar la vida de un solo sorbo. Confieso que me sería agradable morir, pero morir después de reclinar mi frente sobre el seno de Carolina, después de oír bien cerca el rumor de los latidos de su corazón amante, después de beber en su aliento el néctar, en sus ojos la luz y en sus besos la armonía que necesita mi alma, para desprenderse de la red de arterias que la aprisionan, sin incertidumbres criminosas y miserables combates que la impidan volver noble y tranquilamente el seno de su Creador.

Adelante, adelante; los desmayos de fe son cobardías de una voluntad perezosa, indecisa. Tras de la crisis está la apoteosis; tras el esfuerzo el descanso, y más allá de la sed, del abrojo, de la sombra, de la fatiga, la fuente, el perfume, la luz, la victoria. Vencer sin combatir es menguado, y, además, imposible. Estudiaré, trabajaré. El estudio refresca las nobles ansias y el trabajo lima las asperezas intelectuales. Leeré obras didácticas y colecciones de modelos; todos los tra-

tados que enseñan las reglas del arte de la elocuencia y todas las oraciones célebres de los que, sujetando sus aptitudes á la observancia de esas reglas mismas, han conseguido los mayores éxitos oratorios.

Después de todo, es cosa convenida por tirios y troyanos, por retóricos y humanistas: *el orador no nace, el orador se hace.*





IX



AUNQUE por el contexto general de tu carta fácilmente se deduce que nada esperas ya de mí, y que sólo el natural impulso de buscar un desagüe á tus penas, trasladando á un corazón amigo las impresiones del tuyo, es lo que te ha podido mover á escribirme, entiendo yo que nunca menos que ahora debe faltarte mi consejo, no ilustrado, aunque sí leal ciertamente.

Hasta aquí tu monomanía no ha revestido caracteres alarmantes; pero desde el momento en que la paseas por esos mun-

dos de Dios, desde el momento en que ha recibido, digámoslo así, la influencia del aire libre, la cosa varía y merece ser friamente meditada. Porque no lo dudes, Juanito; sin que yo á ello haya contribuido con la más ligera indiscreción, tu monomanía ha sido descubierta y de ella se ha aprovechado la tal Carolina para ridiculizarte fingiendo aficiones que no tiene. Yo no sé el motivo, pero sospecho que Carolina es una mujer corrida y bur-lona, y á falta de esparcimientos menos culpables, ha tomado sobre sus hombros la tarea de hacer tu caricatura, empresa en la que de seguro hay más de un cómplice y de un encubridor. Piénsalo bien y huye de una compañía y de un centro donde puedes encontrar esta cosa verdaderamente grave: una conjuración de faldas coligadas contra tu seriedad. Pien-sa que si nos es dado afrontar los peli-gros porque los peligros nos comprometen y la adversidad porque la adversidad nos alecciona, es liviano, es indiscreto, es cobarde, no huir á paso redoblado del ridículo, porque el ridículo es enemigo

del que no podemos defendernos sin empeorar nuestra causa.

¿No hay en el mundo más mujer que Carolina?... Tu posición, tu bondad, tu juventud, tu linaje, tu fortuna te dan derecho á elegir con ventaja. Además, ó Carolina es una pícara ó una bachillera, ó son fingidas ó son reales las aficiones que la atribuyes. Si lo primero, debes despreciarla, pues ha respondido á tu amor con el engaño; si lo segundo, debes abandonarla sencillamente, porque para ayudarnos á realizar la más fecunda y la más cristiana de las fundaciones, la fundación de la familia, lo que menos necesitamos son mujeres excesivamente idealistas, infatuadas, marisabidillas. El hogar, que debe cimentarse sobre el amor á Dios, no hay para qué cimentarlo sobre el amor á Demóstenes. La paz doméstica no se afirma sobre principios especulativos ni ha menester de lastre retórico. La paz es el bien y el bien es por sí mismo bello.

Emigra de Madrid una temporada y da á Barrabás tus amoríos estrafalarios y

tus proyectos tribunicios. Ya que has conseguido vencerte olvidando el Parlamento por Carolina, véncete una vez más olvidando á Carolina por una impresión nueva. Es triste cosa que siendo un hombre mimado por la fortuna, te consagres con tenacísimo propósito á tirar la dicha por la ventana, y es triste aún mayormente que pudiendo sobresalir, no ya por tus riquezas en el mundo social, sino por tus luces en más de un punto de la esfera de la actividad intelectual, persistas en recoger honores y laureles, cultivando un género para el que menos seguramente tellama Dios. Si todos obrasen de la misma manera, si cada hijo de vecino emplease su estudio y su trabajo en el cultivo de facultades negativas con total abandono de las que le son propias, la sociedad andaría dislocada y el mundo sería un inmenso plantel de pedantes, de perdidos y de tontos. Porque ¿cómo dudarlo? desde el instante en que se pasaran la vida, el químico revolviendo el archivo de Simancas y el historiador combinando ácidos, el médico á caza

de una recta interpretación de las leyes de Toro y el abogado en busca de una explicación satisfactoria de los fenómenos nerviosos, el poeta con la tabla de logaritmos colgada de una cuerda de la lira y el matemático escribiéndose con las musas, el músico tras de las reglas de la perspectiva y el pintor tras de las reglas de la armonía, el estadista predicando sermones de ética pura y el filósofo engolfado en fórmulas algebraicas, desde ese momento no habría filósofos, ni estadistas, ni matemáticos, ni poetas, ni abogados, ni médicos, ni historiadores, ni químicos.

Puede aprenderse en algunos meses la *Filosofía antigua poética* del Pinciano, la *Historia poética* del abate Cuadrio, *La poética* de Boileau, los preceptos dramáticos, enumerados por Blas de Nasarre en el prólogo de las obras teatrales de Cervantes; los consejos de Moratín y todas las reglas que para hacer comedias se han recomendado desde Aristófanes hasta Zumel; pero con toda esta indigestión de conocimientos, maldito si uno

podría escribir algún regular sainete á no tener naturales disposiciones para el teatro.

Cualquiera contando con días y ollas puede engullirse los diálogos de Platón, las lucubraciones de Anaxágoras, los sistemas de Kant, la filosofía de revelación y de modo de Hegel, la réplica de Locke á la teoría de las ideas innatas, el *antropomorfismo* de Feuerbach, la Zenda-resta de Fechner, la analítica de Sanz del Río, la Teoría del infinito, de Tiberghien, el trascendentalismo alemán; pero como no le dé el naípe por las cosas abstractas, sacará de estas correrías filosóficas lo que el negro del sermón, la cabeza caliente y los pies fríos. Cualquier demócrata monárquico, incluso el mismísimo Moret, puede leerse de cabo á rabo las obras de Maquiavelo y quedar tan inocente y sin mancha como antes de empezarla. El estudio es de resultados inequívocos, pero aplicado al fomento de las facultades geniales, así como el trabajo agrícola es útil y es próspero, pero buscando siempre la concordia de los siste-

mas de explotación con la calidad característica de los terrenos.

No malogres, pues, Juanito amigo, tu tiempo en aprender reglas para sujetar un ingenio que no tienes y en abrir acequias de desagüe á una fantasía de la que no pueden temerse desbordes. Si quieres curarte radicalmente de tu monomanía parlamentaria, no estudies sólo el *pro*, estudia con mayor preferencia el *contra* de la realidad anhelada. Todas las cosas tienen su lado y su revés, su parte bella y su parte deforme, y tú únicamente has mirado lo ventajoso de la carrera oratoria... ¿Qué es un orador? Un obrero con más responsabilidad, con más horas de trabajo, con menos estimación del público, tal vez, que un obrero mecánico. ¿Y qué es la palabra misma? Hasta hace poco pensábamos que era lo que más nos dignificaba, tomándola por signo característico que distingue al hombre del bruto; pero las observaciones desinteresadas y sapientísimas de viajeros ilustres y los adelantos y descubrimientos recientes de las ciencias natu-

rales nos han sacado de nuestro error, pues resulta demostrado hasta la evidencia que los animales hablan. Lo que hay es que su lenguaje nos es desconocido, como á ellos el nuestro; pero deducir de este estado recíproco de incomunicación absoluta una consecuencia negativa sería cosa tan fuera de lógica como que pueblos con idiomas distintos se negasen unos á otros la facultad de hablar porque no se entienden. Lee, si no, la obra de Traviere *sobre las abejas*, y verás referidas cosas extraordinarias acerca del lenguaje y la facultad de comunicarse de estos insectos. El inglés Parkyns, que ha viajado por Abisinia, dice de los monos «que tienen jefes, á los cuales obedecen mejor que los hombres á los suyos, y han organizado un verdadero sistema de pillaje. Si una de las tribus baja los desfiladeros de las rocas que habitan, para robar, por ejemplo, en un campo de trigo, lleva á todos sus miembros, machos y hembras, viejos y jóvenes. Después de haber elegido guías y exploradores entre los más viejos de la

tribu, conocidos por sus pelos largos y espesos, examinan cuidadosamente todas las hondonadas antes de bajar y trepan á todas las rocas desde donde se puede descubrir la comarca. Otros centinelas cubren los flancos y la retaguardia, y su vigilancia es exquisita. De cuando en cuando se llaman y se contestan para participarse mutuamente que todo va bien ó que hay peligro. Son tan acentuados sus gritos, tan variados y tan claros que al fin se les comprende. Al menor grito de alarma se detiene toda la tribu y presta oídos hasta que un segundo grito de diferente entonación les hace seguir andando.»

Dujardin te dirá que un día colocó en el hueco de una pared, y muy lejos de las colmenas, un vaso con azúcar, pudiendo observar que una sola abeja que había descubierto tan rico tesoro, voló alrededor de los bordes del vaso, los tocó con la cabeza, y después de este examen marchóse á la colmena y volvió con un enjambre de compañeras que se echaron sobre el azúcar. ¿No se habían

hablado, por ventura, estas abejas?

Entre los animales, como entre nosotros, reina también confusión de lenguas, pues según afirma Fischer en su obra *sobre los pájaros*, las modulaciones con que éstos expresan la alegría, el temor, el amor, etc., etc., no son las mismas en todos los países. Pero qué más, Juanito, hasta los animales tienen sus Asambleas. Refiérese que en los alrededores de una casa de campo, situada en el pueblo de Weddenford, cerca de Magdeburgo, reuniéronse varias cigüeñas, y después de una seria deliberación, condenaron á una de sus compañeras por adúltera. Su marido y las demás cigüeñas la mataron á picotazos y la echaron fuera del nido. Según las observaciones de ciertos barqueros ingleses, llamados *punters*, los patos salvajes tienen reuniones parlamentarias y votan. Son palabras textuales y referencias históricas de Buchner.

¿No te da ahora, Juanito, gana de tirar tu credencial de diputado por todo lo alto? ¿Es posible que persistas todavía en

emular una gloria que ya han alcanzado las cigüeñas? Este pícaro sistema parlamentario que nosotros creíamos privativo de los pueblos libres, ¿podrá seguir ejerciendo entre nosotros fascinación alguna, desde el instante en que ya lo practican hasta los patos salvajes?

¡Oh! La palabra no es nada. El hombre no es nadie. El mundo es materia. El cielo un espacio vacío. Nuestro planeta volverá al estado primitivo de incandescencia, quién sabe si antes de que el llamado ilustre Duque de la Torre reciba el poder de manos del hijo de la Reina destronada en Alcolea. ¿Por qué tantos afanes? ¿Por qué tantos anhelos? ¿Por qué tantas batallas?

Si todavía, Juanito, te queda una pizca de ilusión, entrégate á las conclusiones del materialismo fisiológico y físico. Engólfate en los estudios de la geología, de la zoología, de la química, y come mucho, bebe mucho, cuídate mucho, para retardar el momento en que por las leyes ineludibles del trasformismo eterno, tu

personalidad, libre y oronda y distinguida, desaparezca y se descomponga en rebaño de gusanillos, ó en un trozo de berza, ó en una piedra caliza.





X



us intuiciones me causan asombro, porque ¿qué sino intuiciones son tus pronósticos, cuya exactitud por mí mismo he comprobado, aunque después de largo, y doloroso desaturdimiento, sobre el carácter y organización moral de una mujer que te era desconocida?

Carolina no es, efectivamente, un ángel; ni es siquiera una de tantas páginas de la última edición de la mujer, ni uno de tantos términos de la serie, ni una de tantas variedades de la especie femenil. Es decir, no es jovenzuela burlona, tor-

nasolada, superficial, murmuradora. Es más, mucho más: es una mujer insolente y peligrosa. Se ha reído de mí desde el primero hasta el último día. Y aún podría perdonarle su acción si sólo la hubiese realizado para su exclusivo esparcimiento. Pero sacar de mí sencillez, de mis ingenuidades, de mis nobles flaquezas materiales cómicos para dar una función bufa á beneficio de un público de niñas mal educadas, de viejos verdes, hermosuras seniles y mozalbetes barbilampiños, eso no se lo perdonaré nunca. Tampoco podré perdonarme á mí mismo el haber sido tanto tiempo engañado, el haber paladeado el ridículo una y otra vez, aderezado torpemente por ingenios vulgares, y bebido la hiel por copas de ajeno.

El recuerdo de la última *soirée* de la generala, á que asistí, será siempre mi horrible pesadilla. Á las tres de la madrugada, todos los tertulianos nos replegamos al compartimiento del *buffet*, donde se bebió de lo lindo, rivalizando con el sexo fuerte el sexo flojo en punto á

tragaderas y resistencia alcohólica. Después, y cuando todas las cabezas estaban desniveladas, y todos los estómagos repletos, convirtiéndose aquel compartimiento en una verdadera sala de tiro de pichón.

Excuso decirte, Arturo, que el pichón fui yo, y que cada cual me tiró con lo que pudo, con exclamaciones insolentes, chistes grotescos, equívocos injuriosos, interrogatorios mortificantes.

—Diga usted, D. Demóstenes—exclamó un vejete presumiendo de gracioso,—¿cuál de los dos grandes sistemas oratorios le parece á usted mejor, el de Copérnico ó el de Tycho de Brahé? (Risas prolongadas.)

—¿Cree usted, Juanito—exclamó un andaluz de tierra baja,—que llegará día en que la influencia de la palabra sea tan grande que puedan los oradores, á fuerza de *palique*, constitucionalizar los Estados asiáticos y fundir todas las regencias, bajalatos é imperios del África, sobre la base de una gran monarquía representativa?

—Indudable—murmuró un sietemesino;—¿acaso no inventó la pólvora un tribuno, que fué cosa más trascendental? (Risas otra vez.)

—Usted debe, Juanito, poner su elocuencia al servicio de las mujeres.

—No, al de los hombres.

—No, al de los animales y plantas.

—No, al de los principios.

—No, al de los sueldos—exclamaron muchas voces á un tiempo en indescriptible algarabía, algarabía que un joven impúbere, cursante de humanidades, dominó, dándome una palmadita en el hombro, y preguntándome con la mayor inocencia:

—Dígame usted, Sr. de Demóstenes, ¿el heliotropo es de esa familia de los tropos que constituyen una figura retórica? (Risas generales y prolongadas.)

Después de esta explosión de hilaridad hubo algunos instantes de silencio, prontamente interrumpido por una voz que dijo:

—Qué hable Juanito.

—Que hable, que hable—repitieron varias.

—No lo conseguiréis—murmuró otra, que jurara fué la de Carolina;—sí, no lo conseguiréis, porque Juanito es un orador capitidisminuido.

—¡Ca-pi-ti-dis-mi-nuí-do! —exclamaron todos los concurrentes en medio de risas universales y atronadoras.

Yo aproveché aquella última escena de confusión para escapar de semejante coro de energúmenos, y abandoné humillado, avergonzado, corrido, para no volver jamás, la tertulia de la generala X.

Desde aquella noche he sufrido una grande trasformación. Mis tentativas oratorias, frustradas; el recuento de mis fuerzas, sobre las que pude hacerme todo género de ilusiones mientras no necesité ensayarlas; el estudio del mísero estado moral de las altas clases de Madrid, estudio que completé en las recepciones de la generala, pero que ya tenía muy adelantado á mi paso, con anterioridad, por los salones de muchos otros repre-

sentantes de la aristocracia; los desvíos culpables de Carolina; mi observación constante sobre la tendencia de la generalidad de las gentes á ensanchar las heridas ajenas, á cubrir el abismo con capa de rosas para que caigan los desprevenidos, á rebuscar flaquezas para explotarlas de algún modo; todas estas causas me han inspirado un grande odio á la sociedad, y como que el odio es una levadura que no puede entrar en el corazón sin agriar todos los sentimientos, y como que la contrariedad que nos produce vértigo en vez de tristeza nos lanza implacablemente á la desesperación de las negaciones, héme aquí, Arturo, sin necesidad de tu consejo, engolfado en la lectura de cuantos libros pueden tristemente halagarme en el estado actual de mi imaginación y de mi espíritu.

He leído á Humboldt, á Lamarck, á Darwin, á Czolve, á Sttraus, á Pyat, y la afirmación que presenta al Cosmos como un simple encadenamiento de leyes naturales y no como producto de una voluntad creadora; las teorías de permuta-

ción en el mundo orgánico; el principio de la eternidad de la materia; el juicio del historiador filósofo que despoja á Jesús de su carácter divino; todas estas audacias, en fin, del naturalismo y del racionalismo me hielan y me enardecen, me fortifican y me postran á la vez. Siento un día que puedan ser la verdad y siento otro que puedan dejar de serlo. Un día inunda mi alma la idea de Dios y otro se posesiona de ella la idea de la nada, del caos, del vacío. Un día me encanta la idea del cielo tal como el cristiano lo cree: última jornada del espíritu errante, y otro sólo me arroba la idea del cielo tal como el astrólogo secamente lo describe: inmenso grupo de globos y de sistemas solares.

Volvería á intervenir en los mezquinos combates de la vida, á detener el vuelo de mi fantasía, á interesar mi razón en cuestiones subalternas; pero lo grande fascina, el amargo estimula, el abismo atrae, y más me enfrasco en la filosofía materialista cuanto más terribles son sus conclusiones. Anhele, sin embargo,

especialmente, llegar á una cosa conocida. Luz ó sombra, quiero saber de un modo positivo si todo es sombra ó todo es luz. La deformidad de una triste certidumbre me desespera menos que una esperanza siempre combatida. Busco un convencimiento, y acaso no sé que en este terreno más se duda cuanto más se ahonda, y más se aleja la verdad cuanto más se camina.

Hay instantes en que me digo: «Sólo pueden los espíritus cobardes creer y los espíritus débiles vacilar.» Toda creencia religiosa acusa, por lo tanto, debilidad ó miedo. ¿Cuál de ellas, si no, resiste el frío contacto de la razón? ¿Cuál de ellas no ha sido brillantemente refutada por la ciencia, por la verdadera ciencia, por la que prescinde de toda abstracción y todo embrollo, de toda sutileza y toda vaguedad? Contra la verosimilitud de la fábula bíblica sobre el origen del mundo, la explicación geológica de la formación de los terrenos; contra la afirmación dogmática sobre la fuerza vital, la realidad de la química creando sustancias orgánicas de

materias inorgánicas; contra la teoría de la desemejanza absoluta entre el hombre y el bruto, los resultados científicos de la anatomía comparada, demostrando la conformidad de las formas anatómicas en toda la escala de los animales; contra la intervención íntima de un poder superior, la universalidad y la inmutabilidad de las leyes naturales; contra la existencia de un cielo imaginario, el principio científico de la eternidad de la materia; contra el concepto teológico del alma humana, las conclusiones fisiológicas en punto á organización cerebral.

Después de esta conferencia con mi razón á solas, mis fuerzas entran en reposo, pero en un reposo que dista mucho de parecerse á la paz de un ánimo tranquilo, y que se parece bastante á la somnolencia fatigosa de un cuerpo saturado de opio. Aun así, mi calma no es duradera. Pronto me desaturdo y a'zo la cabeza con esa inquietud propia de quien, creyendo haber asentado su razón sobre una idea fija, tras largo período de penosa contradicción, se encuentra, al

despertar, con que la base del asiento flaquea y las ansias de la incertidumbre le agobian de nuevo. Entonces deliro y tiemblo; me vuelvo á postrar y vuelvo á erguirme sobre mi dolor. Lucho como suspendido entre una ola que me empuja mar adentro y una fuerza ignota que me arrastra hacia la ribera. Mis sienes laten con violencia, con esa violencia que acusa la combustibilidad de un corazón próximo á arder, y ando y desando mil veces el camino de la ira á la amargura, de la desesperación á la congoja, del vértigo al sollozo, hasta que, descendiendo de mi frente luz desde muy alto, exclamo anonadado: «¡Ah, y he podido yo dudar! ¡Qué vuelo tan bajo, qué aspiración tan insensata la del naturalismo, consagrado casi en lo principal de su tarea á divertir el pensamiento de la especulación filosófica para retenerle dentro de los límites miserables del mundo visible!

»El naturalismo se declara solo apto para conocer los cuerpos y sus propiedades; fuera de esto, todo lo juzga trascen-

dental, y el trascendentalismo es, según Wirchow, el extravío de la razón humana. Sin embargo, pretende poseer el secreto de la vida y de la muerte, de la creación y de la inmortalidad.

»El naturalismo acepta como una ley general y absoluta, que preside al mundo orgánico, el principio de *Omne vivunt ex ovo*; es decir, declara que todo lo que existe proviene de la generación inmediata de cuerpos de padres que antes existieron, de un huevo, de una semilla. Más claro aún: entiende que el hombre sólo ha podido ser engendrado por el hombre. Sin embargo, cuando se le pregunta cómo se formó el primero, contesta: yo no lo sé; lo que sé es que Dios no pudo hacerlo, porque Dios no existe.

»El naturalismo proclama el principio de la materia increada y eterna, y el perfeccionamiento sucesivo de las especies, en virtud del desarrollo gradual é incesante del mundo orgánico. Sin embargo, admite la posibilidad de que la tierra retrograde destruyendo los efectos de mi-

llones de siglos y perezca por completo la actual raza humana.

¡Ah!, una escuela que así se contradice; una escuela que, por otra parte, desautoriza los estudios abstractos, cierra todos los caminos al conocimiento de lo absoluto y descarta á Dios en la intervención de lo creado; una escuela que sólo toma lo que se le entra por los sentidos y niega todas las verdades que no alcanza á comprender; que reduce la cuestión de la existencia del alma humana á las proporciones nimias de una cuestión de cantidad, haciendo consistir su mayor ó menor potencia de un poco más ó menos de fósforo, de grasa cerebral; que no comprende al hombre rigiéndose por sí mismo, sino sujeto á las leyes generales de la naturaleza; que no conoce la noción de lo justo, en cuanto niega el libre albedrío y el principio de la responsabilidad; que condena la hipótesis y glorifica el hecho; una escuela, en fin, que ahuyenta todo lo que son nobles esperanzas y magnifica todo lo que son amargas incertidumbres, inspira á las

veces repulsión, á las veces lástima, pero siempre miedo. Sin embargo, yo también he sido su prosélito y me he solazado estúpidamente con sus negaciones insensatas. Mas no, no; yo no he creído, he delirado. Yo no he sentido placer, sino vértigo, y el vértigo no es un estado de razón; los locos más furiosos tienen sus intervalos lúcidos; ¿cómo no han de tener los cuerdos intervalos sombríos? Pero el acceso pasó, y vuelvo á ser lo que he sido siempre... ¡Dios mío! Yo creo en ti; yo tengo la certeza subjetiva de tu existencia; pero permíteme que no te adore como el ermitaño de la isla Capraria y el monje de la Edad Media, con austeridades que á nadie aprovechan y maceraciones que son un suicidio lento, porque yo imagino que no pueden halagarte los sacrificios bárbaros. Yo creo en ti, pero déjame que no quiera verte entre las ruinas aventando el polvo, en los cataclismos avivando los volcanes y en los campos de batalla dando y quitando reinos, porque sería achicarte y desconocerte. Yo creo en ti, pero déjame que

te mire desde la cruz pidiendo perdón para tus crucificadores, y no desde tu silla de juez fulminando sentencias contra tus pobres criaturas; déjame, en fin, que te reconozca haciendo descender el maná y no blandiendo la espada, repartiendo dones y no exigiendo responsabilidades, porque yo no creo en el poder de tu brazo, sino en el de tu misericordia. ¡Dios mío!... ¡Díos mío!... El hombre le pide luz á Aquél que para crearla sólo necesitó decir: *fiat lux*; la criatura le pide gracia á su Creador.»

En medio de este desborde de sentimientos piadosos levanté súbitamente la cabeza, inclinada sobre mi mesa llena de libros, crucé las manos y fijé la vista en el horizonte lejano: el sol se había puesto; la noche avanzaba; la noche, que es la parte del día en que se recargan los enfermos y emigran las esperanzas; la noche, que es el silencio en las calles y el ruido en los cerebros; la noche, que distribuye á la par sus sombras sobre los horizontes y sobre los espíritus, trajo al mío los sobresaltos, las incertidumbres

de otras veces. Dudé de nuevo y me afirmé de nuevo en las miserables teorías de que acababa de protestar.

Tal es, Arturo, mi tarea; negar á una hora lo que afirmo en otra; rectificarme á mí propio, increparme á mí mismo, cuando creo, porque no niego, y cuando niego, porque no creo. Diríase que esto no es vivir; pero sufro, luego vivo. Vivo, es indudable; mas no se prolongará mucho tan mezquina y atormentada existencia. Anhele decir pronto, como Mirabeau: «*Voy á entrar en la nada,*» que la muerte es sencillamente la nada. É iré tranquilo; tranquilo como quien ha conseguido descifrar el enigma medroso, cuyo secreto dolorosamente le enardecía... ¡Lejos, lejos de mí, pues, toda nueva irrupción de fascinadoras mentiras! En el mundo sólo hay hechos, y cada hecho es un disolvente para la esperanza, un argumento contra todo poder superior al de la naturaleza. Mientras se fantasea, mientras se sueña, mientras se poetiza, todo va bien; pero cuando las facultades pensadoras se imponen á las

facultades imaginativas; cuando se mira á la realidad sin vidrios de colores, con ojos desnudos, cara á cara, sólo se ve una fábula tras de cada dogma, una explotación tras de cada iglesia; una extravagancia tras de cada idealidad; el vacío arriba, el vacío abajo, el vacío en todas partes.

La variedad inmensa de conceptos religiosos que puede registrarse en los distintos pueblos de la tierra y la grosera forma en que muchos de aquéllos se manifiestan, fúndase en la común manía de buscar explicación á lo que no existe, porque si la idea de Dios fuese una cosa cierta como pretende la teología dogmática, muchos pueblos, cuando no todos, llegarían á conciliarse en puntos relativos á las manifestaciones exteriores de esa idea, y aun á fundir sus cultos sobre la base de universalidad de una sola religión positiva. Así se ve que las naciones, no obstante la heterogeneidad de intereses, de razas y de Gobiernos, se conciertan frecuentemente en materias de derecho, de comercio, de literatura,

mientras son cada día más profundas y mayores sus diferencias religiosas; y es que el concierto sólo cabe sobre lo conocido, sobre lo práctico, sobre lo real, y no sobre lo ilusorio, lo abstracto, lo imposible. ¡Qué más argumentos! La geología, la anatomía comparada y la filosofía, la química, la lógica, la historia, todo conspira á proscribir la divinidad por principio falso, por cosa errada y absurda. Es indudable. Proclamémoslo en voz alta: Dios no existe.

Pero ¡ah! ¡qué penoso es renunciar á la única idea bella! ¡Qué triste subir la cuesta de la vida sin la esperanza de la inmortalidad! ¡Qué triste pasar por el dolor para ir á la nada!... No, y mil veces no. Yo no puedo ni debo conformarme con semejantes conclusiones de una escuela criminal. ¿Soy yo una concentración de átomos, un eslabón de la cadena zoológica, un cuerpo proveniente tal vez de una miserable celdilla vegetal, una formación orgánica con fisonomía menos repulsiva que el mono y unas cuantas onzas de cerebro más que el delfín? ¿Soy

tan sólo algo de esto ó soy un hombre? ¡Ah! yo soy hombre, y como lo soy, mi destino ulterior no puede confundirse con el destino ulterior de la planta ó del bruto, y como mi existencia futura será distinta, también es distinta mi posición en la vida terrestre, y como por la diversidad de esta posición constituyo una excepción dentro de las leyes generales de la naturaleza, claro es que un poder independiente y superior al de la naturaleza misma me rige y me gobierna. Luego existe un poder supremo, luego existe Dios. Sí, Dios existe. Al menos yo quiero reconocerlo, mejor dicho, yo querría reconocerlo, porque en este instante, al grabar estas palabras mismas, vuelvo á retorcerme, á reconvenirme, á sentir como que una nueva invasión de sombras asalta mi espíritu. ¡Oh, y pensar que la cosa más pequeña me ha traído á esta situación desesperada, imposible!... Porque yo vivía hace dos años tranquilo en mi quinta de Salva azul; así viviría hoy, igualmente tranquilo, y allí habría muerto de seguro con las hermosas creencias

que me enseñó mi madre. Pero una ambición, en mal hora despertada, me trajo á Madrid; el desencanto de esa misma ambición, siempre creciente y nunca satisfecha, lanzóme, contra mis naturales inclinaciones, de uno á otro lado de la sociedad, haciéndome conocer de ésta su organización, quizás en la parte más defectuosa, y sus gentes, quizás en las capas más inferiores. Tales fracasos y tales enseñanzas agriaron mi carácter, amargaron mi vida, y faltó de paz exterior, quise ¡insensato! buscarla en el interior de mi alma, prometiéndome la posesión de la verdad por medio del estudio de misteriosos problemas que, como la abeja, guardan en su fondo el aguijón para quien pretende escudriñarlos.

Pero, en fin, las cosas ya consumadas no pueden volver á su punto de partida, ni sus efectos se atenúan con deplorarlas, ni el que las sufre descuenta en su dolor la parte del mismo que proporciona al ánimo generoso al que las comunica. Esta será, pues, mi última carta, Arturo. Mañana salgo de Madrid, no sé

para dónde, ni hasta cuándo, ni por qué. Todavía quisiera someterme á mi voluntad para que mis acciones enfrenadas por una dirección uniforme y legítima se mantuviesen dentro de la línea recta. Pero la voluntad domina en los cuerpos vivos, y yo sólo puedo ofrecer á la mía una masa inerte. -

Desde mañana, pues, el azar, sólo el azar será mi destino.





XI

SR. D. MANUEL MARÍA SANTA ANA.



os comunican por cartas particulares que nuestro distinguido compatriota el joven diputado D. Juan López se ha suicidado en París... Entre los individuos que forman la colonia española en la capital de la vecina República, ese suceso ha producido una muy grande impresión de amargura, por las extraordinarias simpatías de que gozaba el suicida, y no son para contadas las cavilaciones á que la gente se entrega, en averiguación de los motivos que hayan podido aconsejar al ma-

logrado joven tan extrema resolución.

D. Juan López no había sufrido ninguna decepción amorosa ni ningún quebranto en sus intereses; su inmensa fortuna iba en aumento y él ejercía una verdadera dictadura entre las mujeres. Gozaba, además, de la más completa salud. ¿Cómo se explica, pues, que abandone la vida por voluntad propia quien se halla en posesión de todos los medios que la hacen codiciable?... Hé ahí el misterio que inútilmente pretenden entrañar los comentadores de la muerte del infeliz López, á quien, por nuestra parte, deseamos que la tierra le sea leve.»

En el número de su popular diario correspondiente al 25 de Abril aparece publicado el suelto transcrito, y en verdad que, si la desventura que ha decidido al malogrado López á buscar en la boca de una pistola el último sombrío consuelo, á que parece tener únicamente derecho una existencia cruelmente torturada, constituyese un caso excepcional y aislado, nada tendría yo que exponer ni que decir; pero, muy por el

contrario, constituye cierta especie de dolencia moral con carácter epidémico, y hácese preciso denunciarla, no ya á las Juntas de Sanidad del Reino, encargadas de la salud pública, en lo que ésta se relaciona con la conservación de la vil materia, sino á los hombres conspicuos y observadores, cuyo consejo y cuyo análisis pueden influir en el restablecimiento de la salud de los espíritus.

Lo que tantas personas de la confianza de D. Juan no han podido adivinar sobre los motivos de su determinación, habrálo usted, señor director, de seguro, adivinado con sólo hojear las cartas adjuntas, entre las que he tenido cuidado de incluirle un borrón de mis respuestas para que pueda formar cabal juicio.

Ya lo sabe usted: un día, en medio del regalo de la vida solitaria, mi pobre amigo fué requerido de amor por un distrito independiente que le ofrecía un puesto en el Congreso de los Diputados. El joven vaciló al pronto, pero por fin se resolvió y aceptó. Hasta aquí todo marchó bien. Pero ¡ah! al traspasar los umbrales

del Parlamento, Juanito experimentó sed y hambre de notoriedad; obligado por las necesidades de su oficio á codearse con los dioses de aquel Olimpo, Castelar, Sagasta, Martos, Cánovas, pensó en ser dios; colocado al pie de la tribuna parlamentaria, es decir, del capitolio moderno, quiso trepar á la cima; pero con medios escasos para empeños tan altos, no pudo nunca remontar el vuelo un palmo de la tierra. La tentativa frustrada antes enciende que amengua el deseo, y más enardecido cuanto más contrariado, el infeliz muchacho concluyó... en fin, ¡ya sabe usted por lo que concluyó!

¿Qué hay aquí de extraordinario?—se preguntará la generalidad. ¿Es el primer hombre que se pega un tiro?

Señor mío, repito las frases con que encabezo esta carta: el desastre de un hombre no puede producir el dolor de un pueblo; pero cuando ciertas desventuras individuales se propagan, se extienden, toman carácter epidémico, hay que ponerse en guardia, porque entonces puede no tratarse ya del desastre de un hom-

bre, sino del desastre de una generación.

No es Juan López un mentecato perdido en la inmensidad de una juventud despreocupada, trabajadora é inteligente; es, y aquí asoma ya la parte de su enormidad, la dolencia reinante, como el tipo perfecto y bien delineado que caracteriza á esa misma juventud.

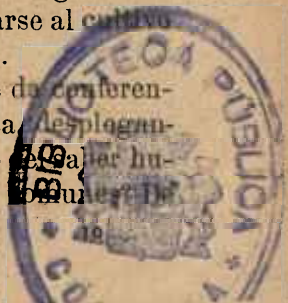
La celebridad, y sobre todo la celebridad parlamentaria, es la monomanía de nuestro país en lo que va de siglo. Son ya menos los que se dedican al arte de hacer fortuna que al arte de intrigar para hacer ruido; tira más la reputación que la hacienda, y aun los pocos que prefieren á la primera la segunda, no la buscan en los talleres, en los campos, en el ejercicio de las profesiones, sino en los Parlamentos. Quien dice diputado, dice orador; quien dice orador, dice Ministro; quien dice Ministro, dice banquero, César, hombre inmortal. Hé ahí el secreto. Hacerse simplemente rico, es una ordinareiz; reunir los conocimientos que puedan en lo humano constituir la sabi-

duría, es, cuando la fama no repite de onda en onda el nombre del poseedor, como ejercer un señorío irrisorio sobre inmensas heredades que no producen, situadas en hemisferios apenas conocidos de los geógrafos. El afán de la multitud es subir, subir alto y subir pronto; es improvisar timbres y millones; pero ¿y por qué medio? ¡Ah! procurándose á toda costa en cualquier revuelta electoral un billete de entrada para el gran mercado de contratación de las inteligencias: para el Parlamento. Los hombres inferiores tienen su sitio en otra parte: en el mostrador. El país debe, por lo tanto, dividirse en ultramarinos y tribunos, y cada español debe dedicarse, según el grado de sus fuerzas, á cultivar ó la partida doble ó la retórica.

Sr. Santa Ana: esto acusará un estado psicológico lamentable en nuestro pueblo, pero ya se guardará usted de decirme que esto no es verdad... ¿Ve usted ese joven de corte romántico que apadrinado por Núñez de Arce ó Campoamor va al Ateneo á debutar de poeta dando

lectura de un poema inédito? Lo menos creará usted que el debutante aspira á un puesto en el Parnaso. Pues no señor, aspira á cosa más terrenal, á un sitio en los escaños rojos. Su poema es la ejecutoria de un mérito personal relevante, clavado en la puerta de una casa que visitan muchas notabilidades; es la solicitud razonada de un pretendiente á personaje político, dirigida á la oficialidad en masa del estado mayor de nuestros partidos, diciendo: «El que esto ha escrito es un hombre que vale para algo... ¿Quién lo compra?» El joven vate encontrará compradores á precio de la correspondiente credencial; será diputado, y concluirá por hacer muy malos discursos quien supo hacer muy buenos versos, y por agotar el ridículo de las posiciones falsas quien habría cosechado gloria en abundancia con sólo dedicarse al cultivo de sus aptitudes especiales.

¿Ve usted ese doctor que da conferencias públicas sobre química, desplegando en tan importante ramo ~~de saber humano~~ conocimientos nada ~~comunes~~ de



seguro que no faltarán personas que afirmen que las tales conferencias son una especie de reclamo para llamar gente á la botica del conferenciante. Pues yo aseguro que no: el ilustrado doctor en farmacia no ejerce, no tiene botica, se juzgaría empequeñecido con servirse de su ciencia vendiendo específicos para el mejoramiento de la salud pública y de su bolsillo particular. Sus lecciones, con efecto, son un reclamo, pero reclamo dirigido á los jefes políticos de banderín, que rebuscan oradores para el Congreso. Este malaventurado pretendiente encontrará también quien lo filie, será diputado; pero como no es lo mismo hablar de una cosa que se domina que de muchas cosas que no se conocen; como no es lo mismo dirigirse á un público, en su mayoría indocto, desde la inmunidad de una cátedra, que dirigirse al país desde una Cámara intransigente, cuyo gusto han educado los grandes maestros de la palabra, el insigne químico verá irse una legislatura tras otra sin decir: «esta boca es mía,» ó dirá «mus;» y *entre que caigo y*

que me levanto, entre ayudar á su partido, siempre á palo seco, desde el Gobierno con sus votos, y desde la oposición con sus plegarias, pasará años enteros tristemente, oscuramente, y al llegar á la edad de los desalientos y de las realidades, cuando la verdad no puede desfigurarse, ni nada puede en sana razón prometerse nadie del porvenir, mirará á su nombre y lo hallará deslustrado, mirará á su bolsillo y lo hallará vacío, mirará á su historia y hallará tras cada página un esfuerzo estéril; y viejo, gastado, famélico, sin un hogar, sin una peseta, tendrá que explotar á deshora sus influencias políticas, para procurarse una colocación permanente en la oficina de un consejo de administración de ferrocarriles, ó concluirá su vida, la vida de un hombre verdaderamente ilustre, regenteando, en calidad de mancebo mayor, la botica de un herbolario de fortuna.

¿Ve usted ese otro joven, de aspecto distinguido y macilento, de faz interesante y melancólica, que va de sagrario en sagrario, es decir, de casa de Martos

á casa de Cánovas, de casa de Cánovas á casa de Sagasta, con un lienzo enrollado entre las manos cuidadosamente? Pues es un alumno predilecto de Madrazo que acaba de salir de las aulas. ¡Quién sabe si procede de la raza de los Pradillas y de los Lunas! Dibuja admirablemente, siente el color como pocos, posee facultades extraordinarias; pero sólo se dedica á hacer retratos de jefes de partido, sin otro fin que el de acercarse por este medio á los retratados y merecer de ellos recomendaciones... ¿para que lo *metan* en la academia de pensionados de Roma? No, señor, para que lo *saquen diputado*.

Y así *tuttiti mundi*.

¡Qué desdicha, Sr. Santa Ana, qué desdicha! Ahora comprenderá usted que tenía razón. Ahora se convencerá de que mi pobre amigo Juan López no era un ser estrafalario y único en su clase, sino un contagiado de la enfermedad del día, porque este señor poeta, y este señor químico, y este señor pintor, con la demás gente de su calaña, no son ciertamente *otros López*, sino los *mismos López*.

Y en verdad que la epidemia no lleva trazas de concluir. Hasta los chiquillos, apenas salen del cascarón, es decir, del examen de primeras letras, empiezan á poner la mirada en el paraíso de la plaza de Cervantes. Yo leo con relativa delectación los artículos que los periódicos sesudos, principalmente *El Imparcial*, escriben todos los años al aproximarse la apertura del curso académico, señalando como una desdicha nacional el que los institutos envíen á las universidades una inmensa multitud de alumnos, que á su vez los institutos reciben de la primera enseñanza. Digo que leo esos artículos con delectación no más que relativa, porque sus autores deberían abandonar el tono elegíaco para desentrañar, con hondo análisis y persistente meditación, las causas secretas del mal, ya que no cabe proponer remedio para el mal cuyo origen se desconoce. ¡Oh! y á poco que profundizaran, se encontrarían con que el sistema parlamentario en muchas de las formas que reviste, y por los accidentes que le acompañan, no es extraño á la

desmedida afición que la juventud española siente por las carreras literarias.

¡Pardiez! Creo verle á usted sonreír como si esta concomitancia le pareciese la más pintoresca originalidad. No sea usted superficial, Sr. Santa Ana. Mire usted: la mitad de esos bachilleres que toman rumbo hacia las aulas de derecho y medicina, lo que menos piensan es en visitar enfermos y defender pleitos en toda su vida. Son muchachos audaces, pretenciosos, despabilados, que en polémicas con sus compañeros de colegio, en sus respuestas á las preguntas diarias del profesor y en simulacros oratorios verificados con mediana pompa en las mesas de un café, ó en la sala de tertulia de una casa de billar, se han reconocido condiciones tribunicias y se han hecho la siguiente cuenta: «del Instituto á la Universidad, de la Universidad al Ateneo, y del Ateneo á las Cortes.» Así observará usted que apenas se licencian huyen del bufete y de la clínica, y en vez de buscar la protección de un médico ó de un abogado de clientela y de

fama reconocidas, toman el camino del periodismo y de la Academia en busca de posiciones políticas. Pues bien, ciérreme usted las Cortes, y esa mitad de bachilleres que sólo ve, en el título que autoriza el ejercicio de una profesión liberal, el medio de conquistarse sitio entre los legisladores, se volverá á sus casas con la mayor frescura.

¿Pero hemos de dejar al país en tinieblas, indefenso, incomunicado con los altos poderes, sin intervenir, aunque sea ficticiamente, en las funciones de gobierno y elaboración de las leyes por medio del ejercicio del voto en la elección de los diputados? En una palabra, ¿hemos de cerrar las Cortes por sólo desahogar las aulas universitarias? No, esto no puede ser. Por otra parte, tampoco puede ser que las cosas continúen como están. Se hace preciso una solución radical, urgente, rapidísima.

Y ahora, ¡ah! en este mismo instante, dada la modestia de usted, presumo que no le llega la camisa al cuerpo, creyendo que yo voy á cruzarme de brazos y á

decirle: «Ea, Sr. Santa Ana, deme usted la solución.»

Francamente, cuando le revelo el secreto de las causas del suicidio del pobre López, cuando le entrego sus cartas, cuando le denuncio la parte ruinosa de esta sociedad atolondrada y mal segura, es porque juzgo de algún modo útil su participación en el remedio. Pero no se ruborice usted, hombre; no es el concurso de sus luces lo que exijo, y con esto su modestia quedá á salvo; lo que exijo es el concurso de sus intereses pecuniaros. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿En qué forma? Eso ya lo veremos más adelante.

Por de pronto, le diré que desde el desastre de mi pobre Juanito paso los días meditando tristemente sobre los estragos que de continuo hace la dolencia moral de que él fué víctima. Una hora tras otra agítase mi pensamiento en un cúmulo de reflexiones sin fin, en busca de estímulos poderosos y reactivos eficaces que tuerzan la dirección de la juventud y que alejándola del amor á lo improbable, á lo portentoso, á lo fortuito, la vuelquen

hacia caminos donde el porvenir es seguro si se anda despacio y la ambición se aquieta.

¡Oh, y si viera usted qué soluciones tan originales y tan varias se me ocurren! Unas veces me dan risa, otras me dan miedo; muchas, miedo y risa á la vez. Eso sí, casi siempre después de larga meditación concluyo por decirme para consolarme: «Cada pueblo, en cada época de su existencia, tiene su monomanía especial. La monomanía de los españoles de los siglos medios fué la caballería andante; en fecha más reciente no hubo rico-homme, ni hijodalgo, ni primogénito de prócer á quien no le diera el naipe por el púlpito: todos fueron frailes, y frailes del orden de predicadores; la palabra de Dios descendió á labios que la habrían hecho vibrar, no para bien, sino para ignominia de la Iglesia, si es que cosa tan grande pudiera resentirse de las impurezas de esta vida, y las gentes iban á los templos de jolgorio en busca de espectáculos cómico-tribunicios, espectáculos á los cuales suelen remontar algunos

críticos escudriñadores el origen de los Bufos-Arderius. En los dos últimos tercios del siglo XVIII cada hijo de vecino se echó á dramaturgo y autor de comedias. ¡Qué dinastía tan larga la de don Hermógenes! ¡Cuánto habrían llorado, si hubieran revivido, Juan de Mena y Juan de la Encina al ver su arte de tal suerte profanado!... Pero cáteme usted que un día Cervantes acaba con todos los Amadises, Palmerines, Esplandianes, Florismartes, habidos y por haber, con el ridículo abundoso, diluído en su inmortal sátira; otro, el inolvidable padre Isla, echa á volar por las Españas á su Gerundico en descrédito salvador de toda la orden de predicadores, y otro, Moratín, restablece la pureza dramática por medio de su Juicio crítico sobre el teatro español y con el ejemplo de sus producciones de corte magistral y gallardamente bellas... Pues bien, acaso el día menos pensado nos salga otro Cervantes, siquiera un padre Isla, que arremeta con pluma cáustica contra todos los tribunos y tribunillos parlamentarios.

Y me duermo tranquilamente creyendo encontrarme, al despertar, con el hombre. Pero el hombre no sale; la cosa es gorda; el remedio urge; yo me desvivo, y mal que bien, entre fatigas mayúsculas he hilvanado, por fin, el siguiente proyecto de reforma, dividido en tres puntos fundamentales:

1.º Supresión de *La Correspondencia de España*.

Esto, en parte, como castigo, y en parte, como remedio. Como castigo, porque, Sr. Santa Ana, seamos francos, el periódico de usted ha puesto la celebridad al alcance de todas las inferioridades, y despertando sed de luz en gentes condenadas á la oscuridad por bando de buen gobierno, ha producido daños que merecen algo más que la reprobación y el olvido. No ha habido ni hay para el periódico de usted literato, ni jurisperito, artesano, ni artista que no merezca el dictado de preclaro, excelso, ilustre, y aunque, en rigor, no pueden resolver nada los pronunciamientos de un jurado de redactores divertidos que empiezan

por reirse de su propio ministerio, repartiendo á troche y moche ejecutorias de sabiduría, de grandeza y de inmortalidad, es el caso que *La Correspondencia* la leen más de cien mil personas, entre las cuales hay noventa mil que no asisten al debate, á la corrida, á la comedia, á la audición, y reciben como mérito de buena ley el triunfo falsificado del orador, del torero, del cómico y del cantante, sobre los que derrama á manos llenas la alabanza el periódico de usted. Resultado: que desde el instante en que la popularidad viene á constituir un honor de adquisición fácil, entran en codicia de conseguirla los que no tienen títulos para merecerla, mientras que el verdadero talento, por distinguirse del vulgo, tiene que condenarse á una honrosa soledad, privando al país de su interesante, nobilísimo y fecundo influjo.

¿Es esto regular, señor mío? Pero ¡qué más! Á muchos hombres que concluyen por personajes, que son Ministros, sin que nadie se explique su encumbramiento, y que nos desgobiernan y nos empa-

lagan con su ineptitud y su pedantería, les ha servido de nodriza sencillamente *La Correspondencia de España*.

Vea usted la manera: «El Sr. González de los Peños ha llegado á Madrid.» «El Sr. González de los Peños ha salido para el Norte.» «El Sr. González de los Peños se ha casado.» «La distinguida esposa del Sr. González de los Peños ha dado á luz felizmente.» «El Sr. González de los Peños fué de los primeros que tuvieron noticia de la muerte del perro Paco.» Con estos y aún más fútiles motivos, *La Correspondencia* pasea por sus columnas todas las noches, durante mucho tiempo, la ridícula personalidad de González, y entre los miles de lectores del periódico noticiero, apenas hay uno que se pregunte por las cualidades que abonan al Sr. de los Peños para ser tan traído y tan llevado; pero la generalidad reconoce como cosa indiscutible que debe merecerlos, cuando así se le prodigan los honores de la publicidad; y ello es que su nombre zumba en el oído de cien mil criaturas á la vez, con lo cual queda nuestro

hombre elevado nada menos que al rango de *persona conocida*. En su calidad de tal, González puede introducirse en el afecto de un jefe de mesnada ó de tribu; de fracción, para mayor propiedad, como decimos ahora. Andando los tiempos, el partido triunfa, y cátense á Periquito hecho fraile; es decir, á González nombrado Gobernador. Los que leen su nombramiento nada tienen que objetar. Lo hallan perfectamente justificado; como que se trata de una *persona conocida*. En cambio, todo el mundo se hace lenguas de la venalidad del Gobierno por haber designado para igual cargo, aunque con destino á otra provincia de menor importancia, á un Sr. Zaldiva, oscuro catedrático de la Universidad de Zaragoza. Bien es verdad que Zaldiva tiene en el extranjero un gran nombre como orientalista; pero no es un departamento belga, ni francés, ni alemán, cuyo mando se le confía, sino el de una provincia española, y fuera de sus cuatro alumnos, no hay nadie que le conozca en España. El público, por lo tanto, condena la elevación

de Zaldiva y aplaude la de González.

González juzga, y con razón, que no es de Gobernadores hábiles andar siempre remesando diputados á las Cortes y quedarse en tierra, y para no pasar plaza de tonto procura que el jefe del movimiento de la línea inmediata, ó séase el Gobernador vecino, lo facture, aunque con fractura ostensible de la ley. Dentro ya del Congreso, González se pavonea con la majestad de un antiguo inquilino de la casa, discute en los pasillos, intriga en las secciones, trasnocha en la tertulia íntima del Ministro de la Gobernación, entra y sale en las oficinas, no pierde un té presidencial, ni una recepción del cuerpo diplomático, ni una fiesta palatina; da credenciales, distribuye favores, tiene sus cortesanos; en una palabra, llega á hacerse una gran figura; figura á la que sirvió de pedestal una humorada de *La Correspondencia*. Pero como estas humoradas de *La Correspondencia* son frecuentes, el mundo está lleno de González que van de uno á otro lado por plazas y rincones, excitando rápi-

damente el apetito de la celebridad.

Advierta usted, además, señor mío, que la crónica diaria de su periódico sobre los sucesos é incidentes de las justas parlamentarias es una eterna tentación que aviva hasta en los muertos el deseo de pisar la arena de las Cortes, para romper lanzas combatiendo por credenciales.

Y ahora comprenderá cómo la razón de Estado le exige el más grande sacrificio: la supresión de *La Correspondencia de España*; sí, la supresión, porque, francamente, D. Manuel, «muerto el perro, se concluyó la rabia».

Ya sé que dirá usted: ¿Acaso mi periódico es el único que fabrica personajes, que establece relaciones de familiaridad entre la gloria y la plebe, que perturba á la juventud, narrándole todos los días historias de encumbramientos portentosos, y describe en forma apasionada, insinuante y pintoresca la diaria solemne riña de los señores gallos del Congreso?

No; no es el único, pero es el principal, y apreciada la cuestión sólo bajo el punto del mayor daño, *La Corresponden-*

cia, y no otro periódico, debe sufrir, con todo rigor, los imperativos de la razón de Estado.

Aun así—objeterá usted,—aun haciendo prevalecer la ingerencia de las leyes de la cantidad en las especulaciones de la ciencia jurídica, no es cosa de que los demás periódicos se queden riendo. Pues que *La Correspondencia* causa más daño, padezca más, pero sus cofrades, que también hacen lo que pueden, no deben salirse por la bocamanga.

Hombre, mire usted, en muchos casos, y éste es uno de ellos, la justicia militar, con ser tan severa, ofrece ejemplos de humanidad que los poderes y los hombres civiles debemos resueltamente seguir. Cuando un batallón en masa vuelve la espalda al enemigo, parecería natural que todo el batallón sufriera los rigores de la ordenanza. Pero ¡ah! esto sería verter demasiada sangre y no puede hacerse; tampoco podría pronunciarse una absolución unánime, porque el perdón así prodigado resultaría un acto de crueldad contra la patria. Al batallón,

pues, ni se le fusila ni se le indulta; se le quinta. Otras veces se economiza aún más la sangre y se castiga sólo en la cabeza de su jefe el común delito de la legión militar.

Hé ahí, señor, el procedimiento que escojo en mi proyecto de reforma para sanear la atmósfera de la prensa y quitar estímulos al acrecentamiento del mal que deploramos. No suprimo todos los periódicos, ni siquiera los quinto; límitome tan sólo á cortar, con la supresión de *La Correspondencia*, el más dañino de todos, la cabeza de la serpiente. Un ejemplar basta y sobra, cuando se sabe elegir la víctima de entre los que alcanzan mayor grado de proceridad para meter en reposo muchos ánimos inquietos y en carril muchas voluntades indóciles. Ya verá usted cómo, sin necesidad de proseguir la serie, la prensa periódica toma direcciones menos peligrosas, aunque sólo sea por aquello de «cuando las barbas de tu vecino veas pelar...»

Ahora, señor mío, convencido, como debe estarlo, de los nobilísimos motivos

que demandan la supresión de *La Correspondencia*, espero que usted, por voluntad propia, realizará prontamente el sacrificio de su periódico, dándome cumplido el primer punto de mi proyecto. Y prosigamos.

SEGUNDO PUNTO. *Clausura temporal, por un número determinado de años, de las cátedras de retórica.*

¡Cielos, qué desatino!—dirá usted, y exclamarán cuantos lo sepan.—Bien, bien, señores. Desahóguense ustedes; háganse cruces, repitan la exclamación. ¡Si lo grande es que á mí también me lo parece! ¡Oh! Yo, que me muero por el símil, por la hipérbole, por la metáfora, por el tropo; yo, que, tocado de cierto sensualismo literario, sólo puedo sentir el vigor del argumento por la hermosura del ropaje que lo trasparenta; yo, que no comprendo el discurso, la novela, la oda, cuanto la suprema fantasía produce, sirviéndose de la palabra hablada ó de la palabra escrita, sin los arabescos,

las filigranas, las pompas y las ondulaciones del estilo; yo, que cambiaria por una imagen de Lamartine ó de Castelar á Calipso y á Circe, con permiso de Homero y de Virgilio, ¡yo pidiendo la su-presión!... ¡vamos, figúrese usted!

Pero la necesidad no entiende de le-tras; no es artista; no transige con el gusto de nadie, y, francamente, la nece-sidad del remedio que anhelamos nos im-pone este segundo sacrificio. Pues la ju-ventud se lanza unánime en pos de aven-turas parlamentarias armada de todo linaje de pertrechos retóricos, cambié-mosle el freno. Que siquiera la genera-ción que está por venir encuentre otras escuelas donde educarse más en conso-nancia con sus intereses y los intereses públicos. ¿No lo comprende usted?... El género de educación influye poderosa-mente en las inclinaciones del corazón, del carácter y de la inteligencia, y mien-tras subsista la actual predilección por determinados estudios, todos seguiremos ó la carrera larga de orador ó la carrera abreviada de parlanchín, y mientras no

disminuya el número de parlanchines y de oradores, la política continuará llevando á domicilio el vértigo y el tedio, la ambición y la indolencia.

¡Pardiez, ya es hora! Cortemos el mal en sus raíces. Sólo una educación intelectual distinta puede formar en nuestros jóvenes nuevos gustos que la dispongan á empeños más tranquilos y más prácticos. La medida no es suave, lo sé, pero tiene sus precedentes. ¿No cerró las Universidades, sustituyéndolas nada menos que por escuelas de tauromaquia, el muy respetable Sr. D. Fernando VII? Pues lo que pudo hacerse bajo el reinado del predecesor, bien podría realizarse bajo el reinado del egregio descendiente. En último caso, esto podría no ser enteramente útil, pero encajaría perfectamente en las muy apreciables tradiciones de familia.

TERCER PUNTO. *Supresión de las discusiones parlamentarias. Toda proposición de ley y toda proposición incidental llevarán su defensa en el preámbulo, el cual no podrá exceder de un número determinado de líneas que se fijará oportunamente.*

¡Esto más!—dirán los partidarios del régimen.—Sí, señores, esto más.—Pues qué, ¿los Cuerpos Colegisladores no son cuerpos deliberantes?—Lo son.—¡Ah! ¿Y cómo se delibera si no se discute?—Señores míos, discutir es sencillamente extraer el pro y el contra de las cosas, y esta operación lo mismo puede realizarse por medio de la pluma que por medio de la palabra. De modo que mi proyecto no compromete una sola de las prerrogativas que las Cámaras, como tales Cuerpos deliberantes, tienen asignadas en el organismo constitucional. ¡Que me fijo hasta en el número de las líneas que han de servir de defensa al pensamiento contenido en cada proposición! ¡Pero si la razón de toda demanda puede escribirse

en un papelillo de fumar, como diría Figaro! ¡Que las mayorías tienen la fuerza de los votos y las minorías quedan desamparadas si se les priva del derecho de interpelar y discutir! ¡Pero si ya hemos convenido en que discutir no es vocear ni mover los brazos, ni agitar los cabellos ni decir frases bonitas! Precisamente, la palabra, cuanto más fácil, cuanto más limpia, cuanto más elocuente convence menos, porque deslumbra, subyuga, avasalla.

Mi proyecto, pues, no le quita al diputado nada de lo que es suyo, no altera lo fundamental del sistema, y, sin embargo, ¡cuánto no puede influir en la transformación rápida de nuestro estado presente! Porque suprimidos los discursos no habrá victorias ruidosas, y no habiendo batallas ruidosas no habrá botines espléndidos. La Dirección, la Subsecretaría, la Embajada, el Ministerio dejarán de adjudicarse como trofeos de guerra á los héroes de una jornada, al primer afortunado que produce en el soberano auditorio del Congreso con una oración

pretenciosa la emoción estética. ¡Oh! abolida la palabra como único nivel admisible para el reconocimiento de la capacidad política, los altos dignatarios saldrán de entre los hombres probados en la administración, en el servicio desinteresado de la patria, en el cultivo de los estudios técnicos de aplicación inmediata á la especialidad facultativa de los grandes centros ministeriales, y siendo necesario buscar la fortuna fuera del Congreso, obteniéndose las ventajas del poder por título oneroso ó gracioso, pero por título completamente extraño á las corrientes, á los influjos, á las mareas parlamentarias, el papel de diputado bajará considerablemente, y con la baja de ese papel, la fiebre oratoria, la agitación política y el malestar público.

Sé que entre este punto de mi proyecto y los otros ya reseñados no hay la mayor ilación, pues el cumplimiento al pie de la letra del que acabo de examinar haría innecesario el cumplimiento de los dos que le anteceden; pero, señor D. Manuel, lo que abunda no daña. Es

más: yo mismo no tengo confianza absoluta en la eficacia de mi plan, y por vía de adición, ofrezco una propina de treinta mil duros á quien presente otro mejor. «¡Excelente rasgo de generosidad!»—exclamará usted, Sr. Santa Ana. Fuéralo, en efecto, si esos cuartos salieran de mi bolsillo; pero no estoy yo para tales trotes, y milagro que no he de hacer, no quiero colgármelo. Cada cosa en su lugar, y mi modestia en el suyo. El medio millón y pico de reales saldrá... ¡vaya que no lo acierta usted!... ¡Hombre! es muy sencillo: saldrá del precio de la venta de los instrumentos que podríamos llamar *cuerpo de delito*, ó sea de la venta de la maquinaria, imprenta y demás artefactos de *La Correspondencia de España*, pues ya hemos convenido en que dicho periódico es autor ó coautor de ese crimen de lesa patria que consiste en fomentar, estúpida ó malignamente, la pasión de la celebridad, robando, para la política, brazos y entendimientos á la agricultura y á las industrias, al arte y á la ciencia...

¡Por las once mil vírgenes, Sr. Santa Ana, no ponga usted obstáculos á mi proyecto y su adición inclusive! Mire usted que la cosa no va buena. Los señores que manejan la lengua diestramente nos fuerzan á pagar su influjo hasta hacernos sudar el hato, que diría Sancho Panza, y los que no consiguen afinirla se vuelven locos ó mentecatos ó concluyen dándose un tiro, como Juanito López; y entre la soberbia de los oradores frustrados, vamos á ser cogidos nosotros los mansos, los trabajadores, los inermes, como gato entre puertas. Defendámonos. Yo, por mi parte, he hecho ya bastante poniendo en remojo los sesos para buscar el antídoto; usted, por la suya, puede hacer aún más, siquiera otro tanto, costeando el importe de la medicina... Y luego, ¡que los contemporáneos nos respeten y que la posteridad no nos olvide!

ARTURO SANDOVAL.

CORRESPONDENCIA AMOROSA

ENTRE UN COLEGIAL Y UNA COLEGIALA



CARTA PRIMERA



Mi querida Albertita: Cuando recibí tu carta tenía calentura, pero al abrirla empecé á convalecer, y cuando concluí de leerla me puse bueno... Son pocas líneas, ¡pero qué bien trazadas! Son pocas frases, ¡pero qué sonoras!

Casi, casi llegué á temer que hubieras olvidado tu promesa de escribirme, promesa solemne por la hora, por el sitio, por la espontaneidad. ¿Te acuerdas? Las verdes lejanías del mar parecían juntarse con las azules lontananzas del cielo en un punto de luz trémula é indecisa,

última mirada del lánguido sol de setiembre, y nosotros, sobrecogidos de miedosos presentimientos, viendo morir el día en su lecho de rosadas nubes, mecido sobre las altas colinas, pensábamos con enternecimiento turbador en que la nueva aurora sería la señal de nuestra partida. La brisa cargada con los ecos argentinos del campanario de los Jerónimos, cuyo esquiloncillo de plata tocaba á la oración, y con los acentos religiosos de las canciones tiernas y alegres que entonaban los marineros, para saludar á la Virgen del Valle, al aproximarse á la playa, acelerando el golpe vivo del remo, gemía á nuestros oídos con indecible melancolía, y penetraba en nuestras almas confundiéndolas como en un común sentimiento de piedad y de tristeza. Tú estabas trémula y abatida, yo apesadumbrado y vacilante. De pronto divisamos á tu mamá y á las demás señoras que, en compañía de la Condesa, regresaban de la huerta al jardín, atravesando un inmenso salón, de techumbre formada con anchas hojas de hermosos árboles in-

dios, y de paredes cubiertas con tapices de enredaderas de clemátidas y de friso de encajes de helecho.

Los otros niños que se habían quedado con nosotros en la planicie del gran estanque se divertían jugando á las prendas, bajo el ramillete decipreses que sirve de cenador en la plazoleta contigua, adornada con pintorescos macizos y separada por franjas de musgo salpicado de campanillas á medio abrir blancas y azules. Eran contados ya los instantes en que podíamos estar solos. Entonces nuestros ojos se miraron con embeleso enlanguidecedor, y nuestros corazones parecían desfallecer en una interminable crisis de sollozos. Tú probaste á decirme algo y no pudiste. Era mucha tu emoción. Yo no estaba menos conmovido, pero hablé.—Albertita—te dije,—la ausencia de la luz, de las multitudes, no valen nada. El ciego, el ermitaño viven. Pero ¡ah! el alejamiento no se puede resistir. ¿Adónde va un hombre con el corazón vacío?... Yo no tengo hermanos, apenas conocí á mis padres, y sólo cuen-

to con la estimación mercenaria de un curador egoísta... Albertita, ¿quieres tú ser mi hermana?—Sí—contestaste.—Sí—pareció que repitieron los ruiseñores amorosos recostados en sus hamacas diminutas tejidas con trenzas de hoja de acacia, el eco de arpas invisibles, la vibración de la lira de bardos inmortales evocados por mi fantasía en el acceso de una alegría fulminante, y el repiqueteo de los caños de los surtidores cayendo sobre las tazas de mármol de las hermosas fuentes del jardín.

Pero tu mamá se aproximaba y el círculo del cenador empezaba á disolverse. No había tiempo que perder. Sólo podríamos cambiar una frase de despedida. «¿Consientes en ser mi hermana?—balbuceé.—Pues bien, ya sabes los deberes que impone la familia... ¿Me querrás siempre?» «Siempre»—respondiste, pretendiendo alejarte.—Yo exclamé: «Debes á mi tranquilidad declaraciones más explícitas. ¡Por amor de Dios, Alberta mía, no te vayas y habla!»—Pero tu mamá subía los peldaños de la escalinata, iba á

unirse con nosotros y murmuraste á media voz: «Te escribiré desde mi celda,» desapareciendo entre la multitud de jóvenes que acababa de invadir la planicie del gran estanque...—No volvimos á vernos más. Yo abandoné con paso presto el chalet de la Condesa y me fuí á la fonda á esperar, embutido en las cuatro paredes de mi cuarto, la salida de los coches para la estación de Zobralla. Aquella noche la pasé como si hubiera descargado sobre mi propio cráneo una tormenta y caído sobre mi propio corazón una nevada, ardoroso y frío, lleno de coraje y de espanto, con un malestar extraño, indefinible acaso, únicamente comparable á la nostalgia del nido y del bosque que debe sentir el pájaro enjaulado durante las primeras horas de su cautividad.

Desde entonces, desde mi partida de la bella playa de Eldubiar, todo ha sufrido una profunda modificación. He cambiado de gustos, de inclinaciones y de ideas. Mi existencia, que antes de conocerte era un conjunto de días per-

fectamente semejantes, como las hojas de un libro, tiene hoy, á la manera del mar, sus altas y bajas mareas, sus poéticos reposos y sus altivos oleajes.

¡Tu nombre siempre en mis labios!
¡Tu recuerdo siempre en mi memoria!
¡Tu imagen siempre delante de mis ojos!
He perdido el dominio de mi propio ser.
Fuera de ti no experimento impresiones buenas ni malas. Gozo si pienso que me quieres, y sufro si pienso que me olvidas.

No me enardece ninguno de los estímulos de la juventud, y diríase que pesan sobre mi alma todos los desfallecimientos y todas las misantropías de la ancianidad.

La vida de la ciudad me espanta, los libros didácticos se me caen de las manos, sueño con la poesía melancólica de las playas solitarias y la paz sonriente de las aldeas ocultas. Leo hasta sentir las embriagueces del arrobamiento místico y erótico las églogas de Garcilaso y las odas de Fray Luis de León. No me arrastra la envidia, como otras veces, al

cultodelos nombres sonoros, de las reputaciones deslumbrantes y de las glorias fulmíneas. No ambiciono ser héroe, ni banquero, ni ministro, ni nada de lo que constituye una grandeza social. Empieza á parecerme el aplauso público un ruido detestable, el ramo de laurel el símbolo de la vanidad de los medianos y la celebridad un placer tonto.

Vivir contigo, siempre contigo, llorar ó reir los dos, los dos solos, sin testigos, sin acompañantes, en un palacio de corte señorial ó en una cabaña, mejor en una cabaña, ése es todo mi anhelo, eso puede únicamente constituir toda mi felicidad.

Huyo de mis antiguos amigos porque me fastidia verme obligado á hablar de cosas ajenas á ti, y voy á clase porque me llevan casi por fuerza; pero paso el tiempo de las explicaciones del catedrático sumergido en reflexiones muy profundas ó completamente distraído, haciendo pajaritas de papel con las hojas de mi cuaderno de apuntes. Los profesores del Instituto me han borrado del cuadro

de honor, donde se inscribe el nombre de los alumnos que más se distinguen cada mes; aquellos de mis compañeros á quienes agobiaba la superioridad de mis notas obtenidas en ejercicios brillantes afectan hoy tenerme lástima, y hasta el padre Calderete, dómine estafalario y socarrón, ha llegado á decirme con la mayor frescura en presencia de los demás pensionistas de su colegio: «Leandro, á ti debe de haberte picado en El-dubiar algún mal bicho en el corazón. Eras ágil y estudioso, y te has vuelto torpe y desaplicado. No se te puede sufrir. Tomas á ratos un aire de formalidad enfadosa y académica, como si se tratase de un hombre docto y anciano que ha doblado la cabeza á graves experiencias; en cambio, otras veces caes en las ligerezas de un niño mal educado, y tales transiciones de actitud, rápidas y bruscas, arguyen una situación anormal de ánimo, cuya anormalidad se explica sólo por la existencia de algún amorcillo. ¡Pícaras mujeres, pícaras, picaronas!»

Mis compañeros exclamaron en voz

baja: «¡Diantre! ¡Pues eso es! Alguna colegiala, vamos, alguna colegiala que le ha derretido el seso. ¡Malaventurado de Leandro!»

Yo incliné la cabeza con dolor y vergüenza, pero pronto me repuse... Ya se ve, cuando no hay falta... digo, porque, á mi entender, no puede considerarse como falta el que un pobrecillo huérfano se procure una hermanita. ¿Es verdad? Si he perdido ó no he perdido la afición al estudio, eso no es de la incumbencia del padre Calderete ni de ningún otro curioso. Yo sólo tengo cuentas que ajustar contigo. Con todo el resto del mundo las saldé el día que te conocí.

Pero vengamos á tu carta. ¡Oh! la he leído y releído con delectación. La he besado muchas veces, mil veces, y la he metido en el forro de un escapulario de la Virgen del Carmen que llevé del cuello mi abuela hasta que la enterraron. Créeme, ¡ni chiquillo con zapatos nuevos! Á todo el que me encuentre en la calle me da gana de detenerle para enseñársela; y lo que es á los profesores que me riñen por mi

desaplicación, y me conminan con la profecía de que no seré nada en el mundo, á esos, á esos voy á arrojarles cualquier día al rostro tu carta, diciéndoles: «¡Pero tontos! ¡qué me importa á mí la tierra, si voy camino del cielo! ¡Mirad, mirad el billete de entrada!»

No me olvides, pues, Albertita, y sigue escribiéndome, para hacerme saborear, con frecuencia, placeres tan inocentes y tan puros como el que hoy me has proporcionado.

LEANDRO.





II

 o que á ti la mía, me ha hecho á mí sentir tu carta, y una transformación igual á la que tú has experimentado desde que me conociste en Eldubiar, he sufrido yo; lo cual parece demostrar, dicho sea en la expansión sosegada de una ingenuidad sencilla, que nuestras existencias son como raíces de un mismo árbol, como cuerdas de un mismo instrumento, como una misma esencia derramada en dos vasos, ó como dos almas refundidas en una sola.

Tú teacusas de haber perdido la afición

al estudio. Pues yo me acuso de falta análoga. ¡Ah! la compañía antes deleitosa de los libros me enoja ahora, y aunque mis ojos alguna vez atraviesen sus páginas, nada escudriñan, y si algo de excursión tan rápida recogen, se niegan á recibirlo la memoria en sus escondites y la razón en los suyos. ¿Es que tú absorbes por entero mi atención? ¡Pobrecillo! ¿qué culpa tienes tú de eso? Es más bien que, cansada de oirme llamar por mis compañeras «la sabidilla,» y esquivando la ocasión de alcanzar superioridades que los inferiores jamás perdonan, no aspiro ya, como otras veces, á saberlo todo, y me resigno modestamente á saber sólo de ti.

En punto á devoción no ando más fuerte. No hago pajaricas de papel con las estampillas de mi libro de rezos, pero mientras la madre Jacinta va pasando las cuentas de su rosario al sencillo acompasado murmurar del Ave María, yo paso revista á las horas que, en mi dolor, presumo pueden trascurrir sin volverte á ver, y si de pronto alguna

golondrina atraviesa el coro en busca de su nido, perfumado con las oleadas de incienso que suben de los altares, corro tras ella con las manos abiertas, creyendo que me trae de tu corazón algún mensaje entre sus queridas alas; pero con estas distracciones que, por mi mala ventura, sufro cuando rezo en comunidad, coincide para realce de los sentimientos religiosos que me inundan, el fervor de la plegaria que en mi recogimiento místico levanto al cielo compasivo, pidiéndole sus bendiciones para el pobrecillo huérfano.

Siempre, siempre, Leandro, estás en mi memoria, y no es precisamente que me acuerde de ti, pero me acuerdo del árbol sobre cuyo tronco estabas recostado en la alameda del monasterio la primera vez que te vi, de la fuentequilla en cuyo mismo caño bebimos juntos el día de la gira á la montaña, del esquiloncillo de los Jerónimos, cuyas notas agudas y dolientes, lanzadas con rigurosa uniformidad al desteñirse las cimas, presagiando las cercanías de la noche, in-

terrumpieron tantas veces nuestros diálogos palpitantes y sencillos; de la ola que estalló á nuestros pies, de la flor que me diste y de la amistad que me juraste, y de muchas otras cosas que, aun sin desearlo, me obligan á recordarte.

Estos recuerdos me embriagan con una tristeza subyugadora y me producen enlanguidecimiento tan profundo é indefinible que vivo casi dormida y sueño casi despierta. El placer que antes yo expresaba brincando y riendo ahora me cuesta lágrimas, y la lección de la leyenda cristiana que enseña cómo el dolor redime y la felicidad pierde, la contemplación de los paisajes que reproducen á trozos pormenores de la vida agreste, la ermita empingorotada como una silueta en lo alto de la sierra, á cuyo santo lugar va los domingos por selvosos caminos pintoresca muchedumbre de zagalas con ofrendas para la Virgen en alborotada y amorosa romería; la cabaña enterrada en nieve, la tienda de pastores circuida de luminarias, todos

estos paisajes, repito, la media luz, las puestas del sol, el sollozar del órgano, el clamoreo de la lluvia, el recogimiento de la celda me encantan con una alegría tan poco recatada que se me sube al rostro para exhibirse en una sonrisa interminable é ingenua.

¿Qué es esto, qué mutación es ésta?—me he preguntado de continuo sobresaltada, creyendo percibir, en los motivos que la determinan, algo, quizá, no enteramente exento de impureza; y harta ya de acudir sin éxito á mi razón, en busca de una respuesta satisfactoria, he apelado al consejo de Gabriela.

Gabriela, mi vecinita de celda, es una muchacha de mucho seso, como que va siendo vieja, tiene diez y seis años, casi tres más que yo, y es muy buena amiga.

—Lo que tú sientes—me dijo después de escuchar con mucho interés la historia de mi vida á partir de la temporada de Eldubiar,—lo que tú sientes es amor.

—Con cuya revelación—le respondí—me quedo tan confusa como lo estaba antes.

—¡Ah! de modo que asientes... es decir, das por sentado que, en efecto, amas...

—Pues sí. ¿Es pecado tal vez?

—Albertita, por Dios, ¿te has vuelto loca? ¿Sabes tú lo que es amar?

—Lo sé, lo sé.

—Vaya, explícate.

—Es el resultado de la actividad del alma, como el resultado de la actividad de los ojos es ver, y el de la actividad de los nervios sentir, y el de la actividad de la razón pensar.

—¡Hola! ¡también metida en filosofía!...

—Filosofía... Mira tú: eso sí que ignoro lo que es. Fi-lo-so-fía... ¿Es quizá el número ocho de los pecados capitales?

—Te repito que no sabes lo que te pesas. Digo... ¡amar!

—¡Si será una cosa muy mala! ¿No amas tú á tus papás? ¿á tus hermanos? ¿á tus pobres? ¿á los niños? ¿á los viejos? ¿á la flor que se columpia en tus macetas? ¿al pajarillo que charla en tus ventanas?

—Eso es otra cosa. Pero, chica, ¿amar á los hombres!

—Y si yo no amo á ningún hombre.

—Acabemos. ¿Á quién amas tú?

—Pues á un huerfanito.

—¡Ah! Pues me tomo con tu venia una pausa de cinco minutos para reir

Dicho y hecho: Gabriela se balanceó alborozada sobre su silla, y estuvo largo rato riendo con estrépito. Yo quise abandonarla, herida en mi corazón por su burleta, pero me detuvo apretándome cariñosamente la mano, y continuó:

—Hija mía, son tus inocencias de tal índole, que á mí, que te conozco mucho, me hacen reir, pero que á cualquier otra persona que no te conociera tanto, y te estimara, le harían llorar. ¡Bah, bah! ¿Conque un huerfanito no es un hombre?

—Al menos, no es un hombre cualquiera.

—¡Ya!...

—Es una criatura necesitada de afecto, y no sé por qué hemos de negársele, sin hacernos reos de egoísmo, cuando no podemos, sin infringir las obras de mi-

sericordia, negar pan al hambriento.

—¿Sabes que ya no me vas pareciendo inocente? ¡Caramba! ¡si la inocente seré yo!

—Crees... ¿qué crees, Gabriela? Yo soy bondadosa, caritativa. No lo puedo remediar. Quiero á Leandro porque me da lástima; de verdad, porque me da lástima. ¿No te la da á ti también? ¡Pobrecito!... Mira, no tiene parientes, ni hermanas, ni primas...

—Poco á poco. Prima puede llegar á encontrarla en ti.

—Quita, tonta. Mamá nunca me ha dicho que tuviera yo ningún primo; y querrás saber tú más que mamá.

—Bien, bien, continúa.

—Ya ves, el pobrecito no tiene parientes, ni amigos, ni tutores... ¡ni juguetes! ¡Vaya! ¡si parte el corazón!...

—Éste es el cuento de nunca acabar. En fin, Albertita, para que me entiendas, te diré que no es que tú ames al huermanillo, sino que te gusta Leandro.

—Gustar... gustarme... ¡Ah! no me avergüences, Gabriela. Tú has preten-

dido decirme con eso alguna cosa mala. ¡Y tan mala!... Tú has querido decirme que yo soy capaz de comerme á los hombres, porque lo que gusta ó no gusta es lo que se paladea.

—Ahí, desventurada, ahí está el peligro; en que el amor se paladea. Tú creías que siendo como él es una cosa espiritual, sin cuerpo, sin realidad, sin formas, no podía comerse y por lo tanto indigestarse. Pues ya lo sabes: el amor se come. ¡Ah, si se estuviera acurrucadito en los repliegues del corazón, muy santo y muy bueno, pero cuando menos una lo piensa se escabulle á los sentidos, y como son propiedades de los sentidos el palpar, el tocar y el gustar, se palpa, se toca, se gusta, y... perdición!

—¡Dios mío!...

—Chiquilla, ¿vas á llorar?

—Es decir, que yo no puedo tener lástima...

—No puedes; te lo aseguro de veras, no puedes. El amor es como las calenturas, que entran de muchos modos. Unas con frío y otras sin frío; unas poquito á

poco y otras de golpe. El amor en las mujeres formales entra de sopetón, como en casa que le es conocida; pero en nosotras, las rapazuelas, entra con muchos disfraces y muchas mañas. Cuando vemos un joven y decimos: «¡Pobrecillo!» malo, eso es que tenemos ya una espina dentro; cuando exclamamos: «¡Es tan desgraciado!» malísimo, eso es que acabamos de ser invadidas, y cuando le compadecemos, ¡Jesús! eso es el síntoma de la invasión general y definitiva.

—De suerte que, según tu teoría, yo estoy enamorada de Leandro, y soy víctima de ese amor que se palpa... se toca...

—Muy bien, hija mía. Al fin conclúiste por entenderme.

—¿Y deberé renunciar?...

—Chica, es lo que te decía. Si no se complicaran los sentidos... ¡Pero vaya usted á poner linderos entre el alma y la carne! Tú misma lo notarás por tu propia cuenta. Hoy Leandro se conforma con beber de tus ojos luz, poesía, idealidad; pero mañana querrá beber de tu aliento, y teniendo en tus labios el ma-

nantial cercano, aproximará los suyos y... vamos, sonará el primer beso. Después... ¡ah! después de la primer caída... ¡todo!... Pero... oye... Albertita, Albertita, ¿qué es eso? ¿Estás llorando? ¡Dios mío, llorando! ¿Por qué? ¿Acaso?... ¿Es que Leandro te dejó algo en el rostro como prenda de amor inacabable el día de su partida de Eldubiar?

—Sí, sí, y te lo confieso para aliviar mi pesadumbre.

—Bueno, pero tú...

—Yo me puse muy encendida y muy triste y muy enojada y estuve á punto de regañarle, pero me dijo... aún recuerdo sus mismas palabras, me dijo: «tonta, no te enfades; un beso es sencillamente el murmullo de dos almas que se asoman á los labios para decirse cosas muy tiernas.»

—Y tenía razón. Un murmullo... si hubiera sido huracán.. Pero murmullo, murmullo... El murmullo no destroza los árboles, ni derriba las tejas, ni vocea, ni escandaliza, ni mata.

—¡Ah! te complaces, Gabriela, en aña-

dir á la amargura de mi congoja el ridículo de tus burlas. No merecía yo de ti...

—Las burlas han sido antes. Ahora es cuando empiezo á ser formal. ¡Inocente! y ¡cómo te has tragado todas las boberías que se me ha ocurrido decirte! ¿No has comprendido que te embromaba? Ama, ama de todo corazón al pobrecillo huérfano, que en ello no hay cosa de que puedas avergonzarte y sí mucho que deba merecerte la estimación de ti misma. Tú lo has dicho y expresado con elocuencia sencilla y conmovedora: la necesidad del cariño es más apremiante, más tremenda, más imperiosa que la necesidad del pan, y si pertenece á las obras de misericordia dar de comer al hambriento, á esas obras pertenecerá también dar asilo en el alma hospitalaria á otra alma desposeída de todo afecto... Lástima... sentir lástima, ¿cómo podías tú creer que esto fuese nocivo, reprochable, pecaminoso? Todo lo contrario: compadecerse del que inspira compasión es dignificarse. ¡Malaventurados los duros

de corazón, porque ellos, no sabiendo perdonar, querer y sentir, no tendrán derecho á ser sentidos, queridos y perdonados! Adora, te repito que adores á Leandro, porque alguien ha de llenar el vacío de su madre, y es dicha hermosa para ti empezar á edad tan temprana los oficios de madre.

—Gabriela, dímelo por Dios, ya sabes que te lo pido por Dios, ¿es exacto que ahora hablas de veras? ¿Es exacto que yo puedo contribuir á llenar el vacío en que se agita un pobrecillo huérfano sin mengua de mí propia? ¿Es exacto que mentías cuando me conjurabas en nombre de mi reposo y de mi pureza á desviarme de la amistad de Leandro, y que ahora, al rogarme que no lo desampare, expresas lealmente tus sentimientos?

—Exacto... ¡que sí es exacto todo eso! ¿Cómo te atreves á dudarlo? ¿No revela mi mismo acento lo profundo de la convicción y toda la medida de mi sinceridad?... Podría ofrecerte también una prueba material que disipase por entero tus dudas.

—Una prueba material...

—¿La quieres?

—¡Ah!...

—Te la daré. Pero antes necesito someterte al siguiente interrogatorio: ¿crees tú que yo soy buena?

—Sí, hija mía.

—¿Crees que tengo el criterio necesario para distinguir lo lícito de lo no lícito?

—Sí, sí.

—¿Piensas, por consiguiente, que un actomío puede ejecutarlo, sin vacilación, cualquier niña candorosa, sentimental, bien educada?

—Mil veces sí.

—Pues... basta de misterios. Yo también *siento lástima*.

—¡Tú también!

—Por un pobrecito miope. Escúchame. Te digo que me escuches. Guillermo es un joven de diez y ocho años, rubio como un sol, esbelto como un ciprés, listo como un lince, con maneras de cortesano, pasiones de héroe, carácter apacible, fisonomía agradable; pero, hija mía, ¡contrasta de modo tan doloroso la luz de

su inteligencia con la opacidad de sus pupilas! ¡Ah! Si todo lo tuviese completo, yo no tendría por qué compadecerle y no me hubiese fijado en él, de seguro, dos veces seguidas. Soy, como tú, enemiga de compartir felicidades con nadie, y, en cambio, ¡me atrae tanto la desgracia! ¡Un muchacho largo de cuerpo, de fortuna, de ingenio y corto de vista! Vamos, ¡esto sí que parte el corazón! ¿Cómo no quererle? ¿Cómo no adorarle? ¡Pobrecito Guillermo! Tan pobrecito como Leandro, ¿no es verdad? Unos ojos apagados viene á ser lo mismo que un alma aterrida por la ausencia de los afectos. ¡Con cuánta razón sentimos las dos lástima! Y yo soy más desgraciada que tú, mucho más desgraciada, porque tú, al fin, tienes á Leandro lejos de tu lado, no podrías verle aunque te lo dejaran ver; puedes únicamente escribirle, y eso lo haces sin que nadie te vigile ni te estorbe. Pero yo tengo aquí, en esta misma población, á Guillermo, y ni le puedo ver, ni le puedo escribir, porque la madre abadesa, que es un vejestorio con muchas ridiculeces

y un corazón desjugado como una naranja seca, cree de veras lo que yo en broma te decía al principio: cree que las mujeres no podemos tener caridad á los hombres, aun siéndonos lícito tenerla á los perros, y enterada de mis *lástimas*, ha decidido mantenerme en una incomunicación absoluta con el hombre que el cielo parece destinarme como pretexto para ejercitar las obras de misericordia. Cier- to que he podido apelar á alguna de nues- tras compañeras pidiéndole su mediación, pero para contribuir de algún modo al resultado de una empresa caritativa, es necesario compenetrarse del noble espí- ritu que la alienta, y ¡vaya usted á pe- dirle á estas niñas de hoy, á estas niñas egoístas, incapaces de todo sacrificio, cooperaciones desinteresadas y genero- sas! Los que no comprenden el bien no pueden ayudar á realizarlo. Tú ya es otra cosa; tú gustas como yo de actos piadosos; gozas más que en tu propia di- cha en aliviar la carga de un dolor ajeno, y tú podrías... sí, sí; el cielo nos ha jun- tado, y pues ha querido dotarnos de la

misma blandura de corazón, y de la misma cristiana filantropía, debemos servirnos y protegernos mutuamente. Atítoca empezar, con gran desconsuelo de mi parte, que en esta obra común de recíproco desinterés desearía ser la primera... Tú no inspiras recelos á la madre priora, ni á nadie; por el mismo conducto que te has proporcionado para facilitar tu correspondencia con Leandro, puedes dejar establecido un hilo de comunicación entre Guillermo y yo. Además, no faltarán otros medios que más adelante te indicaré, para que tú misma le hables á Guillermo, y puedas de viva voz expresarle mis sentimientos, y expresarme á mí los suyos. ¿Lo harás, hija mía, lo harás? Eres tan buena, tan dócil... Pero ¡ah! ¡Cómo me atrevo á preguntártelo! ¡Pues no has de hacerlo tratándose de una obra de misericordia!

—Sí, Gabriela, yo te ayudaré. Tu compasión á Guillermo es noble, como lo es la mía á Leandro, y claro se está, tratándose de un noble empeño, mi ayuda no puede faltarle á nadie.

Gabriela entonces me abrazó, yo la abracé; nos besamos, lloramos hasta confundir nuestras lágrimas, expresión de la común alegría que sentíamos y que debía ser como el bautismo de nuestra amistad fraternal, sensible, desinteresada y eterna.

Ahí tienes, adorado Leandro, sin faltar punto ni coma, la reproducción del diálogo que sostuvimos, hace ya algunos dias, Gabriela y yo. Excuso decirte las angustias que sufrí cuando, abusando de mi credulidad y de su buen humor, Gabriela hizome concebir del amor pensamientos medrosos. ¡Dios mío! Verme obligada á elegir entre ser honesta ú olvidadiza, entre renunciar á tu afecto ó afrontar, con la insolencia de un corazón malsano, peligros de cierta índole. Afortunadamente, Gabriela vino pronto á mejor acuerdo y restableció el recto sentido de las cosas. Porque sus últimas manifestaciones fueron, sin duda, las verdaderas, la expresión legítima de sus convencimientos. De otra suerte, ¿cómo ella, tan cristiana, tan ruborosa, tan

perspicaz, habia de cultivar afectos nocivos? La prueba de que no me excedo ni delinco con quererte á tí, es que ella se permite también quererá Guillermo. ¡Ah! Y si vieras de qué excelentes cualidades, está adornado el inspirador de las lástimas de Gabriela! Da la casualidad de que ese muchacho es pariente muy próximo del señor magistrado compañero de papá, á cuya casa voy á comer muchos domingos, y allí, como es natural, concurre él y le hablo á placer de su colegialita. Guillermo es tan fino que, á pesar del gusto que tiene de saber de su amiga, para que la conversación no se haga pesada, discurriendo siempre sobre una misma persona, me interrumpe con frecuencia exclamando: «Ahora hablemos de usted,» y ¡me dice unas cosas!... ¡me echa unas flores! Vamos, ¡es tan bueno... tan bueno! ¡y gasta una conversación tan tierna... tan tierna! Me explico perfectamente que Gabriela le tenga lástima. Tan me lo explico, que yo misma comienzo á tenérsela... ¡Y pensar que uno tan despabilado, tan distinguido, tan lin-

do mozo es corto de vista! Sí, sí, dice bien mi pobre amiga: eso parte el corazón!

.....

En este instante siento pasos por la crujía y debe ser la monja de guardia... ¡Ah! temo ser descubierta. Estas buenas señoras, á fuerza de escrúpulos, llegan á sumar la pluma entre el número de las armas prohibidas, y si me sorprendiesen... Adiós, no me atrevo á seguir... Leandro, escíbeme mucho, mucho y pronto. Cuéntame todo. Te compadece, ó lo que es lo mismo, te adora tu hermanita

ALBERTA.





III



AS hecho mal en revelar á nadie secretos del corazón. Si sentias inquietudes y mudanzas de ánimo, la causa de cuya existencia deseabas conocer, aquí estaba yo, Albertita, tu protegido, es cierto, pero también tu médico y tu amigo. Después de todo, ¿qué hay entre nosotros que pueda parecer singular, reprobado ó extraño? Una corriente de simpatía inofensiva, una tierna amistad, un alma cristianamente pródiga que derrama el bien, y otra alma sencillamente agradecida que lo acepta y lo bendice. Tú, á fuerza

de compadecerme, me amas, y yo á fuerza de mostrarme reconocido, te amo también. Nos amamos y... en fin: hélo aquí todo... Dices que sólo con mi recuerdo vives. ¡Pues y yo! Yo vivo fuera del mundo, porque para mí todo el mundo se resume en ti, y en Eldubiar, que es el sitio donde te conocí. ¡Eldubiar!... Sueño, de día y de noche, si hablo y si medito, si río y si lloro, con sus graciosas alboradas y con el cantar de sus marineros, y la alegría de su playa, y el encanto de su sierra. Allí viviría contigo al borde de la playa, en una caseta de pescadores, ó, sin miedo á la soledad, en el ancho nido de la selva. Libros: leeríamos en nuestras almas. Estudio: cultivaríamos el de la naturaleza. Música: nos adormeceríamos con la de las olas. Espectáculos: la nevada y la tormenta. Sociedad: las aves y las flores. Espejo: el cielo y el arroyo. Grandezas: el mar y la montaña ..

Yo estoy aquí, mira tú si lo sabré, yo estoy aquí, en Granada. Pues no obstante, vivo entre el convento y Eldubiar; tanto, que si me preguntan de cosas

de por acá, respondo con cosas de por allá.

No hace mucho, ayer mismo, pude convencerme del estado de embobamiento en que estoy.

Era día de repaso general y fui sometido como los demás alumnos á un simulacro de examen.

Empezó el turno de las asignaturas por la de Física.

—¿Cómo se forman las nubes?—me preguntó el profesor.

—Con sus desdenes.

—¿Qué es la electricidad?

—Una serie infinita de menudos puntos de luz que empieza en sus grandes ojos azules y termina en el cielo.

—¿Qué es fuerza?

—La resistencia que puede oponer un cuerpo á amarla.

—¿Y materia?

—Lo primero que es necesario no tener para evitar la tentación liviana de comérsela.

—¿Qué es la pila de Volta?

—Pues una pila de mármol de las

canteras de Volta donde ella se baña.

—¿Y la botella de Leyden?

—Una redoma de arsénico para hacérsela tragar á quien me la ofenda.

—¿Cómo se llama la asignatura de que se está usted examinando?

—Albertita.

Entonces el profesor se echó á reir, rieron todos y yo desperté de mi pesadilla. Poco más ó menos me ocurrió en el repaso de las demás asignaturas. En fin, calabazas en toda la línea.

Ya ves, hermosa mía, que no te miento ni exagero. Fuera de ti estoy como fuera del concierto de toda realidad; aliento, pero no vivo, y obligada te hallas, por amor de Dios, á no olvidarme, obligación para ti fácil de cumplir, pues en el santo fuego de la caridad te abrasas, aunque riesgo corres de eludirla si das en la manía de ir solicitando de celda en celda pareceres de colegialas. Deténganse, por lo tanto, tus consultas en Gabriela, que no todas las niñas de su edad discurren con su aplomo y abundan en su ternura y dan muestras de su perspica-

cia; por cierto que su perspicacia... ¿qué te diré yo?... me parece... en fin, ¡que me parece demasiado su perspicacia! Pero, eso sí, es una santita. Consúltala, quíerela y... aun sírvela... con ciertas reservas naturalmente y en ciertos casos... Mira, ahí tienes tú: el caso de servirla en sus relaciones con Guillermo merece pensarse. No es que yo presuma... ¡cuidado! eso no; tu mediación en principio es digna de alabanza, pues que la obra que con él ejerce Gabriela queriéndolo es como la que tú conmigo ejerces, de misericordia, sencillamente de misericordia, y admitida la bondad de un acto, buenos son á la par, aunque en proporción distinta, el que lo ejecuta en calidad de autor y quien á su ejecución contribuye en calidad de cómplice.

Pero vamos á cuentas. Y si resultara ¡Dios mío! ¿y si resultara que el tal Guillermo no es corto de vista?... ¡Qué horror entonces! ¡Qué perversidad entonces!... Esta es la parte gorda, la parte oculta del negocio. Porque el *amor por lástima* es cosa meritísima, pero no así

por lástima á secas, sino por *lástima legítima*. De suerte que Gabriela se comportará como una heroína y tú merecerás elogio ayudándola; pero sólo en cuanto Guillermo padezca de miopía, y no de una cualquiera, sino de una miopía de «padre y muy señor mío.» Yo opino, por lo tanto, que tú debes excusarte con tu amiga, como mejor puedas, del compromiso de *traerle* y de *llevarle*, pues no te consta, ni hay posibilidad de que conste oficialmente, hasta qué punto es ó no exacto que Guillermo anda mal de los ojos, y, por consiguiente, hasta qué punto es ó no legítima la lástima de Gabriela. Si se tratara de una desgracia como la mía, el medio de adquirir la certeza de su realidad sería fácil; si dentro del orden mismo de las imperfecciones físicas se tratara de un cojo, ó vamos, en lo tocante también al órgano visual, de un tuerto, todo expediente de información estaría de más y habria que proveer, sin otros pronunciamientos, á la declaración de legitimidad de lástima ó de santidad de amor, que es lo mismo. ¡Pero vaya.

usted en un asunto tan serio á llevarse de la palabra de nadie, y sobre todo de la palabra del interesado! Y no hay solución; la cosa es tan difícil de probar, es de tal índole, que tendrías que confiarte á la buena fe de Guillermo, porque no habías de exigirle, para convencerte de su miopía, un certificado de la Academia de Medicina; de la Academia, que todo eso sería necesario para seguir las informaciones en rigor, pues los médicos sueltos acostumbran expedir certificados á placer de parte, hasta por plata suelta.

No, Albertita; dada la imposibilidad de una investigación segura, y en la duda de si Guillermo merece ó no la compasión de su amiga, debes, á todo trance, esquivar tu mediación, pues no se trata de errar ó de acertar en materia parva, sino en asunto en que el yerro puede ser grave pecado. Ya sé yo que Gabriela es incapaz de mentir á sabiendas, y su testimonio sería irrecusable, pero en otro caso, pues en el presente no puede saber más de lo que tú sabes, y con lo que

tú sabes no hay medio de ponerse siquiera á regular distancia del error. Ella te asegurará que Guillermo ve de día casi tanto como de noche, y lo creerá así; pero ¿es bastante que ella lo crea? Repito que Gabriela no pecará de mentirosa, pero puede pecar de tonta, y el que tontamente peca...

En fin, quedamos en que tú, sin decirle el motivo, sabrás excusarte de ayudarla en una obra que lo mismo puede ser de caridad que de perdición.

Y conste que mi exigencia es perfectamente racional, y no han podido, de modo alguno, inspirármela razones de malquerencia hacia tu amiga. ¡Oh! Pues si la desgracia de Guillermo estuviese justificada, ¡con cuánto gusto no aplaudiría yo los amores de Gabriela y tu participación, por lo tanto, en esa sublime labor! A menos de hacerme reo de inconsecuencia punible, encontrando en ella de censurable lo mismo que de noble hallo en ti y en otras. En ti y en otras, porque no eres tú sola la que se apiada de este pobre huerfanito. Escucha: yo

también voy casi todos los domingos á comer á casa de un señor muy encopetado, persona de la alta sociedad granadina y pariente de mi curador, el cual tiene cuatro niñas, todas ellas encantadoras, pero especialmente Rosario. ¡Ah! En Rosarito no hay rasgo, perfil, detalle que un jurado severo de pintores pudiera tachar. ¡Qué dibujo, qué tonos, qué esbeltez, qué hermosura! ¡Mira, gesticula, suspira, sonríe de un modo! Sus ojos, sus labios, sus pies... ¡Para qué cansarte! Rosarito realiza la perfección del tipo entre las morenas, como tú lo realizas entre las rubias. Además, ¡posee un corazón! ¡es tan buena! Figúrate tú si será buena, que apenas me conoce, y ya me tiene lástima. Sabe que tú andas por el mundo, que tú me la tienes también, y procura mezclar en sus conversaciones tu recuerdo para serme mayormente agradable; pero como yo pienso que nadie puede tomar tu nombre en boca sin profanarlo, para evitar todo asomo de profanación, la interrumpo muchas veces, cuando me habla de ti, murmurando

do: «No, hablemos de usted.» Ella entonces me mira... y yo la miro... y, en fin, ¡los dos nos miramos con unos ojos... con unos ojos que chorrean luz, mucha luz!

Hace seis ú ocho días me decía:

—Leandro, usted es muy bueno... ¡Hola!... Toma usted por lisonja... sepa usted que le hablo con el corazón: usted es muy bueno, y lo demuestra la protección que le otorga el cielo, porque, eso sí, no dudará usted de que el cielo le protege, pero mucho, pues le quitó una mamá y le ha deparado dos: mamá Alberta y mamá Rosarito!

¡Ah! ¡Si hubieras escuchado con qué donaire y con qué ternura dijo «mamá Rosarito», te la habrías comido á besos, y no habrías tenido palabras con que agradecerle lo extremoso de su solicitud en suplirte, para disminuir al huerfanillo las congojas, ya demasiado pesadas y demasiado largas, de tu ausencia!

Estas lástimas, las que me tenéis Rosario y tú, sí que son legítimas, no las de Gabriela. El amor inspirado por la caridad, ése sí que es el bueno. Cultívale,

cultívale, y no te avergüences en sentirlo. ¿Qué te parece á ti? Esas santas mujeres, esas monjitas, de cuya inspección te guardas, creyendo que tomarían á mal la compasión con que me confortas, abundan en tus sentimientos. ¡Ya ves! ¡Se dice que están desposadas con Jesucristo! Y lo están. Sienten, no lo dudes, lo mismo que tú, con la sola diferencia de que ellas aman al Creador y tú á la criatura; pero ellas, como tú, lo hacen por lástima. Si Jesucristo, materia augusta de su excelso amor, sólo representase el ideal de la grandeza, no lo querrían con tan ardoroso afecto; pero representa el ideal del sacrificio, lo miran desde su cruz y no desde su trono, y á medida que se les aparece más afligido, lo quieren más. Así observarás, por lo tanto, que cada monja tiene en su altarito una imagen de Jesús, pero de un Jesús, no con cara de pascua y en actitud de subir al cielo, sino de un Jesús con su correspondiente madero, su correspondiente corona de espinas y sus correspondientes manchas de almagra.

Alberta, adorada Alberta, imita el celo de esas ilustres religiosas, bajo cuya dirección te educas, y ámame, pues que tal tributo la caridad te impone. Cortesana, honesta y linda, cortesana del dolor, continúa haciendo, con tenacidad sublime, los honores á la majestad del dolor mío. No me dejes, por Dios, no me dejes á solas, sin tu ayuda, subir la áspera pendiente de la vida. Yo no soy el hombre, yo no soy el galán; soy el átomo errante. Para el hombre nada te pido, pero el huérfano te pide amor; Albertita, mucho amor, amor sin disfraz y sin eclipse, sin medida y sin término.





IV



o, no; eso sí que no. ¿Dónde, querido Leandro, has visto tú que nadie tenga dos mamás? Yo no te impondré una determinada; tampoco te disputaré la libertad de elección, pero te exijo que te resuelvas por una sola. ¿Lo sabes? por una sola. Ahora estás á tiempo, elige: ó mamá Rosario ó mamá Albertita. Y... mira: casi casi estoy decidida á darte hecha la elección, diciéndote: «ya no te amo,» porque á mí no me gustan los niños avaros ni desconfiados, y al recibir de una mujer extraña las ternuras que yo sola estoy

obligada á prodigarte demostraciones de confianza ó avaricia.

Pero no, no te abandonaré; menos hoy que nunca, pues si me dabas lástima viéndote sin madre, más lástima me darías viéndote entregado á la amistad equívoca de una muchacha voluntariosa, que sería peor que verte en manos de madrastra. Rosario... ¡bah! no la conozco, y sin embargo podría asegurarte que es una hipócrita. ¡Hace cuatro días que te trata y ya dice que te adora! ¡Qué es eso sino pura hipocresía!

Tú eres muy candoroso, Leandro; todo lo que pasa por tus oídos llega á tu alma sin detenerse en la razón, y así, llevándote de las palabras, nunca sabrás quién te quiere bien ni quién te quiere mal, y no serán pocos los yerros que inadvertidamente cometas y los desengaños que inmerecidamente sufras. Yo, aunque con menos edad que tú, conozco más el mundo, porque me fijo en las cosas, y bajo la autoridad de mi mayor experiencia te advierto que Rosarito tiene mucho de entrometida, de antojadiza, de envi-

diosa, y que... no te conviene estrechar vínculos con Rosarito. Los que ya te hayas creado rómpelos con un alejamiento absoluto. Este, al menos, es mi deseo, y justo será que lo satisfagas tan puntualmente como satisface el tuyo dejando á Gabriela incomunicada con Guillermo, pero en absoluto incomunicada. Vamos, mira si llevaré hasta la exageración el cumplimiento de tu consejo, que me paso en casa del señor magistrado compañero de papá las horas muertas charlando con Guillermo y ni siquiera le hablo una sola palabra de Gabriela. Lo extraño es que el pobrecito, comprendiendo acaso la razón piadosa que he tenido para renunciar á mis funciones de mensajera, tampoco me habla una sola, pero una sola palabra de su amiga, y aun muéstrase regocijado con mi conversación para no entristecerme con su congoja, que grande y muy grande debe de sentirla de vivir en uno tan profundo aislamiento de la mujer amada. ¡Infeliz! Su desventura más interesa cuanto mayor es la dignidad con que procura ocul-

tarla, y ahora es cuando se coloca en condiciones de inspirar compasión, pero no á Gabriela, que desconoce el estado de su ánimo, sino á mí, que de cerca lo examino y lo contemplo. ¡Tengo un alma tan sensible! ¡Ah! Y yo que sé lo que angustia una pena comprimida, de ver llorar no lloro tanto como de ver sonreirse á quien, por hacer honor á su entereza, se sonríe cuando debía quejarse.

¡Qué más, Leandrito! Tú sabes de antiguo que cualquier cosilla me sonroja; jamás, ni aun siendo muy niña, pude oír á mamá celebrarme sin sentir mucho calor en la cara. Pues ahora oigo á Guillermo decirme las mayores galanterías como quien oye llover. Y es porque, gracias á mi conocimiento del mundo, comprendo perfectamente que Guillermo, aunque habla conmigo, se dirige con la intención á su Gabriela, consiguiendo por este ingenioso modo desahogar su dolor y prolongar mi destino de mediadora entre mi amiga y él. Pero yo no quebranto tu precepto con ningún.

acto de intervención, y me callo; por otra parte, considero que las galanterías de Guillermo resbalan tan sólo sobre mí para ir derechamente á otro sitio, y no me pongo al oírlas verde ni colorada.

—Albertita—me dice,—es usted muy hermosa.

Yo no me encojo de hombros porque es una figura muy fea, pero le miro de un modo como diciéndole: «Tonto, si ya sé que eso va con otra».

—Está usted—continúa,—está usted en capullo. Es usted una rosa á medio abrir, y sin embargo no la cambiaría por todos los rosales del mundo. ¡Qué color, qué frescura, qué perfume!

Yo le vuelvo á mirar con cierto desco-co, y él prosigue:

—La vida me agobia como un fardo pesado, y usted con una frase, con una sola frase, me aliviaría la carga. Albertita, ¿me quiere usted?...

Á tan peregrina pregunta le respondo con una exclamación de extrañeza, y el pobrecillo exclama en tono lastimero:

—Ya sé que en el Paraíso no se entra

de balde, que á la altura no se sube de repente, que la paz no se hereda, que la felicidad no se obtiene á título gracioso, y como el amor de usted sería para mí la felicidad, la paz, el paraíso, no le digo «ámeme usted», pero le digo «desde hoy lucharé con la fortuna á brazo partido si es necesario para conquistarme su corazón».

Yo á todas estas cosas no le respondo ya ni con los ojos, ni con los labios, ni con la lengua; es decir, no le miro, ni me sonrío, ni pronuncio palabra. Suspiro sencillamente como demostrándole la lástima que me produce verle dar tantos rodeos para hablar de Gabriela sin pronunciar su nombre.

Observarás, Leandrito, por este relato minucioso, que no me salgo ni en un solo punto de tus instrucciones. Paso por todo, absolutamente por todo, antes de caer en la tentación de seguir ayudando á Gabriela en una obra que, como tú dices, puede muy bien resultar obra de perdición... Si ella lo desea, que busque *otra que le traiga y que le lleve.*

La verdad es, y créete que yo no lo había adivinado hasta que tú me lo has hecho notar, la verdad es que eso de entregar el corazón al primer hombre que se llama infeliz, eso no es amor, ó al menos, no es el amor puro, sino el amor prohibido. ¡Cuidado con Gabriela! Y no será porque le falten tiempo y discreción para distinguir de colores y comprender que el cariño otorgado á un joven por caridad, no es lícito otorgárselo bajo cualquier otro título y por razón distinta. ¡Te aseguro que me ha dado un chasco! ¡Ah! Desde hoy temeré su contagio, huiré de su compañía, le pondré la cruz, porque una muchacha que empieza su camino tropezando... ¡Y luego hablan de la edad, de la educación!... Pues ella tiene más años que yo y está muy bien educada. Sin embargo, ¡mira tú qué diferencia! Lo gracioso es que me decia, en broma, por supuesto, pero ni aun en broma me lo debió de decir, que á mí me gustaban los hombres... Á ella sí que le gustan; ¡vaya que si le gustan! Yo no; yo los amo porque me dan lástima. Por eso

te amo á ti, por eso comienzo á amar á Guillermo, por eso amaré á todos, á todos los malaventurados. Esto es lo legítimo, lo católico, apostólico y romano, ¿no es verdad, Leandrito? Claro está que tú serás siempre el primero, mi preferido, el principal pobre de mi parroquia, y aunque dé mucho á los demás, á ti no ha de faltarte, que para todos tengo, pues así como la ambición es vaso que jamás se llena, el corazón bondadoso nunca está vacío, por grandes que sean los beneficios que derrame. Ya sé yo que mi conducta no puede merecer censura ni reprimenda, y que mis cartas podrían leerse sin que nadie encontrara en ellas cosa que no fuese digna de alabanza; pero estas señoras son muy buenas, mucho, mucho; pero son también muy testarudas, y como se juzgan impecables, en diciendo «negro», negro ha de ser, aunque sea blanco. Han establecido que no escribamos más que á la familia, y eso con la obligación de darles á leer lo que escribimos. De modo que si me cogieran cualquiera de estas cartas... ¡figú

rate! ¡Y ahí verás! Tengo que escribirte á hurtadillas. Es decir, que en una santa casa como ésta, el bien se considera artículo de contrabando, porque yo escribiéndote no hago más que consolarte, y consolar al triste, no será la primera, pero no es la última de las obras de misericordia...

Voy á concluir, porque ya comprenderás los miedos que me cuesta cada una de estas líneas; pero no lo haré sin decirte de nuevo que mamá Rosarito me carga, y que si no tomas mi consejo, si no la abandonas pronto, muy pronto, corres el peligro de llegar tú también á serme indigesto.

¡Ah! piensa que no es justo que nos iguales á las dos con una misma consideración, cuando ambas debemos resultar á tu vista con una diferencia bien notoria, con la diferencia de que ella se ríe de ti, y yo lloro por ti.

Adiós, Leandro, adiós, adiós. Olvidala y no me olvides.

ALBERTA.





V



OLA! ¡hola!, amiga mía... ¡Conque no se pueden tener dos más! ¿Sí? Pues tampoco se pueden sentir dos lástimas. Resta tú de tus compasiones al pobrecito Guillermo, y yo suprimiré de mi familia novísima á mamá Rosarito, supresión que no ha de costarme las mayores ansias, pues, aunque te sorprenda, te diré que la tal mujer sólo ha existido en mi fantasía.

Créelo, ni mi tutor tiene parientes en esta población, ni yo salgo del colegio, como no sea en comunidad, ni hay una sola palabra de cierto en toda la historia

de la supuesta niña que tan malos ratos te ha dado. Pero ¿por qué la has inventado?—me preguntarás. Telo diré. Mira: la desesperante ingenuidad con que me hablabas de tus dulces y expresivos coloquios con Guillermo, levantó ampollas en mi alma, y estuve á punto de decirte: «No has salido del cascarón y ya coqueteas. Coquetilla, coquetilla, olvídate de mí y que el cielo no castigue tu inconstancia, procurando que ese zagal te quiera menos de lo que yo te he querido»; pero dominado el primer ímpetu, caí en la cuenta de que me ofendías sin saberlo, y pensé que, si era lícito advertirte, no lo era reprenderte; todavía más: temeroso de acongojarte, señalando con la rudeza de la palabra tu yerro, quise que lo advirtieras por ti misma, é inventé entonces la fábula de Rosarito frente á la historia real de Guillermo, es decir, coloqué las cosas de modo que tú exhalaras la primer queja, á pesar de ser yo el primeramente agraviado, pues sólo sabiendo tú lo que duelen las bondades de un amante tenidas con una extraña, po-

días por ti misma conocer todo el daño que me habías causado con tus atenciones dispensadas á Guillermo.

La lección, pues, está dada en interés de ambos, y no reincidirás. Por mi parte, como no he pecado, riesgo no corro de reincidir.

No, no, hija mía; basta de obras de misericordia ejercidas irreflexivamente. Pon freno á tu piedad, y piensa que lo mismo nos conduce al error un corazón menguado que una honrada voluntad mal dirigida.

Ha llegado la hora de llamar las cosas por su nombre, y juzgo provechoso reducir á sus verdaderos límites *la teoría de las lástimas*. Realmente yo no desconfío de tu bondad, pero pasarse de buenos es casi casi como pasarse de listos y... vamos, Albertita, que el diablo las descarga y apunta sin escopeta.

Sábetete, pues, hermosa mía, que la mirada que dirijas y la compasión que tengas á otro hombre, es luz que me robas y escarnio que me haces, y pues me amas á mí, sólo á mí debes ofrecerte en

eternal ofrenda, dado que el amor es, por su naturaleza, infraccionable é indivisible.

Eso de las simpatías peligrosas y de las compasiones culpables dejará de parecerte extraño cuando vayamos entrando en materia. Si yo desperté en ti sentimientos, sobre cuya trascendencia te advierto hoy, fué porque el alma de una niña inocente y hermosa como tú está muy cerca del cielo, y no se puede de un brinco trepar á ella. La simpatía inspirada por mi orfandad me sirvió de andamio; pero he subido; la escala ya no existe, pues que la altura está escalada, y sólo, de todo aquello, queda como hecho incontrovertible y real que yo vivo dentro de ti misma. No soy ya, no, el huérfano, sino el amante .. Pero no te inquietes; mi amor es puro como el aroma de las flores silvestres, como el néctar de los dioses, como el oro de las arenas de los ríos asiáticos y el aliento de los pinares de las altas sierras.

Todo es en mí ternura; ternura no exenta ciertamente de energía, porque

si capaz fueras de aborrecerme, capaz yo sería de apagar el sol con mis lágrimas para asociar la naturaleza toda á mi duelo y de aprisionar el aire entre mis brazos para impedir, haciendo imposible la existencia humana, ser, en tu pecho, por otro hombre reemplazado; que el amor me fortalece, y el poder del amor mayor es que el del Júpiter, según los versos de Menandro, de que hablaba el padre Homar, mi inolvidable maestro de literatura griega.

Y aun así, aun hacia el olvido por tu desprecio lanzado, jamás yo lograría olvidarte. ¡Oh, nunca! Antes olvidaría el pájaro volador el huerto donde sesteaba y el suspiro el mensaje del pecho que lo envía.

Hoy, hoy mismo, que tan deleitosa me es la existencia, prefiero hallar mi láziga en tu falda que mi tálamo en la alcoba de una reina. Estoy á ti tan estrechamente unido como el corimbo á la yedra y la yedra al muro. Sin embargo, no siento la glotonería del sensualismo, sino la voluptuosidad de los placeres

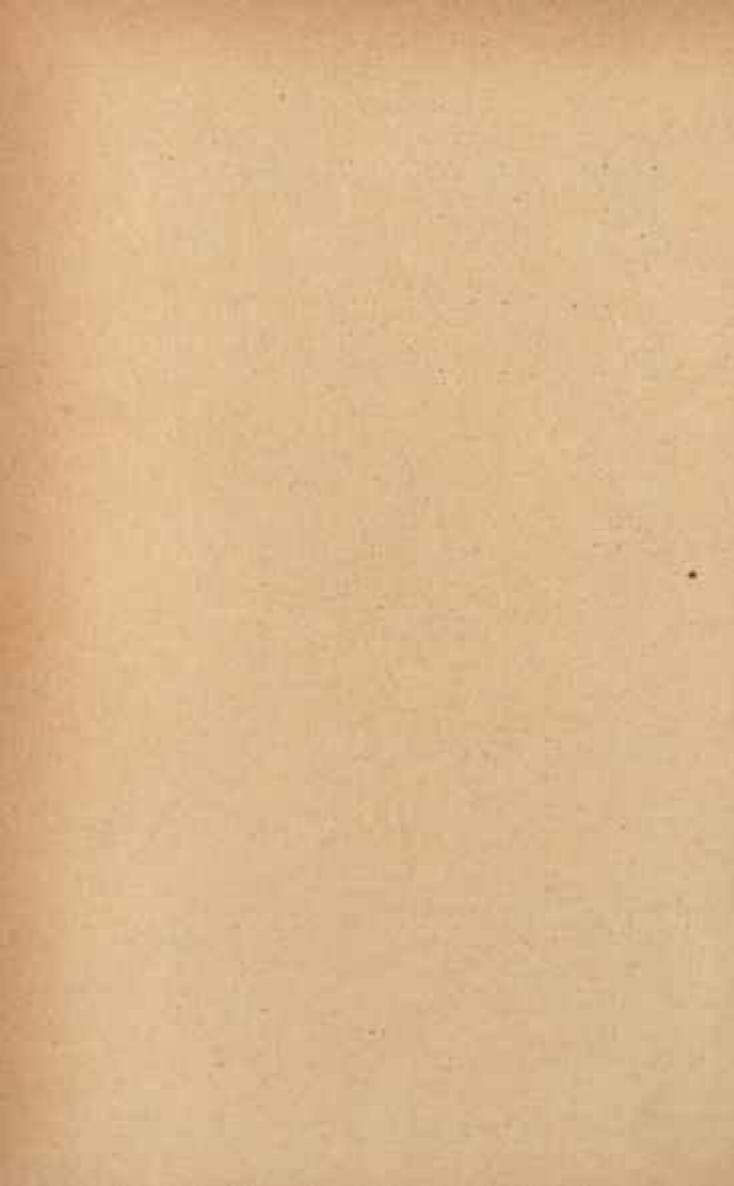
eróticos. Te admiro, y el deseo de poseerte no me atosiga con esa tormentosa inquietud de la gula, excitada á la vista del manjar codiciado. Algún día mis brazos buscarán tus brazos, mis labios buscarán tus labios, mi seno buscará tu seno, pero sólo por la ambición de engrandecer, que sólo la mujer es grande cuando es madre. Y ¡ah! eso sí, para llegar al amor de madre es imprescindible pasar por el amor de esposa, y como esta transformación no puede realizarse en el éter, sino en la tierra, el lazo que une nuestras almas, que es lazo corredizo, tendrá que bajar, bajará fácilmente hasta ceñir nuestras carnes, y entonces... entonces, Alberta, por experiencia propia, necesitaremos creer en el *misterio de la encarnación*.

No imagines por eso que Cupidillo se come á nadie, según decía Gabriela. Es que todo cuanto existe resultaría insulso si no nos ayudasen los sentidos á comprenderlo y admirarlo; y así como el concepto mismo del cielo y de la naturaleza sería un concepto vacío sin el sentido de

la vista, así la felicidad del amor en enigma quedaría, si para comprenderla y estimarla no nos ayudásemos del sentido del tacto.

¡Ah! ¿Cuándo permitirá Dios que llegue el día?... ¡Estoy tan solo sin ti!... Quisiera... quisiera... Pero, Albertita, mejor te expresarán mis ansias estos versos de un tal Anacreonte que oí también al padre Homar, el célebre profesor de literatura griega y de otras cosas menos clásicas, aunque no menos incitativas:

Quisiera ser la cinta
que pende de tu cuello,
quisiera ser la joya
adorno de tu pecho,
quisiera ser el agua
con que lavas tu cuerpo,
y fuera la sandalia
que ciñe tu pie bello,
que por tu planta hollado
viviera yo contento.





VI



ESULTA , en definitiva , pícaro Leandro, que engañosamente me has conducido al borde de un precipicio, donde no es posible continuar ni retroceder, sino despeñarse ó reposar en tus brazos. Mucho me holgara no haber venido á tal extremo; pero ya llegada, fuerza es confesar que yo sólo en tu seno reposaré á gusto, pues ¡te amo! Y con un amor puro también, pero inquieto, escabroso , atropellado. Experimento desde hace poco, dentro del alma, cierta escandalosa alegría mezclada de un tan extraño malestar... ¡Tengo unos sueños! Sueño que te alejas, que te

llamo... que me besas, que me escapo; que lloro, que sonríes, que caes, que voy á cogerte, y... que... ¡caemos juntos!... ¡Siento una pesadez en la cabeza y una somnolencia en los ojos y un ardor en las mejillas y un hormigueo en los nervios y un retozar en toda la sangre!... en fin, siento esa dulce vaga inquietud que deben sentir los árboles cuando empiezan á correr las savias.

¡Ah! y luego me asustas hablándome de un día en que tus labios y mis labios, tus brazos y mis brazos!... No, Leandrico, eso no. Acercarse tanto... Te digo que no. ¡Por supuesto, tengo unas ansias de oirme llamar mamá! ¡Me gusta tanto la música! ¡y suena tan bien esa palabra! Procura que me llamen así pronto, muy pronto, aunque sin aproximarte, ¿lo oyes?... Pero... si no es mentira que para llegar al amor de madre es preciso pasar por el amor de esposa, cuyo tránsito imponedeterminados sacrificios, entonces... ¡sea todo por Dios! entonces realicemos eso que tú llamas el *misterio de la encarnación*.

No olvides que la vida es corta, y si una tiene que ser esposa, madre, abuela (lo de abuela es muy apetitoso, pues dicen que se quieren más los nietos que los hijos), comprenderás que no hay tiempo que perder, y es preciso que formalices las cosas, le hables á papá y me saques de aquí.

Yo no puedo seguir con tantas penas. Mira que mis labios, antes siempre frescos, están cálidos; que mis ojos, siempre limpios, turbios están; que suspiro y no me consuelo; que grito y no me oyes, que lloro y no me alivio; que la parte desconocida del amor me espanta, y es menos horrible llegar al fondo del enigma; que la felicidad vista de lado me exaspera, que así no me va bien, y... en fin, que pronto cumpliré catorce años y no soy ya ninguna niña.

Anhelosa de dar con la explicación de este goce sofocante que desde fecha reciente me mantiene en una especie de vida artificial, habría deseado reconocerme el alma; pero como el alma no se ve, he mirado á mi cuerpo, y en pocos días

¡he experimentado tales mutaciones!... Leandro, te aseguro de nuevo que no soy ya ninguna niña.

Formaliza, pues, este asunto, acorta los plazos, habla como galán, pero piensa como hombre, y si es cierto que quisieras ser la joya que me adornara, el agua donde me lavara, la sandalia que mi pie ciñese; si es cierto todo esto... ¡cuéntaselo á papá!...

Ahora va de veras... La monjita de guardia se encamina á mi celda... Pero estas líneas procuraré salvarlas y las recibirás. En otra carta me explicaré, porque hoy, lo reconozco, he andado demasiado reservada... ¡Sentía tanto rubor!





VII

SR. D. J. L. M.,

*Magistrado de la Audiencia de****

En el nombre de Dios Todopoderoso me confieso atribulada por el dolor que producirá á usted, y que á mí ya me ha producido, la lectura de los papeles adjuntos, de cuyo hallazgo soy deudora á la Providencia.

Se los envió verdaderamente acongojada, pero protestando de que mi sentimiento se limita sólo á deplorar males ajenos, pues en punto á las causas que determinan la realización del que á usted tan directamente atañe, declino toda

responsabilidad. Nosotras recibimos aquí niñas en concepto de educandas. Nuestra misión es enseñar, y procuramos llenarla cumplidamente con la ayuda, por supuesto, de la Divina misericordia. Sí, respetable señor mío, creemos tratar con criaturitas necesitadas de ilustración, no con delincuentes, cuyo rastro está llamada á olfatear la policía, y juzgándonos no enteramente inútiles para la cátedra, nos declaramos resueltamente ineptas para el espionaje. No es mucho, pues, que lo ocurrido haya podido ocurrir, sin lograr, por nuestra parte, evitarlo, ni siquiera conocerlo en coyuntura mejor. La precocidad (sentiría que se me hubiese ido la pluma y hubiera puesto procacidad, pues voy viendo cada día menos), la precocidad que revela el lenguaje de la colegialita angustiará el corazón de padre de usted muy profundamente. Pero, señor, cuando á los trece años ya las niñas se creen viejas (y éste es mal de la época presente), no es en absoluto extraño oír las expresarse en la forma en que lo hace su hija Alberta.

Cuesta lágrimas confesarlo; pero ¡ah! la mujer del día sólo se diferencia de la fiera en una, á la verdad, bien triste cosa: en la facilidad de ser cazada. Y desde que impropriamente se aplica á las jóvenes la palabra «educación», desde el instante en que sólo pueden ser no educadas, sino domesticadas, nosotras nada tenemos que hacer, y deponemos la autoridad moral de nuestro ministerio, del ministerio de la enseñanza, ante el látigo del domesticador.

Suprimo todo otro comentario, y le ruego venga, ó mande pronto persona autorizada que recoja á la colegiala, mejor dicho, á la excolegiala Alberta.

Su servidora y hermana en Jesucristo,

SOR AMALIA,

Abadesa de las Agustinas de Córdoba



CARTAS RURALES

DE VARIOS ELECTORES Á UN DIPUTADO





CARTA PRIMERA



MIGO mío: La gente de oposición quiere buscarme las cosquillas porque no le doy parte en el disfrute de la *dehesa de Propios*, y hablan de presentar una denuncia no sé á quién, ni fundada en qué. Como usted comprenderá, yo no concedo al caso importancia alguna, porque, ó no entiendo pizca de leyes, de filosofía, de gramática, ni de monarquía constitucional, ó es indiscutible mi derecho á impedir que en montes, fincas, heredades, etc., etc., de *Propios*, coman los *extraños*, y aquí los *extraños* son los que no votaron la can-

didatura de usted y los *propios* somos los que las votamos.

Repito que nada temo en el caso presente; pero como mis enemigos son pajaracos de cuenta, y á falta de razones se agarran á cualquier sutileza, le pongo á usted en guardia para que si la denuncia se formaliza detenga el brazo de la justicia, que no anda buena y acostumbra á dar palos de ciego. Suyo,

M. J.





II



EL Sr. D... nos ha provocado una disidencia grave en el partido, porque, no contento con tener trasconejadas más de quinientas fanegas de tierra de primera, quería que yo y los demás regidores firmásemos el correspondiente expedientejo, incluyéndole entre los fallidos.

Ya yo sé que es necesario repartir equitativamente el pan y el palo, dándole que llorar al adversario y que comer al amigo; ya yo sé que el amillaramiento es un arma política, y que con ella debe sacudírsele la bolsa á quien con uno

no coincide; pero yo también sé que si se cuelga toda la carne en el mismo asador, ¡adiós reala! porque todos los perros, es decir, todos los correligionarios, á cual más, á cual menos, se esfuerzan en el ojeo electoral por cazar votos para las candidaturas ministeriales, y en este punto no es posible hacer espléndidas concesiones á unos sin perjudicar al resto de los compadres.

Tal reflexión habría convencido á cualquiera, pero el Sr. D... no ha querido convencerse; se juzga agraviado, muy agraviado, especialmente por mí, y valiéndose de su carácter de subdelegado de medicina del distrito, ha girado una visita á mi oficina de farmacia, de resultas de cuya visita me está formando un expediente que arde en un candil, pues dice que expendo por quinina polvos de palos de campeche. No es su aseveración enteramente inexacta, y así debo declarárselo á usted para no desmerecer en su estimación andando con tapujos en un negocio menudo. Sí, es cierto que vendo quinina un poco adulterada, pero tam-

bién lo es que yo no me utilizo de la ventaja de la adulteración; sólo consigo reintegrarme por ese medio, y no enteramente, del importe de las medicinas que doy gratis á los electores pobres que votan con nosotros.

Ahora usted dispondrá lo mejor para romper las diligencias ya formadas, y todo puede ser, en definitiva, que dejemos al Sr. D... retirar otras cuantas fane-gas de tierra del amillaramiento, pues bien sabe Dios que yo no quiero camorras y menos con los de casa.

A. Z.





III



o sé si hará memoria de mí, señor diputado: yo soy el tío Pedro, en cuya casa se hospedó Vuencencia cuando vino á recorrer los pueblos del distrito; y por la gloria del patrón y la salud de mis piaras, que me cuesta mucha fatiga molestarle, temiendo vaya á pensar que ambiciono cobrarme con sus favores, de las cuatro vaquillas y la miserable cantineja que en dos días Vuecencia y los demás ilustres galafates que le acompañaban se comieron y bebieron en mi humilde mesa. Pero se trata de negocio peliagudo,

y me veo fuertemente obligado á escribirle.

Sabr  Vucenciaque mi Anto nicosiente en el alma un cosquilleo muy grande por la hija del tío Camuño.   María Pepa le hacen también cosquillas las miradas del zagal. Vamos, que los dos se *cosquillean*. Y yo muy entusiasmado con que los muchachos se casen. Pero el padre de la novia se opone á esta boda, no porque encuentre nada que echarle en cara á mi hijo, que la lleva limpia como cualquiera que se la afeite, ni nada que decir de sus procederes, que son tan rectos como los carrizos de cualquier zambomba. La oposición de Camuño se funda, aunque lo disimula, en que él tiene algunas cabezas más de ganado vacuno que yo, y menos hijos, y tierras de regadío, cuando las m as son de secano.

Los muchachos gimen, lloran, patean, y yo, sobrecogido de espanto, no vayan   cometer alguna diablurilla, cansados de pleitear en balde para juntarse   la buena de Dios, he buscado mil empeños sin conseguir ablandar, hasta el presen-

te, á mi futuro consuegro. Alimento la esperanza de rendirle, sin embargo; porque mire Vucencia: el tío Camuño es muy vanidoso; además, todas las cosas que traen el sello de Madrid le producen admiración, y cree que los Ministros no son nacidos por obra de varón, sino hijos del cielo. Por lo tanto, si Vucencia consiguiera, y fácil le es conseguirlo, que alguno de ellos escribiera al tío Camuño diciéndole que le complacería el casamiento de María Pepa con mi Antónico, todo quedaría allanado inmediatamente.

Haga Vucencia tan gran favor al más leal de sus servidores, y procure, como causa mayor no lo impida, que sea el Ministro de la Guerra quien escriba á mi consuegro, para que si no puede mover su ánimo el estímulo de la vanidad, lo mueva el aguijón del miedo, porque, cielo santo, ¡quién desaira á un Ministro, y por añadidura, Ministro de la Guerra!

EL TÍO PEDRO.





IV

E me hace imposible seguir al frente del municipio como usted no venga en mi ayuda, pues con la tenaz sequía de que somos víctimas, las fuentes públicas no corren, lloran alguna que otra gota.

Podría, sin embargo, abastecerse la población realizando determinadas obras en la reguera de la villa; pero esto es costoso, y no ya lo consignado en el presupuesto para cañerías, empedrados, caminos, etc., etc., sino varias cantidades procedentes del pósito y de beneficencia, se gastaron en pólvora, música, campa-

nas y en darles de comer á los secretarios escrutadores y demás agregados el día de la proclamación.

Yo no sé cómo no me han arrastrado ya, ó por mejor decir, sí lo sé: no me han arrastrado porque todo lo paga el cielo, aunque la verdad es que, con sequía y sin ella, las fuentes andarían enjutas, pues toda el agua se echó en el molino de usted para moler la candidatura contraria.

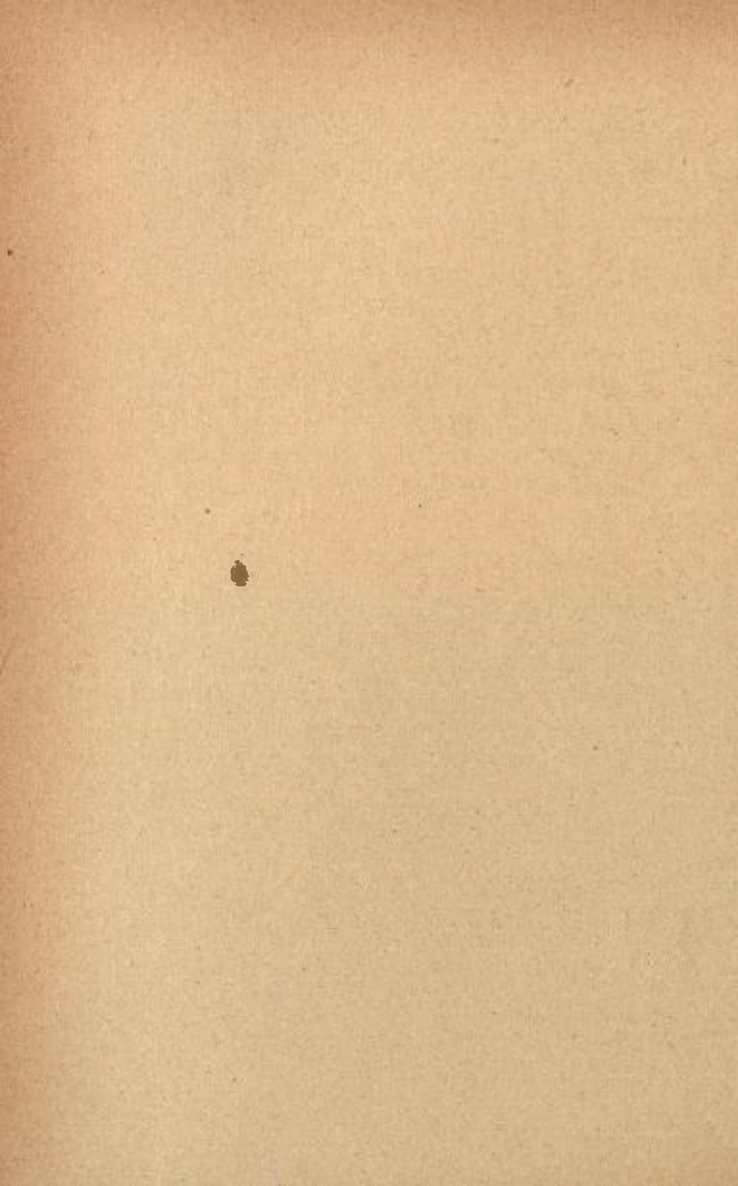
Este recuerdo debe de estimular su gratitud, y procurará usted dar ahí un buen apretón para conseguir, con destino al pueblo de mi mando, algunos cuartos procedentes del fondo de calamidades. No deje usted de remitirlos presto, y yo cuidaré que la gente no se muera de sed; quiere decir, que si no bebe agua, porque los veneros se hayan agotado totalmente, beberá vino. Tampoco forme usted empeño particular en que los cuartos que se nos remitan procedan de sitio determinado; nosotros no somos exigentes, y nos importa lo mismo que salgan de cualquier otro escondite ministerial. En

la secretaria de Estado dicen que radica una dependencia que se llama *Comisaría de los Santos Lugares*, y que allí existe un fondo dedicado á *obras pías*.

Si usted quiere y le cuesta menos trabajo, de ese fondo puede girarnos; así como así, se trata de una obra verdaderamente cristiana: se trata de dar de beber al sediento.

B. G







V



OR este correo recibirá usted carta del Sr. A. Z.—cuya botica es el centro de la grey ministerial, —dándole pormenores del expediente que le ha formado nuestro exco-rreligionario D..., por si la quinina que expende es más ó menos amarga.

También habrá usted recibido, ó recibirá muy pronto, ó tal vez reciba en este correo mismo, varias misivas de electores leales de los pueblos del distrito, recomendándole la gestión de asuntos que previamente han consultado conmigo, y es preciso que usted, sin demora, los

complazca. Mire usted que vendrán otras elecciones; que será preciso luchar de nuevo; que no hay éxito sin disciplina, y que la disciplina, así como en el ejército se sostiene á fuerza de pólvora, entre la gente política sólo se conserva á fuerza de azúcar. El amigo que no obtiene la estimación debida, pide la absoluta y se recoge en otras banderas. Esto no es dirigir cargos al patriotismo de nadie, pero la verdad es que quien al altar sirve, justo es que del altar coma.

No olvide usted, no, siquiera por la cuenta que le tiene, mis observaciones, y dese prisa á matar el hambre y alentar el apetito de los nuestros, que por este camino, si no se llega á la inmortalidad, se llega á la perpetuidad de las funciones legislativas.

Transcurridos algunos días, irá á verle una comisión del distrito con una nota de empleos, cuyas credenciales es preciso remesar á todo trance.

Por lo pronto me mandará usted las siguientes cartas de recomendación:

Una al rector de la Universidad de R.,

para que nombren profesora de la escuela de niñas del pueblo de M. á D.^a Joaquina Moreno. Dicha señora sólo pudo merecer que la aprobaran los ejercicios, y no va en terna. Pero es lo mismo. Si el rector quiere servirnos, no es necesario que la D.^a Joaquina vaya en terna. Basta con que se lo figure V. I.

Otra al vicepresidente de la comisión provincial para que procure la exención del servicio de las armas de todos los mozos sorteados en el actual reemplazo que reúnan la condición de ser hijos ó parientes hasta el sétimo grado de cualquiera de nuestros electores.

Otra al jefe económico, para que no apremie á aquellos de nuestros amigos que adeuden al Tesoro por cualquier concepto.

Otra al Papa D. León XIII, insinuante y muy vivita, que llevará probablemente á la mano el interesado, pidiéndole que declare la nulidad del matrimonio del señor J. J.

Y otra al coronel de la remonta de P., mandándole que durante la sementera

me facilite todas las yeguas de vientre, con el objeto de uncirlas y aplicarlas al arado, para que pueda yo, con auxilio tan importante, y sin perjuicio de nadie, sembrar mis cuatro granos en buena coyuntura.

He dejado de propósito para lo último darle una noticia que le será grandemente satisfactoria. D. Luis ***, vecino de S., primer contribuyente del distrito, y nuestro más poderoso adversario, me ha ofrecido pasarse á nuestro bando con la condición de que le prestemos todo nuestro influjo para que pueda echar una presa en el río X, y regar unos cuantos miles de fanegas de tierra, dejando de secano los infinitos huertos que hay por bajo en toda la línea de la ribera.

Esa pretensión, legalmente considerada, es monstruosa, y no habría recomendaciones bastantes en el mundo para hacerla triunfar en los tribunales superiores; pero los propietarios á quienes el proyecto de D. Luis perjudicaría, son; aunque muchos en número, gente inferior, casi gentuza, y una simple sentencia del

juzgado municipal contraria á sus reclamaciones les haría desistir de todo formal conato de reivindicación... En fin, si está usted conforme con la condición, el cumplimiento de la misma corre de mi cargo.

Conteste con urgencia, no demore el envío de las cartas ni el de las credenciales. Vamos, muévase usted mucho, pero mucho. Ya ve que en ello nada personalmente voy ganando. Yo soy un elector ideal; no pido nada para mí, y sólo trabajo por la mayor gloria del sistema representativo y por el mayor y mejor pasto del rebaño, cuya guarda vuestra previsión me tiene confiada.





VI

Excelentísimo, serenísimo y monísimo señor:



ESPETUOSAMENTE acudo á Vuecencia para jurarle, por todos los clavos de Cristo, que en adelante votaré siempre su candidatura, no sólo por la cuenta que me tiene, que sí me tiene, y mucha, sino porque me horroriza la idea de reincidir en el torpe pecado de desobediencia grave á la autoridad.

Pero por lo mismo que no recato mi culpa y que con llaneza me acuso, espero de su infinita bondad que me libre del odio de Garrapatas, como aquí se llama

al secretario de la bandada municipal, ó del Ayuntamiento, como Vucencias dicen por ahí. El tal infrascripto no me ha dejado con hueso que me quiera bien, ni hay repliegue en mi bolsillo adonde no haya metido su mano. Me tira al lomo, como el pastor salvaje á la oveja descarriada, y me agobia hasta dejarme en la espina de Santa Lucía.

A mi Bastianete, que todavía se fabrica trajes enteros con pedazos de mis colillos, lo ha hecho alcanzar á la marca; mientras que al hijo del alcalde, que es largo como un ciprés, lo ha *revenido* para que resulte corto.

En mi dehesa hay pastos para todos los regidores, menos para mis animales.

Mis caballerías andan siempre prestando el servicio de bagajes, y mi casa tiene siempre alojados á todos los que van y vienen.

Yo soy el responsable del gato que muerde, del perro que ladra, de toda el agua sucia que se vierte á la vía pública, de los cristales que rompen las rondas de zagales, y á nadie más que á mí le

toca hacer el gasto de papel de multas.

Llevo gastados más de mil reales en medicinas para mi hija Dolores, que se está muriendo de ictericia, porque le han matado, de orden del alcalde, sus dos canarios, pues dice Garrapatas que traían atronada toda la vecindad, y que el derecho propio se limita por el derecho ajeno. Esto, que, aunque yo no lo entiendo por intrincado, será muy justo, no impide que el mismo Garrapatas tenga en su portal una jauría, cuyos perros no dejan dormir á ningún vecino ni dejan col sana en ninguna huerta.

Me han lanzado de las cofradías, pues de todas es mayordomo Garrapatas, y, sin embargo, me cobran á la fuerza los recibos de hermano. Caín no hizo otro tanto con Abel. Lo mató, pero sin llevarle dinero.

Después de anohecido no podemos salir á la calle ni yo ni ninguno de los míos, pues aunque los señores del concejillo no son muy partidarios de la luz, ni nosotros somos jirones de tinieblas, nos alumbran, por mandato de la autoridad, con blandones de encina.

En materia de impuestos ¡oh! en esa materia, señor, ¡qué desventura! Sólo por consumo de sal me han repartido una cifra tan escandalosa que me he visto obligado á darle la cara al secretario.—¿Qué ha hecho usted conmigo?—le dije en presencia de otros señores del concejillo, con tranquilo enojo.—¿No ve su merced que tanto se le ha ido la pluma que no voy á poder pagar ni con frito por unos cuantos granos de sal que es lo que puedo comerme durante el año?

—¡Ah!—exclamó Garrapatas.—¿Quién tiene la culpa de eso? Como es usted tan aficionado á las empresas, ha habido que cargarle la mano en la previsión de que pueda quedarse con el suministro del gazpacho para todos los segadores de tierra baja.

Yo soy hombre sencillo, que no hago mal y me comporto bien, que sirvo ó no sirvo á la gente, pero que no sazonó las negativas con burlas, pues harto trabajo tiene el que pide con no ser atendido. Y como pienso que todos poseen mi condición, es necesario que la ironía chorree

hiel para que mi nariz la huela. Así, creyendo que en la respuesta de Garrapatas había mucha extravagancia, pero también su parte de formalidad, y que era, por lo tanto, caso de discutir, para provocar un acuerdo, repuse en tono de respetuosa ingenuidad:—¿En qué se funda usted, señor mío, para asegurar que pierdo el seso por las empresas? ¿Pues me he metido yo acaso nunca en ninguna empresa?—¡Toma!—replicó—¡como fué floja la que acometió usted en las elecciones pasadas queriendo derrotar al Gobierno!

Cuantos allí estaban presentes soltaron entonces el trapo á reír, y yo me marché avergonzado y afligido; pero hubo más: al volverme desde la puerta para decir «pásenlo bien sus mercedes», Garrapatas me hizo otra vez entrar y me dijo:

—Hombre, ya que está usted aquí, le ahorraremos ese viaje al cobrador; voy á que le entreguen el talón de su patente.

—¡Mi patente!—grité enfurecido.—
¿Tengo yo fábrica, tienda, almacén, má-

quina, industria, ni ejerzo arte, profesión, oficio ó cosa que lo valga? ¡Nombre de Dios! Esto desespera ya. ¿De qué es esa patente?

--Pues de eso... de eso que hablábamos... Vamos, hombre, sí, la patente de empresario.

Esta vez las risotadas fueron mayores y mi dolor... mi dolor indescriptible. Ignoro cómo pude irme á mi casa por mi propio pie.

Dígame Vucencia ahora si eso es lícito, si eso es noble, sobre todo tratándose de un hombre septuagenario.

Por supuesto que bien merecido me lo tengo, pues al fin erré, y no por falta de persona que me advirtiera con oportunidad. Mi pobre esposa, la tía Benita, que santa paz haya, me dijo desde el primer instante: «No votes con los caídos, que no estás en edad de hacer travesuras. Vete por lo ancho de la calle, que es lo más llano y lo más cómodo. El que no le teme á un alcalde de monterilla no le teme á un dolor de tripas. Eso de aspirar á que los electores le puedan á los Go-

bernadores, es tan imposible como que las gallinas se coman á las zorras. Mira: es preciso cumplir con Dios y con el César. Para vivir santamente no basta con llenar las obligaciones de todo fiel cristiano, que consisten en oír misa, confesar, permitir que el cerdo de San Antón se nos meta en la despensa y regalar al cura unas cuantas aves por pascua de Navidad ó antes si espera su ama la venida de algún sobrino; para vivir santamente es necesario también llenar las obligaciones de todo buen español, que consisten: en pagar los tributos sin decir «aquí me duele», entrar en filas cuando gritan «alinearse» y votarle al Gobierno sus candidatos para lo que quiera que sea, desde pregonero arriba».

Pero yo no hice caso de tan sabias advertencias y seguí en mal hora el rumbo de mi torpe pensamiento, que torpe fué, aunque no concebido en estado de odio, que hombre soy para servir á quien me busque, pero no para dañar á nadie con causa ó sin ella.

Diríase mejor que me perdieron las

apariencias y falsos cálculos sobre el bien obrar. Como los que acababan de salir del concejillo mostrábanse muy empapirotados y muy relucientes y muy limpicos, murmuré: «Estos son los buenos». Y como los que subieron necesitaron hasta pedir prestados los borceguíes el día de la toma de posesión y estaban muy sequerizos y muy atrasados de alpiste, exclamé así, para mis adentros se entiende: «¡Cuidado con la manada de gorriones que va á caer sobre los cuatro granos del pósito». Es verdad que también en esto no pequé de ignorancia, pues la tía Benita, que era muy leída y muy lince, me dijo en buena sazón: «Mira, Bartolo: para venir en conocimiento de cuáles son los mejores no te fijas en que los caballeros que han subido estaban ayer espulgándose al sol, y los que han bajado regüeldando ahitos, pues aquéllos, por lo mismo que hacía cuatro ó cinco hierbas que no habían visto el prado, tienen la barriga pegada á la sarta, y los otros, por lo mismo que salen de la montanera, están más relucientes...

Entre estos caballeros que van y vienen del concejillo no los hay peores ni mejores, todos son iguales. Además, así como el que no vive en la gracia de Dios es un empecatado, todo el que no vive en la gracia del Gobierno es un perdido... Por último, sábetelo que en política no hay buenos más que de real orden, y cuando te interese saber quiénes son los buenos, no tienes más que enterarte de quiénes son los que mandan.»

Yo, sin embargo, firme que firme; siempre en mis trece. No di oídos á tan leal consejera, y me eché como un loco por el despeñadero, es decir, voté con los caídos. De suerte que al primer tapón... Porque ha de saber Vucencia que yo no había votado en toda mi vida hasta entonces. ¡Y ojalá se me hubieran roto las manos antes de aproximarlas á aquella urna, donde uno mete un papeillo y saca, sin verla al pronto, una culebra que lo harta de latigazos y le aprieta el gaznate!

Por supuesto que la culpa principal, después de todo, la tienen esos cuatro

pillos que, queriendo servir al pueblo, han estado alborotando desde los periódicos para conseguir la universalización del sufragio electoral. ¡Digo, sufragio! ¡Vaya usted á ver! ¡Como si uno no tuviera bastante con sufragar las cargas municipales y otras mil, lo fuerzan á sufragar los errores y las desavenencias de los grandes políticos, metiéndole de hoz y de coz en las luchas electorales!

El que se come los panes que sufrague el gasto de la harina, y el que los hace torcidos que sufrague el perjuicio de no haberlos sacado derechos.

¡Pero uno que ni los hace ni se los come! ¿No es verdad, señor?

Además, ¿uno qué sabe para apreciar quién lleva la razón en esa respetabilísima marimorena que VV. SS. llaman Congreso, ni qué motivos tiene para discurrir el modo de deshacer nudos que no contribuyó á formar?

¡Por Dios, señor diputado! Si Vuecen-
cia y los otros excelentísimos señores pajarracos de la compañía legislativa tienen un poco de misericordia, quiten

siquiera al pegujalero, al pobre hombre del campo y de la cabaña, cuando menos, el sufragio electoral. Demasiado poseemos con el sufragio cereal, con el sufragio territorial, con el sufragio de sal y otra multitud de sufragios. Mire que á fuerza de tanta carga estamos molidos como borricos de sardinero. Y por lo que hace á mí especialmente, le digo que ando con un palmo de lengua fuera, y le ruego que mande, ó que me quiten de encima á Garrapatas, ó que me ahorquen de una vez. Las personas con quienes he consultado sobre el proyecto de escribirle, dicen que Vucencia se resolverá por lo último, porque es, aunque liberal, hombre de mucha justicia. Pero yo espero que Vucencia, como hijo ilustre del sistema parlamentario, no se negará á recibirme yendo á parlamentar, no ya con el arma al brazo y la frente erguida, sino todo yo mismo boca abajo, con lágrimas en los ojos, llena el alma de contrición y con verdadero propósito de votarle siempre, se entiende, mientras Vucencia sea bueno, es decir, mientras mande, pues

fuera de los que mandan no hay más que chusma, según aseguraba con su gracioso desparpajo la pobre tía Benita.

Á última hora, si Vuecencia juzga que el crimen de no haberle votado es imperdonable, no insistiré en reclamar un perdón de que no soy digno; pero siquiera cámbieme Vuecencia el instrumento. Con eso, que es bien poco, me conformo. Es decir, me allano á que en lugar de darme los azotes Garrapatas, me los dé otro cualquiera.

Excelentísimo, serenísimo y monísimo señor.

Besa vuestros pies vuestro muy amado siervo,

EL TÍO BARTOLO.

Posdata. El mejor añojillo que me han criado mis vacas se lo mandaré á usted dentro de algunos días con el co-sario de Madrid. Digo, si es que hay co-sario, que siempre lo habrá, pues de algún modo tendrá que comunicarse con

aquella población la gente de este lugar, que dista más de cien leguas. Yo no estoy enterado de nada, porque hasta lo de las elecciones no sabía que hubiera ningún pueblo que se llamara Madrid.

Por supuesto que este presente no es por nada, sino por gusto de que Vuecencia pruebe los pastos de esta sierra, que son muy nutritivos, que acebonan á un tísico y crían muy buena lana.

FIN DEL TOMO PRIMERO

	<u>Páginas.</u>
DEDICATORIA.....	VII
CARTA-PRÓLOGO.....	IX
JUICIO CRÍTICO DE LA PRENSA SOBRE LA PRIMERA EDICIÓN.....	XIII
PREFACIO.....	9

Correspondencia parlamentaria

CARTA	I.....	19
—	II.....	35
—	III.....	49
—	IV.....	63
—	V.....	77
—	VI.....	91
—	VII.....	99
—	VIII.....	105
—	IX.....	115
—	X.....	127
—	XI.....	147

Correspondencia amorosa

CARTA	I.....	181
—	II.....	191
—	III.....	211
—	IV.....	223
—	V.....	233
—	VI.....	241
—	VII.....	245

Cartas rurales

CARTA	I.	251
—	II.	253
—	III.....	257
—	IV.....	261
—	V.....	265
—	VI.....	271

